
OBRAS COMPLETAS

JUAN DE DIOS URIBE

NOTA DEL EDITOR

“Ediciones Académicas” entrega, sin puntos suspensivos, las Obras Completas del Indio Uribe a los hombres amantes de la libertad en América.

Hubo de ser un esfuerzo particular el que salvara del olvido las dispersas páginas del padre del radicalismo en Colombia, ya que los regímenes liberales nunca tuvieron PRESUPUESTO y los regímenes conservadores, con menor razón, por obvias consideraciones.

No recomendamos esta edición a los fanáticos, a los tiranos, ni tampoco a los débiles o tímidos porque se escandalizarían, ante su enemigo de hace un siglo.

Para quienes consideren que “Ediciones Académicas” ha debido suprimir algunos conceptos del Indio Uribe, les respondemos que tan atentado intelectual nunca se cumplirá en esta institución, de alta cultura, por aquello de que solo es dado al autor modificar sus escritos, mientras viva; después de muerto, a nadie.

En segundo término, porque nuestra misión de editores es la de dar a conocer al pueblo lo que no conoce y no la de mutilar las ideas del autor.

Terminamos esta nota con las palabras de Ñito Restrepo: “...sus libros lo vengarán del silencio, de la envidia, de la calumnia e insultos de los pillos y de la indiferencia de los necios...”.

Rafael Montoya Montoya

JUAN DE DIOS URIBE

Por Tomás Carrasquilla

¡El Indio!... “¡De pie para cantarla que es la patria!” ¡Este hombre! ¡Yo no sé qué será este hombre! Espíritu celeste o satánico, es lo cierto que a mi me fascina y me embruja. No será un genio, tal vez ni un pensador; pero e eso de revelarse por medio de la forma, se me antoja que nadie le supera en nuestra lengua.

¡Nadie! En la evolución contemporánea del castellano, ninguno puede compararse como estilista, ni en las Américas, ni en la Península. Picón el aristócrata, Emilia la gallarda, Ricardo León el de las músicas, Bécquer el divino, se me hacen pálidos junto a este Petronio del prosal. Alguien le ha comparado a Montalvo, poniéndole debajo de este autor. ¡Oh santa libertad de opinar!! No existieras, y fuera a la pira quien tal afirmara. Montalvo, el de los perendengues rebuscados, el de los muestrarios gramaticales, el acervantado que pierde su personalidad, ¿superior a Juancho Uribe?

La prosa del Indio es única y soberana en los dominios de la lengua hispánica. Su corte, su estructura, su numen, aquel casticismo hipócrita, aquella limpidez helénica, aquel matizar suyo, aquella variedad en la unidad son su secreto, que sólo el Indio poseyó. Amoldar la palabra y el tono de la idea, con filosofía y hermosura, no es tan factible, por más recursos gramaticales que se tengan. Las ideas pueden afluir como un torrente: pero al darles la forma adecuada, la forma verdadera, el torrente se convierte en gotas. En este sentido, toda lengua es deficiente. Pero a una percepción tan luminosa como la de Uribe Restrepo, a un acopio ideológico tan bien metodizado, a un pensar tan seguro y tan pujante, no le ponen trabas las dificultades de expresión. Tal como el pensamiento formula, tal se produce. Y tanto, que sus escritos más concienzudos fueron dictados a los cajistas. Desde los misterios

profundos de ese cerebro salía la idea en arreos bélicos, como la de la cabeza de José, la deidad soberana de la sabiduría.

Este hombre, que así labora, hizo de Epifanio uno de los análisis más certeros y originales que en las letras españolas se hayan conocido. Establece en él uno como paralelo entre Gregorio y Epifanio. Por eso he dicho que estos tres hombres –Epifanio, Gregorio y Juancho –están ligados en un haz de gloria. Ya los tres han vuelto a reunirse en el alcázar de la muerte. Allí irradian en su transfiguración. Nosotros, los pobrecitos de la mancha de tinta, ya podemos evocar esos espíritus de luz.

Para sus tumbas flores; para su memoria veneración sempiterna.

JUAN DE D. URIBE

(In memoriam)

Antonio José Restrepo

Las obras de Juan de Dios Uribe no necesitan de recomendaciones. Este libro es el mejor elogio de su autor. Cosmopolita como Montalvo –con quien se le compara frecuentemente –y a quien aventaja en profundidad de ideas, brío y movimiento, si no iguala en la riqueza del léxico, fue como el sin par ecuatoriano, desterrado, peregrino, admirador y admirado de los varios países hermanos donde posó y planta. Estados Unidos, Venezuela,

Centro América y Ecuador –donde vino a morir sirviendo la causa de las ideas revolucionarias que bullían en su cerebro y en aquel nudo de volcanes –le vieron sucesivamente, como un meteoro ígneo, esparciendo las llamas de su genio, ahora como torbellinos de lava, quizá como reflejos plácidos de la luz tibia de su corazón, inflamado para el bien y el amor de sus hermanos. Dondequiera fue el mismo, consecuente y sincero, recto, altivo y veraz, dulce y afable al propio tiempo. Todos cuantos le conocieron y trataron amáronle como amigos, aunque discreparan en sus puntos de vista y lo tuvieran en veces por errado en sus conceptos, aberrante en sus predilecciones y no siempre justificado en sus odios. Bien nacido, criado al amor de un hogar de excelsas virtudes –donde el fervor por la ciencia y la verdad era hereditario –surgió a la vida intelectual en Popayán, al estallido de la guerra de 1876-77, y oyendo perorar a Conto y David Peña en las Sociedades Democráticas de Cali, al resplandor de las armas que iban con él y con su padre y correligionarios a vencer en Los Chancos, al Arenillo y Manizales. Vio el desastre de Antioquia, su tierra nativa que adoraba, en el empeño de esa guerra religiosa, presagio de males que aún no acaban. Vino a Bogotá, siguió informales estudios de Filosofía y Letras, conoció y trató a nuestros grandes hombres, tomó parte en luchas candentes de la política de entonces, fue diputado y periodista, agitador de las masas en las Sociedades de Salud Pública y tuvo desde entonces a Núñez y su reforma reaccionaria católica por el enemigo capital de su existencia. Combatir esa reacción, avivar el fogón de las ideas perseguidas y en eclipse cuando ya la traición se consumó; provocar la guerra de restauración, con elementos de aquí y de cuantos nobles convencidos quisieran ayudar en esa campaña de liberación, ese fue el afán de sus afanes, la meta de sus esfuerzos, el anhelo de su alma combativa. Su arma fue la pluma, preparando los caminos a la espada; pues Juan no conoció el miedo en ninguna de sus manifestaciones, y así concurría al campo de batalla, como encabezaba el motín y daba una

bofetada o un mentís a quemarropa. Escribió prosa desde muy joven, pero no comenzó a publicar sino en 1880. Su estilo fue siempre el mismo, es decir, inimitable, desde el primer bosquejo hasta su canto del cisne, el Prólogo a las Poesías del que aquí estampa estas palabras. Poco antes de morir, al expirar el año de 1899, apenas sin cumplir los cuarenta años, cediendo a instancias nuestras, nos recomendó la publicación de sus escritos, advirtiéndonos que él no les daba importancia ninguna, pues eran breves plumadas nada más, chisporroteos instantáneos de la oscilante lámpara que en las posadas de sus destierros alumbraba sus horas de soledad y rabia. De rabia nada más y de coraje inextinguible, como que la melancolía y las lamentaciones amaneradas jamás se avinieron con su carácter entero y belicoso. Amaba la vida, no temió a la muerte; y cuando fue preciso conformarse con dejar de sentir, querer y combatir, se reclinó entre cipreses –allá en Quito, donde fue como otro Pichincha en ebullición mientras pudo con la vida –sin lanzar un ¡ay! Ni un reproche ni una imprecación. Era taciturno como un dios; hablaba poco si no estaba entre amigos íntimos. Pero en la tribuna fue simplemente colosal. Los que le oyeron en León por Máximo Jerez y los que le aplaudieron en Medellín por Epifanio Mejía, no olvidarán jamás ni su figura, ni su ademán, ni su voz espontánea, modulada empero. Corto, fornido, de cabeza grande y hermosa, pelo bermejizo en el conjunto, lacio y rebelde, que le valió el apodo de “El Indio”, con que le agasajaban sus amigos en confianza. Su pecho era un atambor, su mano una amapola, su espalda recia, un muro. Ágil, gimnasta, el agua helada de los torrentes era su fascinación. Exquisito gourmet, Uribe de los suyos, era al par un buen discípulo de Carême y la cocina refinada le había revelado todos sus secretos. Tiraba el dinero, y en servicio de sus amigos enfermos y desvalidos, nadie podía rivalizarle. Si su cabeza pensaba en la justicia distributiva que ha de venir y con ella la igualdad y socialización de las riquezas y servicios en la comunidad ciudadana, su mano abierta se adelantaba a las teorías y daba,

daba cuanto le era posible conseguir para los demás. Jamás tuvo sino el terno que llevaba puesto, porque apenas comprado otro, ya regalado el mejor de los dos a quienquiera que lo necesitara. La gran farmacia de su padre era literalmente saqueada por él en beneficio de cuantos enfermos pobres le hacían saber sus angustias. La miseria ajena le dolía y le irritaba contra la mala organización de las sociedades modernas. El comunismo de los primeros cristianos y las Obras de Misericordia eran su ideal y su guía práctica de la vida; por supuesto, sin el más leve resquicio de superstición religiosa, para él abominable sonsaca de la bolsa popular y mazmorra del pensamiento y libertades públicas. Núñez, que temblaba de la pluma cuando ya tuvo a su servicio las espadas y el hisopo, le desterró por escritor, por escritor incontestable de verdad y venganza, de castigo enhiesto al crimen coronado por el éxito y la general incurable sujeción de los conservadores colombianos. Trece años duró ese exilio, con una fugaz entrada a Medellín, a dar un abrazo a su querida madre. Habló allí, en el discurso inmortal a Epifanio Mejía, de los financistas que soplaban sobre los billetes del Banco y fraudulentamente los multiplicaban; habló con voz profética de vate de aquellas “emisiones clandestinas” del Banco Nacional, que nadie presumía entonces, pero que el orador supo presentir y denunciar, y al punto los conservadores de Antioquia, meros honrados lenones de los hábiles traficantes de la Altiplanicie, se los denunciaron al Gobierno suspicaz del Sr. Caro, y fue preso allá en Medellín, en un cuartel, incomunicado de los suyos y sacado entre veinticinco soldados hasta ponerlo, fuera de hierros, entre las rocas golpeadas por las olas del archipiélago pútrido de San Andrés y San Luis de Providencia. “Aquí llegué vivo”, nos escribía, “aquí llegué a este viejo refugio y madriguera del pirata Morgan, donde he debido encontrar, precediéndome al pirata Núñez”. Allí organizó unos cuantos negros y un esquife miserable y en él y con ellos se echó a la mar. Militares valientes como Abraham Acevedo, no quisieron seguirlo en la temeraria empresa de ganar

la costa hospitable nicaragüense. En salvo allí, los radicales le tendieron los brazos, y volvió su pluma a reverberar al pie del Motombo y su espíritu libre a respirar entre auras vívidas. Allá conoció y abrazó por primera vez a los futuros caudillos de la libertad ecuatoriana. Eloy Alfaro y Leonidas Plaza Gutiérrez. Junto con ellos fue a Quito donde se le desarrolló una lenta pleuresía cuyos síntomas lo venían preocupando desde que en Centro América, en algún desfiladero peligroso, una caballería se rodó con él a un abismo, causándole graves lesiones externas, pero sobre todo internas, de donde tomó cuerpo y desarrolló la mortal dolencia que lo mató con cruel y paciente lentitud. Quito supo llorar al escritor valeroso, recatado y digno, que tanto luchó en pro de su cultura y resurgimiento liberal. El cable esparció la noticia en toda la América y puede decirse que ningún centro intelectual dejó de conmoverse al conocerla. Venezuela, particularmente, donde Juan había vivido como huésped de la gentil Caracas, recibió con luto en el corazón la infausta nueva. La patria de Cecilio Acosta, de los grandes prosadores de lengua castellana, sintió que otra pluma de águila caía del Ávila de la vida al insondable mar del silencio y del no ser. Nosotros recibimos en Maracaibo, donde a la sazón nos encontrábamos, cien telegramas de pésame por aquella muerte inesperada. Cipriano Castro, andino, lo mismo que Andrés Alfonso, espartano de Margarita, que Delfín Aguilera, poeta dulce del Guárico, que González Esteves y Raimundo Anduela Palacio, caraqueños, y Emilio Coll y tantos otros de lejos, así como Rafael López Baralt y toda la incomparable Maracaibo letrada y linajuda, abrazaron en nosotros a la sombra gigante que para ellos despertaba grandes recuerdos gloriosos y promesas de un largo vivir en honra de la lengua que nos comunica y de las ideas que nos hacen un solo haz en la desplegada falange humana. Un libro, que al fin de estas obras publicaremos, recogerá con orgullo cuanto de tierno y hermoso se estampó en todas las naciones de habla común como homenaje a Juan de Dios Uribe. Sus restos inanes reposaron en Quito, hasta que

fueron trasladados a Medellín, por su señora madre, que allí vive. Los artesanos de esa ciudad, que comprenden cuánto hizo por su causa el ilustre hijo de Andes, y algunos jóvenes inclinados a las letras, le hicieron honores merecidos a su túmulo y guardan con cariño esas cenizas. En los tiempos pasados de su muerte a hoy, fue imposible al editor cumplir el compromiso contraído con su amigo y pariente moribundo. Aún en el extranjero que se hubiera editado estos escritos, no habrían podido penetrar a Colombia regenerada, donde un régimen infamante había imperado. “La libertad de imprenta” –había escrito el autor desde Los Refractarios de Caracas –“no volverá a Bogotá y a toda la tierra colombiana sino en el morral de nuestros soldados”. Y en efecto, el morral de nuestros soldados –después del titánico esfuerzo de 1899 a 1902 –no volvió vacío: en él vinieron las libertades necesarias de que hoy goza el país y que el autor de este libro ayudó a fundar con su pluma fulminante. Los manuscritos de la Regeneración –el vórtice profundo en que hundiéndose Núñez cuanto hubo de prestigioso y honorable en este país –le deben no pocos de los bienes hoy reconquistados al batallador tenaz que atizó como ninguno, en sus trece años de destierro, la hornaza purificadora, el inmenso horno crematorio donde se consumió entre pólvora toda la podredumbre de aquel sistema, que Ospina llamó “política de la morfina” y Uribe “la catalepsia de todas las virtudes y el hervir vividor de todas las concupiscencias en ejercicio del estrago”. No le tocó volver a su patria redimida, santificada en el dolor y desmembrada geográficamente, pero integrada ya y resurrecta en la antigua nacionalidad gloriosa de otros días. Que duerma el Apóstol sueño secular del triunfo, reclinado en sus obras y su pluma. Mientras se hable español en estas latitudes; mientras la dignidad humana forcejee por arrojar de sí los harapos que el fanatismo y la ignorancia han echado sobre sus hombros en estos Andes, y mientras los que apreciamos sus ricos dones de corazón sensible y generoso respondamos a lista entre los vivos, su memoria no morirá. Sus libros lo vengarán del

silencio, de la envidia, de la calumnia e insultos de los pillos y de la indiferencia de los necios. Nosotros cumpliremos el encargo que nos hizo ya al dejar la ribera, y velaremos con los suyos junto a su sepulcro, donde reverdecen, al pasar de los años, las siemprevivas e inmortales de la Gloria.

Bogotá, abril 3 de 1913.

JUAN DE DIOS URIBE

Por José María Vargas Vila.

Alguno dijo, y de ha repetido después hasta la saciedad, que así como las nubes toman la forma de los países que atraviesan, los hombres tienen en su imaginación mucho del país en que se desarrollan y del medio en que viven. Colombia, cuyo clima varía de sus costas a los Andes en todas las gradaciones, desde el calor insoportable de los trópicos al frío de las nieves eternas, confirma en sus poetas y escritores esta aseveración.

Cuando se nace en Bogotá, allí muy alto, bajo un cielo azul y sereno, besado por las brisas de la Sabana y las ráfagas de los páramos orientales, se tiene esa imaginación severa y fría, esa inspiración levantada pero sin gran colorido, fantasma pálida y nebulosa de las creaciones alemanas y las leyendas escandinavas; tierra de estudio más que de genio; de cultivo, más que de espontaneidad; de arte más que de inspiración; de clásicos más que de talentos; literatos más que poetas; se vive ebrio de misticismo, y ahito de antigüedad; se es un Don M. A. Caro, es decir, lo clásico mediocre.

Si se nace aún más alto, allá en las tierras del Zaque, patria de talentos generosos e inspiraciones bíblicas, se tiene ese acento profético y sonoro, ese estro en cuyas creaciones parece oírse el rumor de las palmas de Judea, el gemir del viento entre cedros del Líbano, o el sonido de los torrentes del Cedrón; entonces, se es un Don José Joaquín Ortiz, es decir, lo místico-sublime.

Mas, se refleja de tal modo el país en la imaginación del hombre, es tan severa la teoría del medio, que si se nace allá en los declives de la Cordillera, en esas tierras algo pantanosas y mefíticas, patria del bocio, entonces hay imaginaciones enfermas que reproducen perfectamente aquel cuadro; entonces se es idiota, se usa una especie de cretinismo literario, y se llama Carlos Martínez Silva; es decir, lo ridículo.

Y si se ha nacido en las riberas del mar, bajo aquel sol de fuego, con los arrullos de aquel gigante encadenado, frente a aquel horizonte infinito, entonces los privilegiados parecen concentrar en su mente todos los fulgores de aquel cielo, llevan en su fantasía todas las galas de aquella zona, vibran en su acento todos los murmullos de aquellas brisas y las tempestades de aquel océano, y son: Diógenes Arrieta, es decir, lo bello; Rafael Núñez, es decir, lo sombrío.

Y si se ha nacido en el Cauca, en aquella naturaleza espléndida y soberbia; en aquella tierra en que todo es grande, hasta el delito; tierra de todos los fanatismos, desde el de la religión hasta el de la libertad; allí donde el valor raya en el prodigio y la ferocidad en lo salvaje; allí donde crecieron con sus grandezas y delitos, Mosqueras y Arboledas, entonces se concentra en sí toda aquella grandeza; se es literato, poeta, guerrero, orador, filólogo y periodista; se es un César Conto, es decir, lo fecundo.

JUAN DE DIOS URIBE. No nació en ninguna de aquellas partes, pero vio la luz en Antioquia, la tierra del oro y las leyendas, de las quiebras profundas y las montañas

vírgenes, de las selvas oscuras y silenciosas como moradas drúidicas. Allí donde la vegetación y los hombres, todo tiene la fuerza y la naturaleza primitiva; donde a cada paso en el desierto se oye el trino de un ave y a cada paso, en la ciudad, se oye el canto de un poeta. Allí donde fue a morir Ricardo de la Parra, el hombre de la naturaleza; donde nació y murió Camilo Antonio Echeverri, imaginación esclarecida y palabra de trueno; donde cantó la musa silvestre y cuasi pastoril de Gutiérrez González; donde se enferma de dolor y se enloquece de genio, como Epifanio Mejía. Allí nació Juan de Dios Uribe. Su alma se impregnó en la infancia de la majestad de aquellos paisajes retratados en su retina, de aquellos ruidos imponentes que arrullaban sus sueños, de aquella calma sublime que se extendía en torno de él. Aún era un adolescente cuando fue trasladado al Cauca, a las haciendas de su padre.

El cuadro varió en lo abrupto, pero no en lo majestuoso. Allí, entregado a las rudas faenas del campo, desarrolló las fuerzas físicas y la precocidad de su talento, de tal modo, que cuando vino a Bogotá ya era un hombre por la fuerza de su musculatura y la solidez de su inteligencia.

Posterior a Ezequiel Rojas y Rojas Garrido, eso dos zapadores de las moderas ideas que dieron el ¡alto, quien vive! A las viejas preocupaciones hasta hacerlas replegar hasta sus primeras posiciones, y que fueron los maestros después de todo los que en Colombia, en más alta o baja escala, hemos atacado aquellos absurdos: Juan de Dios Uribe fue discípulo aprovechadísimo y luego soldado admirable de aquella legión de pensadores.

Desde su aparición en el colegio, Juan de Dios Uribe se hizo notar.

No tiene en su acento la armonía seductora de Arrieta, ni la facundia abrumadora de Antonio José Restrepo; pero hay en su frase revolucionaria, un acento convencido, un

atractivo irresistible, y así fue, desde luego, uno de los primeros en aquella juventud innovadora y ardiente, llena de luz y de ideales.

La vida de Juan de Dios Uribe puede encerrarse en una palabra: combate.

Su historia se corrió en los claustros del colegio, la plaza pública, el periodismo y el destierro.

Los años de su vida pública fueron para el ardiente polemista de recia batalla.

En guerra ardiente con el fanatismo y las preocupaciones, no dio tregua a la lidia. Ya acosado por sus contrarios, ya acosándolos hasta en sus últimas guaridas, pero siempre incansable.

Cuando estalló la revolución de 1885, Uribe, enfermó de gravedad, no pudo ir a los campamentos, como lo había hecho, casi un niño, en 1876, cuando lidió heroicamente en el Cauca al lado de Trujillo y de Delgado; y víctima de las persecuciones, pasó en mortal expectativa estos meses de agonía del liberalismo, sintiendo en el corazón cada tiro que precipitaba un amigo a la tumba, o cada fracaso que apresuraba la gran catástrofe.

Cuando después de consumada la ruina liberal, reinantes la autocracia y el fanatismo, hubo una especie de interregno con la administración del señor Payán, y la prensa amordazada tuvo un remedo de libertad, Juan de Dios Uribe, enfermo todavía, asomó en la prensa su cabeza soberbia, su perfil de hebreo irritado, que recuerda a Armand Barbes, y fundando "El Correo Liberal", hizo de él el azote y el terror de sus contrarios.

Arrojado Payán de la presidencia, Nuñez volvió a imponer el silencio.

En esta última convulsión de esa bestia feroz, llamada del despotismo colombiano, el periodista fue aventado lejos.

La tiranía lo halló digno del destierro.

Los brazos de la madre, el cariño de los hermanos, las comodidades del hogar, todo tuvo que dejarlo para emprender el camino del ostracismo, que se extendía árido y solitario a su vista.

Los Estados Unidos primero y Venezuela después, le dieron asilo.

Volvió de nuevo a la patria, y de nuevo volvió al destierro.

Condenado a la deportación, escapó de la isla insalubre donde todos se morían, y ganó tierras libres, desembarcando en Nicaragua.

De allí fue a morir al Ecuador al lado de aquella gloria, cerca de aquel gran caudillo que de llama Eloy Alfaro.

Allí duerme para siempre el polemista invencible.

La sombra de Montalvo lo custodia.

Y es que Uribe no era tan solo un gran talento, sino también un gran corazón.

La lucha no agrió su carácter, el infortunio no lo debilitó.

En la despreocupación de su ánimo, que se traslucía en el desenfado de sus escritos, había momentos en que parecía que, volviendo la espalda a la sociedad, conversara con lo desconocido...

En su estilo, como en su encanto, había algo raro, pero sublime, al hablar de los ideales del porvenir; y oyéndole se sentía algo semejante a cuando uno se inclina en la altura de nuestras cordilleras para ver un abismo, en cuyo fondo brilla el rayo de la luz, que allá, muy abajo, juguetea en el valle.

Uribe fue para los fanáticos una pesadilla.

Para los tiranos una amenaza.

Para los liberales un orgullo.

A los tímidos les parecía violento, a los débiles arrebatado.

Mañana, cuando se juzgue la época en que vivió, las preocupaciones con las cuales tuvo que luchar, y los tiranos que atacó, apenas lo hallarán justo.

Uribe fue, como revolucionario, una mezcla de Dantón y Desmoulins; pero más noble que el primero, y más valiente que el segundo, y con más talento que ambos.

Es el Jules Vallés americano.

JUAN DE DIOS URIBE (EL INDIO)

Por Baldomero Sanín Cano.

Todas las circunstancias favorables se unieron para hacer de Juan de Dios Uribe el primer escritor político de Colombia, un gran descriptor de la naturaleza y de las costumbres, un crítico de gusto refinado y el más alto representante de la invectiva justa y resonante. En su familia hubo un gran escritor político de altas dotes, Juan de Dios Restrepo, maestro igualmente en la descripción de las costumbres y en la observación de los móviles humanos. Fue su madre persona de talento perspicuo, de vastas lecturas y de un criterio raro entre mujeres para juzgar fríamente las acciones ajenas. Su padre amó la ciencia y las letras con desinterés y constancia. Penetró las interioridades del cuerpo y el alma humanos, y, atento observador de las alternativas sociales, buscó el origen de las costumbres civilizadas estudiando, como los sabios de su tiempo, las costumbres de los salvajes y haciendo vida común con las tribus no sometidas aún a la vida civil. El ambiente en que empezó a crecer Juan de Dios Uribe fue en más señalados aspectos un ambiente literario y científico. Nació en Andes, población nueva de Antioquia, en las faldas de la cordillera occidental, en las

vertientes del Cauca antioqueño, a la vista de farallones, profundas y estrechas quebradas y ríos tumultuosos. Estudió en la Escuela Normal de Popayán, y en los alrededores de esa Villa, comparándolos inconscientemente con las abruptas apariencias de su ciudad natal, donde había observado la obra de las fuerzas indómitas del planeta, aprendió a gustar la gracia, asociada milagrosamente a la fuerza, en las lejanías del paisaje. Dos ambientes disímiles y remotos educaron su capacidad de observación ante los aspectos del paisaje. Más tarde, Bogotá, suspendida entre cerros y una llanura gris y unánime, vino a enriquecer su sentido moderno de la naturaleza, que poseyó en generosas y hondas proporciones y supo verter en prosa con una delicadeza y originalidad de visión desconocidas hasta entonces en la literatura de esta partes.

Vino a la vida de la razón y del combate social en un momento de la historia colombiana especialmente digno de estudio y de memoria por haberse señalado con el choque violento de las creencias, exacerbadas por el clero, contra las opiniones de los hombres imbuídos en la necesidad de analizarlo todo, que señalaban en otra banda derrotados a las inteligencias capaces de entenderlos. Asistió a la lucha tenaz, de cada día y de cada momento, de los dos partidos que defendían sus principios en una prensa de libertad absoluta cuyas expansiones vinieron a dar por resultado una de las guerras civiles más injustas por parte de quienes la promovieron y más trágicamente fracasada en la historia de nuestras contiendas internas. Presenció la lucha, admiró a los conductores de parte gibelina y luego presenció en Bogotá amargas e interesantes controversias políticas de prensa de 1885 y a la desventurada evolución política que fueron resultado de la represión violenta de las libertades y el retroceso político de la nación a las hordas españolas del régimen de Calomarde.

La familia, el ambiente físico, el clima político, convergieron en un problema geométrico para la producción de una inteligencia literaria de primer orden y para favorecer su desarrollo

en forma original y completa. Sus contemporáneos le llamaron “El Indio”, sin duda por los estudios del padre sobre la raza indígena. Su tipo era blanco.

Sus predilecciones naturales movieron hacia la prensa sus actividades. Amó la lucha por temperamento. Eran igualmente vivaces, agudas y sinceras sus simpatías que la repugnancia de su temperamento y el medio en que hubo de desenvolverlas fue especialmente propicio a su desarrollo, porque, el origen de la transformación política que combatió durante su vida y de que fue víctima animosa, suscitó en el país desesperadas resistencias morales y de hecho.

Las virtudes más excelsas de su prosa política fueron la fuerza, la claridad y la gracia ondulante escondida entre los pliegues de un idioma sabio e intolerante con las más leves desviaciones contra su puro genio. No era el escritor pacato, lleno de terror ante el uso de vocablos o giros que pugnasen con el código gramatical: era el prosista dueño de su instrumento, capaz de tañerlo en la generosa amplitud de sus escalas y recursos. No da la impresión del jardín erudito sino de la fronda al natural acomodada al clima y a la bondadosa feracidad del suelo. Al erudito de dicción “indiana” le da ante todo el gusto de la corrección perfecta: en tal concepto coinciden Unamuno y Gómez Restrepo. Al lector desprevenido y de pocas letras lo avasallan la naturalidad, la fuerza, lo original y preciso de los epítetos, la armonía liberal entre el concepto y la frase, la honradez inexpugnable del pensamiento y la helénica y fugitiva gracia del conjunto.

Como se ha dicho, el ambiente político favoreció en grande escala el desarrollo de sus naturales talentos y de la plenitud de sus aspiraciones. No se crea, sin embargo, que la invectiva, en que fue maestro insuperado en su tiempo, era la sola forma literaria en que su pluma se elevaba al ápice de la expresión escrita: en los retratos instantáneos hace justicia a las cualidades de algunos personajes con cuyas ideas no podía tener contactos de simpatía.

En otros casos la alabanza justa, dignamente y con adecuada belleza expresada, con aplicación al personaje por él admirado, se limita con criterio desapasionado y justo. De Montalvo, por ejemplo, dice: "El rollo de la palabra de Montalvo abrumba; ha plantado una nueva floresta de idioma y se va por ella como un salvaje grandioso a caza de fieras y reptiles. Se requiere iniciación para comprenderlo y gusto literario para admirarlo en sus pormenores artísticos; diré también que hay que prevenirse para no caer en sus extremos, porque se deja ir en el aerostático de su fantasía, y sin ser un ortodoxo es en ocasiones místico... Ningún escritor hizo, por otra parte, mejor uso de su talento. Azotó a los pícaros en la plaza pública, colgó a los tiranos en una horca que puso sobre los Andes y sacó a la vergüenza los vicios del clero, con un buen humor que da escalofrío". Sería de observar que la mística tiene en literatura el mismo derecho a expresarse que el seco materialismo. Quevedo es escritor de alta jerarquía lo mismo en sus obras jocosas que en sus trabajos de interpretación de las verdades teológicas. La mística de buena fe, no enseñada por encargo, ni practicada para ganar distinciones o gajes, tiene su puesto en las letras de todo el mundo, como la novela o el drama.

La mitad de la obra pensante de Uribe y casi todas las actividades y peregrinaciones, está dedicada a defender la libertad y a difundir las ideas liberales. Estaba en su temperamento el dedicarse a esa propagación. La suerte le favoreció haciéndole llegar a la plenitud del conocimiento en una época en que las libertades yacían por el suelo en Colombia y estaban amenazadas o ferozmente limitadas en otros lugares del trópico. Luchando contra esa calamidad de los tiempos, su pluma, su conciencia, sus nociones de ciencia y arte se alimentaban a sí mismas. Coincidió de tal manera su temperamento de luchador con las necesidades de los tiempos en que le tocara vivir, que la notoriedad tristemente conmovedora de las administraciones colombianas de la época y algunas de sus

pobres celebridades momentáneas yacerían hoy en el olvido de no haber recibido los merecidos azotes de ese vengador de la patria. Las inmortalizó en su daño.

Tuvo, como ya se dijo, en sublimada calidad el sentimiento moderno de la naturaleza. Echemos la vista sobre este diálogo con uno de sus grandes amigos, cuya muerte, en defensa de la libertad y de los desvalidos, proyecta aún sombras de vergüenza sobre el Continente:

“El último día del año de 1893 me sorprendió a orillas del Pacífico, por primera vez visto por mis ojos. Tenía el honor de acompañar a Eloy Alfaro a una de sus empresas libertadoras”.

“¡Oh, me dijo el viejo proscrito señalándome el océano: amémosle mucho, que sus ondas bañan las riberas de la patria!”.

“Los amos nos velaban el sol nativo y el pan de nuestras cosechas; estábamos fuera de la ley que ampara y de la tierra que sustenta y se atropellaban en mis labios las sílabas indómitas del odio en aquella mañana de diciembre. La naturaleza sólo es bella en la libertad de pensamiento. Buscaba hacia el sur, en vano, mi radiante Colombia de otros tiempos, la macabea, la madre de vientre fecundo, bendito tres veces por la libertad, por la república y por la ciencia. El naciente sol abría grandes y nuevos espacios sobre las aguas; las olas contra la playa aligeraban su fatiga en su gran sollozo; la brisa traía las frescuras y los olores marinos; los alcatraces desarrollaban sus escuadrones en el espacio... Buscaba en vano la patria; allá abajo el monótono océano resonante y las estériles costas. Luégo aparece Colombia en mi mente como una llama, que ya es una antorcha, que ya es una sombra, que ya es una mancha... ¡nada!”.

Fue también narrador de altas dotes y en su descripción del campo de batalla de Los Chancos dejó muestras de esta milagrosa capacidad y de sus dones excelsos como poeta

descriptivo. Es de retener en la literatura española esta visión del campamento y de los hombres que tomaron parte en la batalla del día anterior:

“Al otro día de la batalla de Los Chancos (31 de agosto de 1876), ví a Jorge Isaacs, de pie, a la entrada de una barraca de campaña. Pasaban las camillas de los heridos, las barbacoas de guagua con los muertos, grupos de mujeres en busca de sus deudos, jinetes a escape, compañías de batallón a los relevos, un ayudante, un general, los médicos con el cuchillo en la mano y los practicantes con la jofaina y las vendas. Trujillo que marcha al sur, Conto que regresa a Buga, David Peña a caballo con su blusa colorada, como un jeque árabe que ha perdido el jaique y el turbante... el mundo de gente ansiosa, fatigada, febril que se agolpa, se baraja y se confunde después de un triunfo. El sol hacía tremer las colinas, la yerba estaba arada por el rayo, el cielo incendiado por ese mediodía de septiembre y por sobre el olor de pólvora y los cartuchos quemados, llegaba un gran sollozo, una larguísima queja de los mil heridos que se desangraban en aquella zona abrasada, bajo aquel sol que desarrollaba la tierra. Isaacs reemplazó el día antes a Vinagre Neira a la cabeza de los Zapadores, y, como su primo hermano César Conto, estuvo donde la muerte daba sus mejores golpes. Yo le ví al otro día en la puerta de la barraca, silencioso en ese fluido de la guerra, los labios apretados, el bigote espeso, la frente alta, la melena entrecana, como el rescoldo de la hoguera; y con su rostro bronceado por el sol de agosto y por la refriega, me parecieron sus ojos negros y chispeantes como las bocas de dos fusiles”.

Beyle y Tolstoy dieron idea de las batallas de Waterloo y Borodino siguiendo las impresiones y las observaciones que desde varios puntos de mira hacía un participante en la batalla. La humana visión en el relato de Stendhal arrebató la curiosidad del lector y difundió su atención por todos los rincones, a donde los lleva la capacidad descriptiva del autor. La milagrosa capacidad del genio tolstiano parece que reflejara sobre las concavidades del

firmamento la visión de la gran batalla de la Moskowa para que pudiera observarla un moribundo que empezaba a desinteresarse de las cosas humanas. Las páginas de Uribe, en la descripción de la mañana siguiente a la batalla de Los Chancos, tienen la originalidad de sugerir, en un panorama de alegría y de felicitaciones, el ambiente caldeado de la batalla ocurrida en el día anterior y la magnitud de las ideas que allí se dieron a tremenda prueba.

Aunque gran narrador, como se ha dicho, no es ésta la calidad fundamental de Uribe en sus hazañas de escritor; “hazañas” está bien dicho, porque cada una de sus obras minúsculas deja la impresión de una estupenda aventura. Pone en cuanto escribe toda su alma, y apenas por excepción hace un esfuerzo para explicarse la situación de sus contendores. En el diálogo su pluma vacila y en ocasiones decae. Era Uribe un temperamento de escritor que anda siempre revolviendo las ideas. Tuvo muchas, las acariciaba con deleite, retozaba con ellas, pero les negaba carta de naturaleza a las opuestas. Su pensamiento estaba tan lleno a todas horas, que el diálogo le resultaba una forma de abdicación. Llevaba consigo mismo un eterno monólogo de la razón contra sus enemigos, a quienes apenas les concedía el derecho de contradecirle. Fue un perfecto contradictor de las ideas contrarias a los principios de libertad por él aceptados como intangibles, pero careció de la estupenda mala fe de los polemistas. Jamás entabló con nadie lides contradictorias de pensamiento. Lanzaba sus ideas a la plaza pública con el fervor de la convicción y en arranque de entusiasmo, pero no tuvo la paciencia necesaria para escuchar a los disidentes ni la ingenuidad requerida para contradecirlos. Por eso en sus narraciones el diálogo flaquea forzosamente. El monólogo era la forma natural de expresión para un talento que se contemplaba a sí mismo.

Fue de una facilidad incomparable frente a las hojas de papel que reclamaban el talismán de su elocuencia. Me dijeron alguna vez sus amigos que con frecuencia cuando

hacía prosa para “La Siesta” eliminaba el intermedio de la maduración sobre el manuscrito. Llegaba de la calle a las dos de la madrugada, ilusionado artificialmente; y para atender a la premura de las circunstancias, colocaba delante de sí al cajista, con la galera en la mano, y le iba dictando febrilmente las frases que al día siguiente escandalizaban ciertos ambientes, mientras otros obligaban el regocijo de las mentes caldeadas por la pasión de ser libres.

Tuvo para ejercer la crítica literaria vocación manifiesta: gusto firme, vastas y bien digeridas lecturas, juicio independiente, admiración documentada de lo bello dondequiera que lo encontrase. Sin embargo, su temperamento de luchador se sobrepone a menudo, en sus trabajos de crítica, a la fría percepción del analista. De esto hay ejemplos en el estudio sobre “La Tierra de Córdoba”, de Isaacs, y en sus apasionadas y melancólicas excursiones por la poesía, la vida y la locura de Epifanio.

Al pie del monumento que se le ha erigido podría ponerse:

El genio literario de la invectiva política: la frase más natural, más pura y más graciosa entre los escritores de su tiempo.

JUAN DE DIOS URIBE RESTREPO

(Interpretación biográfica en el centenario de su nacimiento)

Por LUIS LÓPEZ DE MESA

Así se llamaba conforme a derecho de estirpe; Juancho para amigos y parientes; el Indio Uribe, por apodo que le acarreó su cabellera ostensiblemente lacia, no obstante ser bermejiza y él de limpio abolengo hispánico. Tal conjunción de apelativos Uribe y Restrepo se dio ya desde el fundador de su gente en suelo de Antioquia, el guipuzcoano don Martín

Uribe Echavarría, del Valle de Leniz, casado a poco de su arribo a la naciente Medellín de 1860, con hija de asturiano don Marcos López de Restrepo, primo de don Alonso el célebre progenitor de cuantos luego así se nombran por decenas de miles allá y en toda la república hoy día, hasta el punto de que tal vez no exista ahora antioqueño o caldense bien habido que en los diez y seis tataradeudos de su consanguinidad no luzca uno de esta prole. Doblemente Restrepo, pues, y confluencia genuina de entrambos castropolitanos (ocastropolanos) ilustres, fue, con todo, muy de suyo Uribe en la enhiesta complexión rechoncha y arriscado carácter. Recio carácter, a la verdad, que en muchas ramas de la familia toca lindes con lo caprichoso y aun con las psicosis, pero de suerte generosa en su actitud social y achaques de dinero, que no ocurre en la otra ladera de sus antepasados, con ser ya punto menos que inextricables sus repetidas vinculaciones –Uribe Restrepo y Restrepo Uribe –hasta en lo de llamarse Juan de Dios harto a menudo y no poco insigne. Y tanto extreme la consanguinidad endogámica, como lo dice el que Rafael Uribe fuese hijo de Luis Uribe Uribe y nieto de Fernando Uribe Uribe, con que tuvo seis Uribes en sus ocho bisabuelos.

Nacido en Andes, en el suroeste de Antioquia, punto de referencia geográfico que bien exige una acotación indicativa, por cuanto señala la índole de sus fundadores y méritos de una historia egregia, íntimamente engoznada al Uribe Restrepo que quisiera interpretar en esta nota. Digo pues que como se va de Medellín a Manizales, a medio camino topa el viajero con un vallecico abollonado de alcores y breves llanadas que por ahí quieta un poco el abrupto cauce del Cauca antioqueño, cual si la geografía quisiese reposar de la abrumadora cerrazón de cumbres, sierras y cañones cordilleranos que trae del sur, sin lograr otra holgura que un simulacro de planicie a la margen derecha del río. Del opuesto lado álzase el paredón occidental de lomas, empinadas a menudo o un poco pandas a trechos,

que allá en la cúspide mayor se yerguen más aun en dos picachos gigantes, tan bellos de porte como eufónicamente bien denominados Farallones de Citará, y ricos por añadidura de encantamiento o fábula, pues como quiera que por la grande horquilla geológica que constituyen pasa a ocasiones huracanado el viento del Chocó y remoto Mar de Balboa con extraño murmullo de canto o trueno, dicen las gentes ser la voz lastimada de las cumbres la muerte del Cacique Zenufaná que había de desposarla cuando noramala para ellos llegaron los españoles y les perdieron ensoñación, hogar y vida.

Pues bien, a la segunda diáspora de la colonización antioqueña llegó su espíritu a estas regiones, a la búsqueda de la Princesa Catía de Corid, que aún queja en la soledad de mayor espacio, con heroicas gentes cuya prosapia no huyó los rudos menesteres del desmonte y agresiva soledad, como Echeverris, Santamarías, Uribes, Escobares y Restrepos, algunos, a usanza de los patriarcas de Israel, fundando ciudades para su prole y engendrando futuros gobernantes de la república. Así el caso de la actual populosa Andes, de don Pedro Antonio Restrepo, padre del muy ilustre Carlosé... Concordia, Bolívar, Támesis, Valparaíso, Caramanta, Jericó, Betulia, Betania, Tarso, Pueblo Rico, Salgar... y qué sé yo cuantas poblaciones que de ahí adelante o concomitantemente fueron naciendo a la luz de la vida y prez de Antioquia. Con un si es no es carisma romántico en el nombre bíblico a las veces, aborígen otras, reminiscente a menudo de glorias nacionales o de recónditos anhelos.

Los hijos de tales zapadores de selva no llegaban ciertamente a comer ave fénix empanada, pero al rudo jornal de las dehesas y labrantíos, de los socavones mineros o premiosos quehaceres femeniles, que a nadie, niño siquiera, o mujer, permitiose holganza. Ni qué decir de arriadas y transporte por improvisados caminos y veredas de andurriales a veces, con ríos por medio aturbonados ahí, como el Cauca, o torrentosos y volubles como su

acrecido afluente el comarcano San Juan. Y sin embargo de tamaño aislamiento y sumas ocupaciones, en cada hogar se guardase por lectura frecuente no solo obras de devoción como el Año Cristiano de Croisset, estupendamente traducido, o baratura española, con el Quijote a la cabeza, Lope quizás, y de seguro, siempre de seguro, alguna asequible colección de novelas románticas o sabrosas poesías.

Tal el medio ambiente en que se dio la primera infancia de Juan de Dios Uribe, con el apurado aditamento de ser su padre, el doctor José Vicente, médico ilustre y señor de muchas letras en vario orden, idiomas, v. gr. De ahí pasó al Estado del Cauca grande, entonces hoguera del liberalismo y un no sé qué de antagonista con los conservadores de Antioquia, y hubo en Popayán, a la lumbre de César Conto y demás corifeos letrados regionales mayor encendimiento partidario del que ya tenía de índole personal y de progenie. Allí cursó tres años de estudios normalista y escribió, a los quince de edad apenas, breve y donosa descripción de los alrededores, en que ya campean virtudes de estilo, y relación, así solo sea en un verbo de clásica galanura, de su característica pureza idiomática, ruda a trechos y golpeante, ondulosa y grávida a menudo, en todo ceñida, cierto, a cánones de buen decir, al justo elegante. Y así cuando a los veintiún años aparece en la liza de los justadores políticos su haber conceptual y sus recursos lexicológicos nos descubren asiduo comercio con obras de alcurnia literaria, amén de escauceos históricos, filosóficos y científicos, que sin duda tempranamente espigó en la biblioteca de su padre.

¿Hasta dónde su prosa merece la superna calificación que le atribuye Tomás Carrasquilla, y qué valencia perdurable granjearon sus ideas en el panorama del mundo? ¿Cómo, pues, medir hoy día el alcance histórico de su persona?

Arduo asunto, e ineludible; porque el sentido ni su obra no pueden desligarse de un momento superado ya históricamente, pero en el cual no era posible sino actuar conforme al

uso de su generación, y ser o muezines de la combatividad o intransigentes de un ideario roqueño: irascibles ambos. De más que no perduran las modas y modos literarios de entonces, antes un gusto adverso e ideologías punto menos que inverosímiles para la mente de aquella generación, un tanto nebulosa (o “nefelita”) en ciertas actitudes y nociones.

La prosa de Juan de Dios Uribe logró aplauso en su tiempo por la contundencia de los giros recortados y violentos en la forma telegramática de su agresividad, pero conserva para nosotros más preciados motivos de gloria en la cendrada y dúctil de sus páginas panegíricas, como el discurso pro Epifanio Mejía, en que descorre los velos de su ternura y nos la descubre icásticamente ingénita. Lo que nos permite afirmar con plena certidumbre que este combativo por antonomasia y aun demoledor de sofisterías, fue sobre modo sensible, y hasta ingenuo ante el paisaje natío, la sencillez cordial de la estirpe o elaciones poéticas del alma entonces infantil de su pueblo.

Muchos protestan que la prosa ha de ser hialina o sin afeite, y regañan vituperiosamente con los que la entendemos obra de arte, y no de mera una arte, mas de casi todas, música, pintura, arquitectura, desde luego, en facsímil o trasunto, naturalmente. A la verdad que no se muestran muy medrados en saber cuando desconocen el primor de orfebrería que subtiende la cacareada sencillez prosal de ingenios tales como Azorín o nuestro don Marco, lapidarios y horribles, si los hubo. Es que sobre el estambre genuino y tonalidad propia del castellano pueden imbuirse tersuras o violencias, síncopas, o expletivos e hipérbatos, y aun sedosas fluideces que casen con el asunto, de un lado, el mayor, o inadvertiblemente regalen el oído con recóndita armonía de fonemas acordados. El contrapunto, verbigracia, de romper las desapacibles aliteraciones en a del castellano, o consonancia en cion, tan frecuentes, mediante el uso de sinónimos de adorable desinencia en ible, imbre, umbre, ud, o el juego grave o... e, maravilloso, y la gracia envolvente de los significantes regímenes del

verbo castizo, estropeados por el desalojamiento inconsulto con que lo arruinan las proposiciones urracas predominantes hoy, a sobre todo. ¿Ni cómo olvidar los ricos acentos de frase y varia posición de las voces en ella, que mucho embellecen el sonido a más de sugerir inefables matices de emoción o de concepto?

Pues bien, no advierto en la prosa del Indio Uribe tan extraños primores, ni riqueza verbal precedente. Hallo sí buen gusto propio y la pericia gramatical de una época colombiana en que erseñaron Rufino J. Cuervo, Miguel Antonio Caro, Santiago Pérez, José Manuel Marroquín, José Ignacio Escobar, Venancio González Manrique, los Guzmanes, Villegas, Mallarinos... qué sé yo cuantos, por legiones, y muy eficazmente! Fidel Cano, Felipe Pérez, Felipe Zapata, Carlos Arturo Torres, Tomás Eastman, Antonio Gómez Restrepo, Antonio José Restrepo, José Joaquín Casas, Rafael Uribe, Rafael María Carrasquilla, entre centenares, se sabían de coro su Salvá, su Academia o su Bello, con finas especies de Cervantes, los Luises, Quevedos y buena cifra más de arcontes del idioma. Mejor hablista que Suárez, vamos a decir, es pues juicio hiperbólico, y el mismo Carrasquilla le vence en riqueza vocabular y abundantes giros idiomáticos.

Cuanto a filosofía, no me determino de calificarle eminente, si es que hizo él nunca caudal de tales inquietudes, pues los autores que nombra son de segunda escala en ella, Condillac, Destutt de Tracy, Bentham... o de menor cuantía aun, como Rojas Garrido, Ezequiel Rojas, El Macho Alvarez, de la troje casera. Su punto de vista anticlerical corresponde al temperamento agnóstico combativo de su generación, con algo de Voltaire y mucho de Draper o Büchmer, que hogaño nos resulta insostenible: Los místicos de vero jamás razonaron su fe, ni el grave jurisconsulto Tertuliano, ni el máximo apologeta de Cristo, ni el seráfico de Asis, ni el insigne cantor de la Noche Oscura quisieron alegaciones mentales, mas se burlaron de ellas y aun las mofaron, porque “las noticias del amor no son

razonables ni apenas distinguibles, pero absorbentes...”. San Juan de la Cruz, de modo arcano, anota: “Su origen no lo sé, pues no le tiene. –mas sé que todo origen de ella viene -, aunque es de noche”, al exponer los fundamentos de la gracia divina, y con él coinciden los psicólogos contemporáneos de la actitud religiosa esencial del hombre. Lo que si perdura encomiable en Uribe Restrepo es la sinceridad de sus opiniones, que no le merecieron de fanfarronería barata, a esos tiempos muy común, sino de auténtica compulsión de razones e intenciones y de un altruismo de buena ley, si equivocado, a que le movían su egregia sinceridad e inextinguible amor del pueblo. De su pueblo, sobre todo, que hasta eso, en algún modo, significa su apellido: “be”: o “be –(h) e”, “uri”: villa o pueblo, o bien, simplemente: pueblo de abajo. Y tan grandes estas sus dos virtudes distintivas que por ellas combatió insumiso, padeció persecuciones, desdeñó la holgura familiar, perdió el suelo patrio, la salud del cuerpo, y con la vida al fin, cuanto es preciable en el mundo.

Y por tanto fue héroe.

Un análisis buído y amplia exégesis nos iluminarán estas paradojas meridianamente: La historia se cumple por tareas, como que no podría ocurrir su obra en un borbotón de génesis instantánea. De ahí el “mensaje de los tiempo”, el sino de cada época y su mesiazgo sui géneris. Contemplada como un proceso de liberación –que no de libertad, como otros dicen –la vemos emancipar un día la religión, otros la ciencia, otro la persona, luego las naciones coloniales y al fin la servidumbre económica de los desvalidos, pasando del magma tribal a la organización del Estado, del absolutismo a la democracia, del individualismo incongruente al socialismo armónico, en todos casos cediendo un mucho de libertad y de provechos para obtener el tanto indispensable de colaboración funcional o de retribución afectiva.

Lo que explica la actitud y programas de liberalismo del XIX, y las sustanciales modificaciones suyas en el XX, sin que podamos deducir cosa peyorativa para aquel o

esotro, completados en su atinente circunstancia histórica. Para los liberales de esa centuria de liberación política era justo “que no quede piedra sobre piedra, si se ha de perder la libertad”, como profesaba sinceramente Rojas Garrido, o “que no quede piedra sobre piedra, si se ha de ofender la religión”, conforme sostenía no menos sinceramente el señor Obispo Bermúdez. Nosotros, Generación del Centenario, comprendimos más ecuánimemente que es preferible la salud del sujeto de tales libertad y religión, es decir, de la patria, porque sin esta aquellas no existe y con ella vigorosa y culta entrambas logran coexistencia en fuero justo. Sino que para llegar a este equilibrio de razón y república era imprescindible cumplir aquella jornada del liberalismo decimonono y padecer sus graves tribulaciones de pobreza, prisión, destierro y muerte... como lo hicieron Uribe Restrepo y sus conmlitones o adversarios, con heroísmo que asombra nuestra pusilanimidad de hombres seguros, con seguridades que ganaron para nosotros su pugnacidad insomne, generoso idealismo y sobrehumano sufrimiento.

En este plano de beligerancia, dotes estilísticas y martirio, se ha paragonado a Juancho Uribe con José Martí y Juan Montalvo, aun atribuyéndole más enjundia auténtica al estilo de aquel. Literariamente discrepan mucho, temperamentalmente tampoco coinciden, pero en aptitudes intelectuales, vocación democrática, estoicismo excelso y dación de sí a un mensaje de liberación, no cabe duda en que ofrecen impresionantes similitudes, hasta en el afrontar Montalvo y Uribe pariguales dolencias pleuríticas con serenidad de próceres, y los tres morir tempranamente aún por el triunfo de sus normas. Y tan noblemente mártires que al nombrarlos pueden evocarse las ilustres palabras del Alighieri ante la sombra de Catón: “Libertá va cercando, ch’è si cara –como sa chi, per lei, vita ri fruta”, o sea, aunque torpemente, en nuestro idioma: “Busco la libertad, que tanto es querida -, cual bien lo sabe el que por ella da la vida”.

¿Pudo acaso acedar el espíritu de Juan de Dios la desarmonía hogareña que afligió a sus padres poco después de su traslado a Bogotá, y tornarse contendiente? Desde luego, su exquisita sensibilidad padeció rudo choque, que pues adoraba en su madre, matrona de altas virtudes morales e intelectuales, amén de un carácter sin esguinces, y admiraba a su padre, gran señor de cepa y conducta, gran profesor además de medicina e ilustre en otros saberes de la cultura, a quien “Le Démon du midi”, la tentación del mediodía alucinante, atrapó bajo la especie harto combustible del primer amor de adolescencia, resurgente al azar de encuentro fortuito, sin malicia inicial ni escape luégo, en tanto que la esposa, enamorada todavía y muy intensamente, no enrostró desvío no alegó derechos ni descuidó uno siquiera de sus deberes familiares, pero en silencio, como estatua muda del decoro, guardose inflexible. Esto pudo conturbar a nuestro biografiado y arreciar en él escapatoria del orden, o disipaciones más frecuentes, que ya desde estudiante universitario le ocurrieron a menudo, pero no me atrevo a opinar que mudase su naturaleza o la deformase gravemente, porque adelante se le vio ser el mismo buen camarada, sensible al infortunio ajeno, noble, en fin, de conducta y trato.

Tempranamente diose nuestro compatriota al comentario crítico de algunos poetas de su generación, y, a estar a lo cierto, deduce que la poesía le deleitaba sumamente pero que no revela plausible pericia en su análisis ni dominio de las obras superiores. Sustenta, por ejemplo, que lo conceptual de ella es don eminentísimo o quilate rey de sus perfecciones, cuando apenas si nosotros lo valuamos incidente, y dos dedos del prosaísmo. Bien es que entonces seducían la escena literaria de Colombia autores como Núñez de Arce y Rafael Núñez, muy dados a la especulación y aun declamación en verso, a deslumbrar la juventud con “gritos del combate” y maromas pesimistas de “qué saisje” y así, nada más lógico que El Indio hallase sublimes las buenas estrofas de Rojas Garrido, Antonio José Restrepo,

Diógenes Arrieta, entre otros de sus profesores o coetáneos. Para esos finales del XIX, traidor o redentor en política, según la afiliación correspondiente, que tal cosa no empece el juicio, Rafael Núñez era un brujo de Apolo, una Sibila de Delfos. Cuando murió en 1894, un adversario suyo exclamó al oír la noticia: “¿Y cómo es que no ha temblado la tierra?”. No le movamos pues pleito de revaluación retórica a nuestro amigo, aunque pudiera alegarse en disfavor suyo que aun entonces en su ambiente, ingenios despabilados, como Caro, Pombo, Fallon, Silva, Sanín, Torres, baste el ejemplo, paladeaban con hábil gusto la poesía auténtica de Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y Estados Unidos, sobre todo, ¡qué de los clásicos no se diga, o de españoles!”.

Cuanto a otros, cual Gutiérrez González o Epifanio Mejía, el problema literario es distinto, como que entrecruza en su haber varios sentimientos: Lo valioso en sí, poéticamente, que su obra regional e ingenua, entrañable por ende, y por entrañable étnicamente profunda, acredita; el culto reverente y efusivo de nuestro hombre por la patria de esas gentes y costumbres que son medula de su ser, combustible de su amor, joya de su estima, refugio tal vez de recóndita soledad o “saudable” de sus sueños; concordancia, en fin, de lo que él es más de suyo –él peleador titánico –un niño grande en el fondo, con el candor y la égloga de sus queridas montañas infantiles. O tal vez, tal vez, el sollozo vicario de toda su peripecia vital.

Inclinemos la cabeza.

A mi flaco entender, Juan de Dios Uribe Restrepo fue sobre todas las cosas –aunque muchas pudo haber sido por altivez, honradez y aguda inteligencia –periodista de combate, un grande periodista de su época.

Esto no se concibe hoy en toda la magnitud de entonces. Principiando por que la cultura colombiana fue desde sus albores hasta hogaño cultura de gacetas: Periodistas fueron muy

letrados y presidentes, Nariño, Caldas, Santander, Murillo, Ospina, Rodríguez, Núñez, Caro, Restrepo, Olaya, Santos, López, Lleras etc. En tal especie literaria algunos alcanzaron cumbre de honor y magisterio social indiscutible, y lo mucho de poesía y oratoria que tuvimos o lo poco de filosofía y ciencia que hemos aportado al mundo, apareció en la prensa periódica y fue de estampa periodística, con excelencias de la laya de Francisco José de Caldas, Alberto Urdaneta, Murillo Toro, Rafael Núñez, Carlos Holguín, Santiago Pérez, José Eusebio Caro, Carlos Martínez Silva, Camacho Roldán, Carlos Arturo Torres, José y Guillermo Camacho Carrisoza, Felipe y Damasco Zapata, Fidel Cano, Rafael Uribe, Baldomero Sanín, Alejandro López, Ismael Enrique Arciniegas... y la pléyade, amén, de los contemporáneos. Aparte de que el periodismo del XIX, mitad ensayo o discurso, mitad encomio o diatriba, quedó muy lejos de lo que ahora se entiende por tal, técnicamente estructurado con noticias, ora de ideas, ora de acaecimientos, ora de intenciones... de propaganda, en fin, de toda índole: venal, como avisos; ideal, como editoriales; magistral, como estudios... informativo y recreativo siempre.

A esta faena dedicase El Indio desde los veintiún años, y en ella murió tras muchos padecimientos y un dilatado renombre. Su actuación fue de pugna política hasta el victorioso límite de ser llamado el primer "panfletario" del país y su arquero de flechas más precisas, seguramente terribles, pero nunca, como algunos mediocres que quisieron imitarlo luego, con mordeduras de ofidio, sino enhiesto, responsable y señor, no obstante que tales veces hubo que exageró injustificadamente. Ello ¿mas cómo recriminarle a locas si sus adversarios fueron torpes y hasta botos de inteligencia en su represalia imprudente? Mire usted, gentil, lector, que extrañarle de Colombia con iracundia por el discurso a Epifanio, cuya frase más alusiva a divulgados errores del gobierno apenas si se entiende hoy, no deja de ser monda y lironda necedad, puesto que encendía rencor aquí en los partidarios del proscrito y los

confirmaba en su vislumbre de que algo doloso debía haber en los asuntos oficiales cuando así se mostraban susceptibles a un leve pinchazo oratorio; a más y peor que el destierro necesariamente iría luego proclamando con la prueba irrefutable de la honestidad y en infortunio la abominación de sus jueces, como en efecto advino por Venezuela, Ecuador, Nicaragua y países políticamente interesados en tales líos o meramente curiosos. Cosas del tiempo. El señor Caro, enseñado en muchas disciplinas de la cultura y moralmente pulcro, ignoraba la psicología de los pueblos, y de esta parte añubló en el gobierno el prestigio que le granjearon sus gloriosas humanidades y virtudes íntimas; el doctor Núñez, que sí manejaba diestramente la psicología de la muchedumbre y los partidos, adoleció de egoísmo y rencores lo bastante para inducirlo a deslucir la conducta de sus magnas empresas, con resultados parciales para la república de duelo patente a menudo y dolo obrepticio a ocasiones, quiera ocultas de su gerencia oficial, quiera contrapelo de sus propósitos, o consiguientemente apenas.

Legisladores ilustres y lectores asiduos de Tácito, no tuvieron en cuenta aquel aforismo suyo que dice “ser mejor atesorar costumbres que leyes”, o sea, en su idioma (abreviándolo): “Plus mores valent quam leges”.

Digo esto tímidamente, pues negocio alguno intelectual fue más confuso y difícil que este de la calificación psicológica de los hombres célebres: Antonio José Restrepo y Juan de Dios Uribe, tan ligados en la vida y en la memoria de sus contemporáneos no parecen de suyo muy semejantes, porque el primero fue sobre todo intelectual-auditivo-sensual, y el segundo, intelectual-sensitivo-visual; despreocupado y burlón aquel, por ende; preocupado y sensible el otro, y por lo tanto arrebatadamente combativo: De ahí que Restrepo compile “El Cancionero”, hable día y noche con oratoria rabelaisiana o quevedesca reminiscente, mientras que El Indio describe el paisaje eglógico nativo, evoca los poetas de sencilla

inspiración entrañable, o golpea airadamente la injusticia, la improbidad y el embuste. Proyectando esta breve inspección analítica a algunos gobernantes de Colombia, por vía de ejemplo accesible, vemos que Jorge Holguín y Manuel Murillo Toro fueron avezados psicólogos intuitivos en el difícil arte de la gobernación pública y trato de las gentes, mientras que los muy sabidores Ospina Rodríguez y Miguel Antonio Caro nunca dieron pie con bola en achaque de manejar hombres o problemas de partido; Bolívar, sobre todos, con Santander, Mosquera, Reyes y Ospina Vásquez se distinguieron por su ingénita y desbordante actividad, de matices intelectuales y morales, esto sí, tremendamente diversos; Caicedo, Mallarino, Murillo Toro, Salgar, Restrepo, Santos y Lleras se caracterizan, a más de otras virtudes, por la ecuanimidad de su criterio y conexas equidad de conducta; decena o más hubo de enaltecidos mediocres que no merecen comentario; revolucionarios ilustres o retrógrados de varia índole; tal cual ambicioso, institucionalmente matutero, aflictotes del espíritu; quizás unos tres idiomáticamente malos, e interesantísimos sin duda, que no conviene discutir en este bondadoso apunte... y dos místicos melancólicos, además, Marroquín y Suárez, que, disímiles para el común, son para el psiquiatra gemelos en la recóndita apatía moral (o leve daltonismo ético) que motivó su peripecia y en el gusto por la “sorna” o burla y el retruécano (aun donaire, recuérdese a Garrick), igualmente emanados de su temperamento depresivo.

Continuando la digresión en que incurrí sin percatarme de ello, añadiré que de toda esta congerie o cohorte de personajes eminentes, estudio hace tiempos con interés psicológico y aun dramático (artístico, en consecuencia), los déspotas, a mi juicio muy otros de lo que la historia dice, pues hasta donde fuere dado perquirir la génesis de su conformación y deformaciones psíquicas, otra cosa no son –psicosis aparte –que niños grandes mal educados, con el aditamento –esto si azaroso –de penosas frustraciones infantiles más o

menos subconscientes. Por lo de niños entiendo la necesidad de su conducta, que no discierne lo efímero de las ambiciones humanas ni su decepcionante mérito hedonístico, e ignora o rehuye, como en los niños egoístas, el placer y el deber de compartir lo justo; y por frustraciones, la orfandad afectiva, la miseria económica, el injusto trato o desprecio, la revelación de torpe conducta de los seres queridos o traumas sexuales de la conciencia, en fin, que “se vengan” en otros de lo que a ellos humilló amargamente. ¡Lástima grande que sea cruel descubrir estos vericuetos del yo, porque a la verdad su conocimiento esclarecería algunos hechos de la historia y sería, además, prolíficamente muy útil!.

¿Cuál entonces, la línea filogenético del espíritu colombiano, si tantas ocurrencias hubo y tan disímiles? Para mí no ofrece este análisis motivo alguno de dubitaciones: De Bochita a Nemequene, desde Venero de Leyva hasta Solís de Cardona, de Camilo Torres a José Félix de Restrepo, de Fernández de Piedrahita hasta Vicente Arbeláez e Ismael Perdomo, desde Rufino J. Cuervo hasta Julio Garavito, del Congreso de Cúcuta hasta el plebiscito nacional de 1957, en toda época y todo género de las actividades culturales del país, la serie paradigmática Salgar-Mallarino que expuse antes es la que el pueblo colombiano admira, ama y prefiere cuando tiene el corazón ecuánime, y la que arrolladoramente acoge también en las horas difíciles. Lo otro son desviaciones plausibles y detestables a veces, pero desviaciones apenas.

Y ahora sí, regresemos al tema.

Desterrado pues en 1893, o confinado a las Islas de San Andrés y Providencia, lo que entonces era pero, escapose temerariamente a Nicaragua, de ahí luego a Ecuador, donde murió en 1900 con crédito de indomable polemista, erudito ya e intelectualmente muy hábil. ¿Qué nos queda en resumen histórico de su obra y de sus luchas?

Infortunadamente para su nombre cultural pasaron de moda sus métodos de combate y algunos enfoques básicos de su misma ideología, hasta el punto de que hoy lo leemos por cariño, por curiosidad o por lo que significa como un estado de alma de su época, cual documento vivo. En el orden conceptual histórico, se entiende, porque en el literario subsisten sus mejores páginas de evocación paisajista, panegírico de egregias figuras entrañables y culto insomne de la patria tierra bonancible.

Eso, y el prócer.

Pues tengo para mí que tal excelso nombre merece cuantos hicieron patria, obra en la lid procelosa de la guerra, muriendo y matando heroicamente por su emancipación, liberación o mantenimiento justo; ora consolidando sus destinos esenciales con estructura de leyes, caudal de recursos económicos o creaciones de cultura eminente; ora en fin, con el patricio ejemplo de una conducta incólume. Guerreros, pues, y legisladores y sabios y artistas o meramente ciudadanos de quilatado señorío, eupátridas son, próceres por ende. En tal sentido, los que lucharon en guerras civiles o en parlamentos o en tribunas de publicidad con sacrificio de sus comodidades, de sus afectos, de la vida, en fin, lealmente pulcros y honestamente altruistas, como Juan de Dios Uribe Restrepo en su especie de escritor esteta y deshacedor de entuertos políticos oficiales, no mueren anónimos en un zaquizamí de sus peregrinaciones aflictivas ni el olvido patrio los enmudece eternamente. Por sus dotes intelectuales eximias, por su altivez moral, por su obra y martirio, aquí perdura con nosotros, encumbrado a gloria de patria y unción de afecto.

Octubre 15 de 1959.

INTRODUCCIÓN

Un buen día del año de 1857, procedente de la ciudad de Antioquia y en busca de los trabajos de minería, que en las márgenes del San Juan y en el sitio denominado Rioclaro (entre los municipios de de Andes y Jardín), tenía establecidos su cuñado, el escritor Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos), apareció por el poblado un joven galeno en compañía de su esposa. Llamábase, él, José Vicente Uribe Restrepo; ella, Leonor Restrepo Ramos. El. Un trashumante de la quimera, quien después de recibirse de médico con todo lucimiento en el Colegio Nacional de Bogotá, el 25 de febrero de 1853, habíase regresado a sus lares paternos de Titiribí, en donde sus genitores don Agapito Uribe y doña Teresa Restrepo, vivían en compañía de sus restantes hijos.

Antes de conocer a su consorte había trasegado por todos los vericuetos del Estado, residiendo, por corto tiempo, en varios de los principales municipios. También había explorado las selvas del Chocó en busca de las variedades del prodigioso árbol de la quina, pues sus densos conocimientos de la botánica, adquiridos bajo el profesorado del doctor Bayón, despertaron en su espíritu, ansioso de investigación, el deseo de catalogar las variedades existentes de la preciosa “cáscaras”. De aquella odisea por las entonces intransitables selvas vírgenes chocoanas, hace un vívido relato su biógrafo y amigo, el doctor Juan de Dios Carrasquilla.

Los esposos Uribe Restrepo fijaron su residencia en un rancho pajizo situado en el costado norte de la plaza y sobre la esquina de la calle “Tacamocho”. Allí el médico abrió consulta para la escasa clientela que la visitaba, y que a la vez servía también de oficina para los negocios de la mina, que en compañía de Emiro Kastos explotaba.

Dos año más tarde aquel hogar era alegrado con la presencia del primogénito; de ello damos noticia con la partida de bautismo que a la letra dice:

“Diócesis de Jericó. –Vicaría Foránea de San Pedro Claver. –Ministerio Parroquial. –Andes. –El infrascrito cura excusador de la parroquia de Andes, Certifica: Que el Libro II de bautismos, correspondiente al año de 1859, en la página 49, se encuentra una partida que a la letra dice así: En la capilla de San Juan de los Andes, viceparroquia de Concordia, a diez y siete de octubre de mil ochocientos cincuenta y nueve, Yo el coadjutor de ella, residente en ésta, bauticé solemnemente a un niño de tres días de nacido, a quien nombré JUAN DE DIOS DE MARIA, hijo legítimo de José Vicente Uribe y Leonor Restrepo, de este vecindario; abuelos paternos Agapito Uribe y Teresa Restrepo; maternos Francisco María Restrepo y Leonor Beatriz Ramos, padrinos estos últimos a quienes advertí el parentesco y obligaciones que contrajeron. Doy fe. –Juan C. Posada. –Rubricado. –Es copia expedida en Andes a veintisiete de diciembre de mil novecientos treinta y siete. Fdo., Juan Bautista Aguirre, Cura Excusador”.

PARTIDA DE DEFUNCIÓN

“Como tesorero de la Sociedad Funeraria Nacional, y a petición de parte interesada, informo: En el Libro de Cementerio de San Diego, de esta ciudad, en la página 81, consta la partida de doce sures por derechos de inhumación del cadáver del señor JUAN DE DIOS URIBE, el once de Enero del año de mil novecientos, quien fue enterrado en el nicho número 107 de la Serie tercera de adultos.

“Quito, 26 de mayo de 1951.

“Tiene un sello que dice: Tesorería de la Funeraria Nacional”.

CAPÍTULO I

EL PLANFETARIO

EXCOMUNIÓN

Una albóndiga que aquí conocimos mucho y probamos; que sólo por su lado salvaje le pudieron echar encima la mitra; un hombre que dirá el Padrenuestro en una sola lengua... estofada; ese ha decretado lo siguiente sobre el periódico de Fidel Cano:

Nos, Bernardo Herrera Restrepo, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Medellín,

Por cuanto el periódico titulado “El Espectador” en muy repetidas ocasiones ha atacado los dogmas y prácticas de la Iglesia Católica, y en el número 33, de fecha 3 de los corrientes, ha publicado un artículo que, por las calumnias y aseveraciones que contiene es sobremanera ofensivo a las doctrinas de la misma Iglesia Católica, Apostólica, Romana y a la venerable persona del Sumo Pontífice, vicario infalible de Cristo en la tierra,

DECRETAMOS

Ningún católico de nuestra diócesis puede, sin incurrir en pecado mortal, leer, comunicar, transmitir, conservar o de cualquiera manera auxiliar el periódico titulado “El Espectador”, que se publica en esta ciudad.

El presente decreto será promulgado en todas las iglesias de nuestra diócesis, y leído para conocimiento de los fieles en dos días de fiesta y en todas las misas que en éstos se celebren.

Dado en Medellín, a 4 de febrero de 1888.

BERNARDO, Obispado de Medellín.

Eladio J. Jaramillo, secretario.

¿Podrá haber, decimos, inverecundo mayor? Osa el cuitado de la iglesia hablar de pecado mortal si se lee “El Espectador”, cuando conforme a la misma doctrina del Galileo, el obispo no puede entrar a los reinos de los cielos, porque no ha dejado su plata a los pobres y sí recibe proventos de los menesterosos para llevar a su arcón bien repleto.

Fidel cano es un trabajador en castellano; un obispo es un recaudador en latín. La diferencia es sensible: el periodista quema su vida, como resina, para alumbrar; el obispo chupa, como la cigüeña, el aceite de la lámpara.

Si cada antioqueño quiere cumplir su deber de precaverse, debe conseguir un retrato de este obispo, que Bufón clasificaría entre las bestias.

SEMANA SANTA

Después de los trescientos sesenta días corridos desde abril de 1883, vuelve ahora la semana suculenta de los sacerdotes. No es suficiente que cada iglesia tenga veinte santos, que cada santo tenga mil devotos, y que cada devoto dé a los curas la contribución de su ignorancia en forma de pesos y de víveres; es preciso todavía que haya una semana más

productiva, mejor dotada, en la cual nadie pueda, de esta o de la otra manera, evitar que el bolsillo repleto pase a la faltriquera de los ministros del altar. Estamos en plena semana santa: ¡hurra por el adelanto!

¿Qué se celebra en estos días? La pasión y la muerte de Jesucristo, se os dirá; y observad que se sienten tanto las penas de Jesús, que es, ahora mismo, cuando ellas se conmemoran, cuando los comerciantes venden sus telas más preciosas y más caras, y los dueños de cantinas sus más exquisitos licores, las jugosas carnes y pescados, y las más sabrosas conservas de las fábricas de Europa. Es ahora cuando los vasos de cristal, de porcelana y de alabastro se llenan en las salas con las flores de matices más vivos. Se diría que nuestra sociedad, alegre, se prepara a bailar de contento, y que agradece muchos a los judíos que crucificaron a Cristo, el hermoso pretexto que le dieron al tiempo para estar de buen humor.

De ningún modo suscribimos las teorías que conducen al aburrimiento; son muy prosaicas y hacen que los hombres pongan la cara detestable. Pero nos agradecería que hubiera un poco de franqueza, y que cuando estemos de fiesta, no hagamos el papel de los pícaros de novela, que ríen con un ojo y lloran con el otro. Si las iglesias son lugares misteriosos de citas galantes, su allí concurren las parejas divertidas que se quieren; entonces que el gordo sacerdote no nos importune con sus sermones aprendidos en manuales indigestos de oratoria sagrada, y con la misa, que hace tomar una dolorosa e incómoda posición; que en vez de saborear él solo su vino prepare un banquete para todos, se ponga un mandil, como quería José Nakens, y escancie el rojo licor en copas de oro para que pueda aplaudírsele como a simpático Gaminedes. Que el órgano no dé al recinto sonoro sus notas tristes, que hacen entumecer los nervios y pensar en los difuntos, sino la plácida barcarola y el torbellino de notas que convida al baile precipitado; que las jóvenes gargantas

de niños y de niñas, que gritan tan lúgubrementemente los salmos de la Iglesia, hagan correr por el viento el trino alegre de los pájaros en primavera, o la dulce cantinela con que despierta la serenata a la mujer que se ama. Amamos la belleza artística y queríamos que el jueves santo se quemaran en holocausto al arte esos varones y esas hembras de palo que guardan los nichos; figuras tan feas, con la cara llena de albayalde y de carmín, con los ojos de vidrio comprados donde Saunier, y con los vestidos hechos por el sastre según los últimos figurines de La Moda Elegante. Nos gustaría que las procesiones no se limitaran a las calles de Bogotá, donde no se circula libremente, y que en cordial expansión, hombres y mujeres, tomaran el camino de los alrededores, para danzar sobre la yerba menuda o entregarse a pláticas amorosas a la sombra de la enramada del campo. Así se realizaría una anacreóntica de Meléndez. Bien se entiende que no sería preciso llevar los ciriales y las pesadas andas, ni las velas de cera de castilla que manchan los guantes y los vestidos, ni quitarse el sombrero, que preserva del sol, ni arrodillarse sobre el barro cuando el señor cura se para; pero los monaguillos podrían tener su lugar en los grupos amenos, ellos son muy entretenidos con sus camisas blancas, bordadas en el cuello y en los puños, sobre el fondo purpúreo de su pequeño hábito; los clérigos, su desarrugan el ceño, podrían ir también con sus mujeres, aun vestidos con traje de iglesia, como que recuerdan un poco las mascaradas de carnaval.

¡Ah! Pero se gasta mucha plata para hacer el coco en las iglesias, y fatigarse en las calles detrás de un borriquito el Domingo de Ramos, y detrás de los judíos, la Dolorosa, San Juan, San Pedro, La Verónica, etc., etc., en otros días de la semana. Sólo los clérigos, después de representar en las iglesias o en las calles el acto de la comedia que les corresponde, pueden reírse a sus anchas, en dulce compañía, al contar los montones de pesetas que arrojan a sus platillos de mendicantes, ya la ingenua credulidad, ya la opulencia vanidosa. Sería de verlos el Viernes Santo a la hora de la merienda, entre manjares ricos y

vinos espirituosos, recordar, ahitos ya, y satisfechos, las prebendas de la semana, y exclamar cruzando las manos como para orar:

-¡Bendito sea el Señor que hizo morir a Cristo!

Y será muy triste, el Domingo de la Pascua, ver la cara que haga el clérigo en el refectorio. Sus ojos turbios parecerá que no miran las viandas abundantes ni el licor que tornasola los cristales.

-¿Y está indispuesto su paternidad? –preguntará el sacristán.

-No he de estarlo, bellaco, dirá el cura, ¡si Cristo ha resucitado!

(La Actualidad, 1884)

EN LA FRAGUA

ABRO EL LIBRO

Quito, octubre 5 de 1895

A mi llegada a Quito, en octubre de 1895, trabé amistad con Miguel Aristizabal y César Montalvo, redactores de “El Pichincha”, diario escrito con vigor y audacia, propio de la efervescente Guayaquil y raro en la zona del liquen religioso, desabrigada para la aclimatación de las ideas radicales. En tan gran convento, un periódico, rojo como una bandera empapada en sangre, era sorpresa para el viajero algo imbuido en la idea tradicional de que en Quito no medra sino lo que baja de la dictadura o sale de la iglesia, y la circunstancia de haberse ido el general Alfaro en esos días para la costa y dejado este periódico como órgano semi-oficial del Gobierno, me daba a entender que era del

beneplácito de todos los vencedores, quienes habían resuelto dar a la prensa la resonancia de las batallas para precipitar el éxito. No era así: la hoja de mis amigos tenía sobre el odio muy natural de los conservadores, la inquina de una gran parte de los liberales, desacostumbrados al ruido que hace el pensamiento cuando vuela suelto y libre; y “El Pichincha” emprendía una exploración arriesgada por su cuenta y riesgo, en la cual adquirió una celebridad contenciosa. A la circunstancia de haberle seguido con interés, debo, sin duda, el que el señor Aristizabal me pida algunas palabras de introducción para el presente volumen, donde están coleccionados los materiales del periódico.

Cumplo la honrosa tarea con gusto, aunque deploro, por mí mismo, tener que ir de prisa, pues sólo se esperan estas líneas para que circule el libro el 9 de octubre, que es el aniversario de la proclamación de la independencia en Guayaquil y la fecha convenida para la instalación de la Asamblea Constituyente.

Me ocuparé en estudiar la oportunidad, que yo rechazo como un criterio liviano para conseguir el bien público. Se acomoda a mi objeto, porque “El Pichincha” fue tachado de inoportuno en su brega por las reformas, después de la guerra de 1895.

El 9 de octubre viene al caso: así como el 20 de julio de 1810, porque prueban que la oportunidad no es el criterio de los grandes hechos, y que los próceres de la Independencia no estuvieron tomándole el pulso a la Colonia para proclamar la libertad de los pueblos. Hubiéranlo hecho, y se habrían abstenido de tan temeraria empresa, pues si al cabo de tantos años las manos no han llegado a la evolución mental que se necesita para entender el gobierno propio, según los sociólogos oportunistas, menos lo comprenderían entonces, bajo el régimen de apócope intelectual que era el medio de gobernar España. Los que tuvieron la visión del bien, se fueron tras ella, atendidos a la convicción íntima, sin pesar los peligros en la balanza química que ahora se acostumbra; y la guerra de Independencia que

nos asombra, fue una serie de batallas sin más filosofía inmediata que la muerte en el azar de las espadas.

Los libertadores sintieron el mal y lo sacudieron como una carga indigna; no conocían la guerra, y se formaron capitanes ilustres; no tenían soldados, y los pidieron a la casualidad, y cuando les faltaron armas, fabricaron de una piedra un ariete, de una estaca una lanza y un obús de la cavidad de una guadua. Nos redimieron de la Metrópoli así, para confusión de los oportunistas, pues si aquello fue justo, debemos imitarlo, y si fue un error, no debemos conmemorar estos aniversarios. La simplicidad de los hechos vale más que la sabiduría novísima que amansa el ánimo, y yo prefiero al filósofo que me deja con los brazos cruzados, el bruto intrépido de cuatro patas, el perro de San Bernardo, que se va derecho a la nevasca salva por la melena al peón de los Alpes.

Después de los libertadores, los fundadores.

Los españoles legaron a la América independiente los vicios de su raza, fanática en religión, servil en política, sanguinaria en guerra, haragana en industrias, nula en ciencias, hueca en literatura, aventurera, covacquelista, sutil y teológica. La independencia barrió a los peninsulares, pero ellos dejaron la simiente en la religión, las leyes y las costumbres, y apenas terminada la guerra, los guerreros se abrogaron los derechos del Rey a título de libertadores y se continuó la explotación con el solo cambio de fórmulas, pues la violencia autorizada antes por el monarca, se hizo derivar ahora al pueblo; y sin parar en esto, algunos pensaron en importar un príncipe de sangre o en improvisar una dinastía criolla, por parecerles aventurada la República. Los más encumbrados por las armas, no se familiarizaron con la libertad, que tiene consecuencias; la contenían, la destruían. El catolicismo, que era la matriz de la tradición, estaba incólume. Los indios y los negros eran esclavos por distintos modos. La herencia española se recibió, pues, por inventario. Al dejar

las tradiciones monárquicas de la península se consagraron nuevos agentes, pero algunos espíritus lúcidos y audaces, que fueron los radicales de su tiempo, evitaron semejante desdicha; se apoderaron de las ideas, las opusieron a la fuerza bruta, al prestigio de la gloria militar, a la nombradía de los capitanes, a la ruina de los ciudadanos –a lo antiguo y lo reciente –y despertar dondequiera un gran sentimiento popular de apego al derecho. Formáronse hombres nuevos de la noche a la mañana, redimidos del legado español y de la obsesión criolla, a tal extremo celosa, que con la punta del puñal se atrevieron al más brillante de los dictadores. Si alguna vez no hubo oportunidad, como lo entienden los evolucionistas a todo trance, fue entonces, con antecedentes tan viciados, en un medio hostil, sin estímulos y con éxito inseguro. Comprendieron aquellos hombres que el progreso es una abreviación de los sucesos, y procedieron en consecuencia, sin mirar hacia atrás y sin miedo, con lo cual nos enseñaron a ir adelante, caiga el que caiga, como aquellos jinetes de Ney, que rellenaban los fosos con sus cuerpos para facilitar las cargas de la caballería épica.

Desandando mucho en vez de avanzar, por la tendencia despótica y clerical de los conservadores, y debido a los oportunistas liberales, que adulan la barbarie de los pueblos con el pretexto de no forzar las costumbres; pero son tan eficaces los impulsos enérgicos, que por más que la reacción se haya hecho gobierno monárquico en algún país, queda el sentimiento republicano poderoso, vigilante y dedicado a restablecer la obra de nuestros padres como lo hizo el Ecuador por medio de las armas. Este aniversario del 9 de octubre, jamás se ha celebrado con más lógica que en estas circunstancias, cuando los ciudadanos rasgan la camisa de fuerza y se arrojan en brazos de los próceres, fortalecidos por la experiencia y lleno el corazón de promesas magníficas para el tiempo futuro. Nunca, como

hoy, fulgura para los ecuatorianos el 10 de agosto de 1809; pero ¡ay nuestro 20 de julio, cuán otro!

Allá en Colombia se canta el Te-Deum del arzobispo traidor Caballero y Góngora, como en Zipaquirá en 1771, para apoderarse de los comuneros, que fueron los precursores de 1810; se abren las Cámaras legisladoras en Bogotá, como el 20 de julio el Cabildo del Pueblo, pero en vez de entrar a la deliberaciones Camilo Torres y Acevedo Gómez, seguidos de varones eminentes, penetran al recinto de la leyes los regeneradores con su libreas de lacayos; en las plazas no se congrega el pueblo para saludar su rescate, sino los batallones de la guardia mameluco, que llevan en las puntas de las bayonetas el ciático de la muerte; los mozos no vuelan a empuñar las armas contra Fernando VII; se esconden de los alguaciles de la República que los impelen al delito; y aquellas mujeres de Santa Fe, sanas y alegres, que se guardaron en el seno el chapín de la Virreina prófuga, agachan la cabeza en el sufrimiento, entran y salen de las iglesias como fantasmas. Sólo nos queda de aquella época el Virrey Amar y Borbón en el palacio de San Carlos, entre pajes, rufianes y bufones; y después del tiempo heroico tenemos a Simón Bolívar en Rafael Reyes; a Sucre en Nepomuceno Mateus; a Zea en Jorge Holguín; a Nariño en Marco Fidel Suárez; a Santander en Pedro Bravo; a Córdoba en Miguel Montoya; a Girardot en Moya Vásquez; y ¡oh sorpresa! a la inmaculada doncella Policarpo Salavarrieta en la persona de Soledad Román de Núñez!!... ¿y para qué queremos “El Semanario” de Caldas, si contamos con “La Época” del negro Juan Antonio Zuleta?

El pensamiento libertador de 1810 es un humillo y de las espadas de la Independencia se fabricaron disciplinas y cadenas. Colombia está vedada a los hombres de bien, ya

numerados, como en los hospitales y en las casas de reclusión. El despotismo les dice: “Llegad y vivid en paz, pero habréis de inclinaros delante de nuestro poder absoluto, de arrodillarnos delante de nuestro altar católico, de oír los oráculos de nuestra enseñanza, de abrir vuestra bolsa a los ladrones, de pagar nuestro ocio, de reír en nuestras fiestas y de fraternizar efusivamente con nuestros verdugos”... Decidme, decid los oportunistas: ¿cabe tolerar tamaña afrenta? ¡Oh no! La Patria purificará las llagas de su cuerpo con plomo derretido y embalsamará su ambiente con el humo de la pólvora. Presiento que se acerca el nuevo Boyacá redentor, y saludo a los bravos de vanguardia; los saludo y los cuento; se oscurece mi vista, se tapa el horizonte con la muchedumbre de los combatientes; ¡y es el pueblo, pueblo inmenso, que ninguna cifra abarca, porque tiene el secreto de las multiplicaciones infinitas!

El último día del año de 1893, me sorprendió a orillas del mar Pacífico, por primera vez visto por mis ojos.

Tenía el honor de acompañar a Eloy Alfaro a una de sus empresas libertadoras.

-¡Oh, me dijo el proscrito, señalándome el océano: amémosle mucho porque sus ondas bañan las riberas de la Patria!

Respeté su entusiasmo, pero pensaba: ¿es que los radicales de Colombia y el Ecuador tenemos Patria?

Los amos nos velaban el sol nativo y el pan de nuestras cosechas; estábamos fuera de la ley que ampara y de la tierra que sustenta, y se atropellaban en mis labios las sílabas indómitas de odio en aquella mañana de diciembre. La naturaleza es bella en la libertad del pensamiento. Buscaba hacia el sur en vano mi radiante Colombia de otros tiempos, la macabea, la madre de vientre fecundo, bendito tres veces por la libertad, por la República y por la Ciencia. El sol naciente abría grandes y nuevos espacios sobre las aguas; las olas

contra la playa aligeraban su fatiga en un gran sollozo; la brisa traía las frescuras y los olores marinos; los alcatraces desarrollaban sus escuadrones en el espacio... Buscaba en vano la Patria; allá abajo el monótono océano resonante y las estériles costas. Luégo aparece Colombia en mi mente como una llama, que ya es una antorcha, que ya es una sombra, que ya es una mancha... nada!

-No me digáis, no general, que este horrible vacío es la Patria!

Pasó un año, pasó otro; el perseverante lidiador empuñó las armas; subió a los Andes con sus guerreros y respiró gozoso y ufano en las faldas del Pichincha. Quiso y pudo, para confusión mayor de los oportunistas.

¡No importa la hora!

¿Olvidaré las pláticas de José Martí, en Nueva York, el año de 1888? El patriota cubano describía el triunfo de su causa como si se hubiese realizado, engrandeciéndole hasta la apoteosis con su palabra vívida y nemorosa; arcaica y nueva, cual en un profeta en diálogo con los muertos y los vivos. Resplandecía en su frente la estrella solitaria y la bandera de Cuba libre en sus manos convidaba al sacrificio. Fuera del circuito de este hechicero, caía otra vez la sombra y el desaliento, y las realidades que hacía palpables su palabra, se iban como fugitivas quimeras.

No podía ser, no acontecería aquello. España en paz; la Isla guardada por un gran ejército de tierra y una poderosa escuadra de navíos; los buenos cubanos proscritos, errantes, empobrecidos; dentro de la Antilla la vigilancia, fuera del país el espionaje; la división entre los autonomistas y los separatistas; los antiguos Jefes prestigiosos apartados de sus subalternos. Máximo Gómez en Montecristi de Santo Domingo, los Maceos en Nicoya de Costa Rica, Calixto García en México, todos dispersos; la hecatombe de los diez años y la paz del Zanjón de presentes; la América Latina ligada a la Península por la diplomacia, el

comercio, las academias de la lengua y las juntas americanas; la reacción absolutista en países amigos otro tiempo, como Colombia; Cuba, por fin, abatida, inanimada, exánime, ¿se levantaría a la voz del poeta Martí?

Los incrédulos le escuchaban, prendados de su elocuencia, convencidos de que Cuba tenía derecho innegable a ser independiente, pero mirando la realización de esa esperanza en el confín del tiempo. Argumentábanle otros circunstancias con los recursos de la teoría evolucionista –que pierde su gravedad científica cuando pasa el Atlántico y cae en poder de los payasos -; alegábanle que Cuba no había llegado al término de la evolución que se requiere para que un pueblo tenga y administre sus intereses por sí mismo; que los negros, que no tienen desarrolladas las circunvoluciones cerebrales como los blancos, serían un elemento perturbador en la nueva sociedad política; que fracasa quien empuja el nivel intelectual y moral de los pueblos sin haber preparado antes por la enseñanza a los individuos uno a uno; y que más acomodado a la naturaleza era la Tutela en primer lugar, después la Autonomía administrativa, y luego... quizás... entonces... tal vez... la Independencia.

Martí era un dínamo, un explosivo, una centella del patriotismo; rompía por el medio de las dificultades, anticipándose al machete, a la dinamita y al incendio, y era de vérselo, pequeño, delgado, pálido, enfermizo, cómo creía en majestad, energía, fuerza y salud, al pronunciar su boca las palabras: ¡Cuba libre! ¡Cuba emancipada! Los argumentos de los pusilánimes los llamaba miedo lisa y llanamente; y triunfó el intransigente Martí, por más que haya muerto en la pelea, que ya sus compatriotas declamaron, altos los aceros, tras un año de lid afortunada, que Cuba sería libre, o desaparecería para siempre de la faz del planeta!

¡No importa la hora!

La noche en que fue herido por la espada Antonio Maceo en San José de Costa Rica, acudía a su casa con mi hermano, que era su médico. La pandilla de españoles quiso salir del futuro libertador de Cuba, dándole muerte a mansalva y en las sombras. La bala le entró cerca de la columna vertebral en la proximidad de los pulmones; la sonda del médico se iba por la cavidad muy hondo; el peligro no se le disimulaba al herido; estábamos aturridos sus admiradores por ese grano de plomo; pero Maceo desatendía la situación, mostrábase sereno y sonriente; mientras se le hacían las primeras curaciones, se ocupaba en dictarle el poeta Leonis del Castillo, que es ahora su Jefe de Estado Mayor General, la correspondencia revolucionaria para el correo del amanecer. Volviéndose hacia un grupo en el que estábamos el General Leonidas Plaza Gutiérrez, los escritores Julio Esaú Delgado, Eduardo Talero y yo, nos dijo:

-Este contratiempo no merece la pena. Los españoles oirán hablar de mí antes de poco.

Recuerdo que su hermano, José Maceo, que estaba allí cerca, taciturno y cabizbajo, se irguió y puso oído atento a estas frases, como si escuchara una corneta del campamento.

Pocos meses después, Antonio Maceo, se embarcó con un puñado de valientes en Puerto Limón; transbordó en las Bahamas, desembarcó en Cuba, se internó en los bosques, apellidó la guerra, armó un ejército, combatió, venció, tocó a las puertas de La Habana, se multiplicó, se prodigó y a la fecha escarmienta a los españoles en Pinar del Río y anunció para un breve plazo la independencia absoluta de su patria.

No ocultan el rostro los oportunistas?

Unas mismas son la guerra por la Independencia y la Libertad, palabras que en vano se las considera por separado, porque no significa nada la una sin la otra; unos mismos son para el hecho de causar mal los opresores extranjeros y los coterráneos, y por lo tanto, tenemos igual móvil cuando nos sublevamos contra las tiranías importadas o aborígenes. No

se escuden, pues, los sátrapas americanos con su fe de bautismo mestiza, ni nos vengan los de la balanza química con que somos hermanos de los que nos explotan y sacrifican.

No entendieron esa fraternidad elástica los ciudadanos que se conjuraron contra García Moreno, el 6 de agosto de 1875, y le dieron muerte. Paréceme este acontecimiento de extraordinaria influencia, no sólo para el Ecuador, sino también para la libertad universal, porque se ratificó la jurisprudencia terrible y expedita contra el abuso omnímodo que había fracasado en 1828.

García Moreno es un ejemplar retrospectivo del hombre-fiera, trasladado de la caverna al liceo, que conserva el hacha de sílex en la mano, medio oculta bajo su ropaje moderno. Cuando asoma muy joven a la política ya está en el goce de sus malos instintos, y a poco trecho se abandona al delito sistemático que constituye su vida. Durante algunos años hace el mal por causarlo, sin matricular en ningún partido su bandera corsaria. Deja que el crimen escueto lo encumbre; se aconseja del mismo estupor que causa, y cuando las multitudes espantadas obedecen a su látigo, las encadena a su destino en nombre de la Iglesia Católica. Es el amo. No obedece a nadie, a excepción del Papa, pero en realidad Pío IX es un corchete de su política. Manda sobre el pueblo, sobre el ejército, sobre el clero; delibera, legisla, juzga, condena, ejecuta por su propia cuenta. Atropella y aplasta; echa por el balcón a los presidentes que hizo el día antes; arrastra las mismas espuelas en el templo y en las Cámaras. Su cólera no tiene límites, "siente hasta en la punta del puñal", como Claudio Frollo. En sus alucinaciones de soberbia cierra los ojos y se cree el eje del mundo: por eso reta a Italia. En dos mesas comulga; en el altar y en el patíbulo. A su paso las prisiones se llenan de lamentos, las calles se inundan de sangre, el desierto se puebla de voces errantes. No ama; su procreación es estéril. Lo corroen la envidia y la ira; en el suplicio de Juan Borja se embriaga como en una fiesta; sobre los fusilados de Jambelí levanta la tribuna de infamia;

alrededor del cadalso de Maldonado aúlla como un lobo. Proscribe el talento por herético, cierra la Universidad y decreta la teología. Su bandera es un trapo negro con una cruz, amarrada a un látigo; así marcha como por un cementerio a la medianoche, seguido de una legión de frailes y de verdugos. No le fatiga el mal; en sus ocios hace caminos que le salen muy largos y versos que le quedan muy cortos. No hay grandeza en él; ni es reformador, ni estadista, ni guerrero ilustre; y faltándole el corazón, que tanto se hace perdonar, queda simplemente como un monstruo, sin que valga tener arriba la mitra, en la mano el garrote y abajo la bota herrada. Su habilidad consistió en apoderarse de las malas pasiones y personificarlas con cierto brillo de capataz egoísta. Sirviéndole la Iglesia con sus mil ojos y sus mil manos, que jamás fue tan próspera, ni tan villana, con ser tan negra su historia, pues si el abuso omitió el déspota, el sacerdote subsanó el olvido con una falta más grave. Los infusorios que pululan se encumbraron pegados a las piernas del jayán; las heces de la aristocracia se vertieron sobre la Nación; no hubo altura que no tuviera lodo como después de un cataclismo; huyeron los pensamientos y los pensadores; partiéndose los adalides; quedose el Ecuador dentro de un gran sepulcro, rodeado de la oscuridad, del silencio, de la muerte!

Los conjurados del 6 de agosto iban a morir por la salud pública, tal debió ser su convencimiento. García Moreno era todopoderoso, se apoyaba principalmente en dos espadas: el convento y el cuartel y en la turba embrutecida dispuesta a morder en servicio de su dueño.

¿Eran los conspiradores, gentes de poco más o menos? “Roberto Andrade, dice don Pedro Moncayo, era un estudiante de derecho público, muy adelantado; procuraba adquirir las cualidades de un hombre de estado, necesarias en la República... la conducta de Andrade era irreprochable, tan limpia como la de Bruto, y su valor y su constancia han

llegado a ser un refrán en los años posteriores". "Su compañero, Alberto Moncayo, agrega el mismo escritor, se educó en el colegio de los jesuitas y llegó a ser uno de los predilectos por su capacidad y aprovechamiento. Los jesuitas le hicieron profesor de filosofía y lo mandaron a Cuenca para que dictara el primer curso. Encontrándose en ese puesto de confianza quiso corresponder a ella, consultando los autores modernos que tratan de esta materia. Leyó a Locke, a Condillac, a Cousin ya otros varios, separándose enteramente del texto que le habían dado los jesuitas. Cuando éstos supieron las novedades que había introducido en la enseñanza, lo llamaron a Quito y lo reconvinieron. Moncayo contestó que no se podía encadenar la razón ni acallar la inteligencia, que estaba pronto a dejar los hábitos ya retirarse a su casa, como en efecto lo hizo". Andrade y Moncayo eran los promotores.

No se pasa por el lugar de la Vindicta en la plaza de la Independencia, sin evocar el recuerdo del 6 de agosto. "Mis enemigos están en el deber de matarme, decía García Moreno, porque si no los extermino". Le cogieron la palabra: lo mataron a la luz del día en plena plaza pública, a dos pasos del cuartel, a diez varas de la Iglesia Metropolitana. Al salir de la casa se persignó, en la iglesia de Santo Domingo comulgó, en la Catedral oró, sobre el pecho cargaba amuletos católicos, un pedazo de la cruz, el escapulario de la Pasión, el del Corazón de Jesús, una medalla de Pío IX de un lado y la del Concilio del Vaticano del otro, y tenía en el bolsillo del sobretodo, junto con un mensaje terrorista al Congreso, un memorándum en que escribió esa mañana: "Señor mío Jesucristo, concededme el amor y la humildad y hacedme conocer lo que haré en vuestro servicio en el día de hoy". El machete de Rayo demostró lo que valen las corazas celestiales con que se resguardan los hipócritas. Rayo tomó posesión del portal, acompañado de Cornejo, Astorga, Andrade y Moncayo. Era la una de la tarde; García Moreno salió de la Catedral y se dirigió a palacio. En las galerías exteriores, reparó en Rayo, de quien había dicho: "Estes un hombre muy valiente y no hay

que perderle de vista". Mirólo con ojos investigadores, a tiempo que el conjurado se le acercaba con buen talante. Se examinaron; se cruzaron palabras que nadie ha podido repetir, fue un instante: el tirano quedaba bajo la cuchilla; la hoja justiciera se alzó y cayó, cayó otra vez sobre la cabeza, sobre el pecho, sobre el brazo; caminó hacia atrás la bestia coronada y herida; Roberto Andrade le vio el rostro suplicante, de quien tiene miedo y pide gracia; pisó el borde del pretil y cayó sobre las piedras de la Plaza de la Independencia como una res degollada. El Padre Berthe le hace hablar en su libro mentiroso, pero lo cierto es que el instante no era para una despedida romántica, de las que se ponen en boca de los mártires de almanaque. Otros lamentan el fin de este bandido: yo admiro a los conjurados; el puñal en sus manos es la brújula de los hombres libres.

"Mi pluma lo mató", escribía Montalvo en el extranjero, al saber la muerte del tirano. Sin duda fue ella la que desarrolló la venganza popular sin otra fórmula; el discípulo atormentado y contraído que en "su distensión mata. Por sobre los refinamientos de la idea, está para mí la justicia plebeya, en la cual suelen acabar los déspotas, porque es la rebelión sagrada del verdadero sufrimiento. ¿Fue Rayo, uno de los conjurados, un intruso, un brazo? Fue un redentor y basta! Dejadle su machete, vosotros los remilgados, y cuidado de conseguir uno para vuestro uso, hecho del mismo hierro, si de veras amáis a la República. El machete "exterminador de Rayo debía ir de mano en mano, vengándose de los malvados que infestan este hemisferio, y mellado por la siega fecunda, debíamosle de moldear en bronce y mármol para rendirle el culto de nuestro agradecimiento. Mas huyen de la sombra de Rayo los mismos manumitidos con el filo de su machete, y hoy nadie sabe dónde reposan las cenizas del vengador y mártir.

A buscarlas fuimos algunos de sus admiradores en la fecha expresiva del 6 de agosto. Demora el panteón de San Diego sobre la parte alta de Quito, del lado del poniente. Allá

perseveran en creer justo y honroso el tiranicidio. Ellos se llevaron el cadáver de Rayo; los indios que hacen el aseo de la ciudad, halado de los pies con sogas, después de arrastrarlo por las calles principales de orden del Gobierno. Cuéntase que lo seguían frailes y rameras barajados, beatas y sacristanes, hermandades, cofradías, la hez de los fanáticos. Lo tiraron a podrirse a los muladares, fuera de las tapias que circundan el cementerio; pero unos amigos suyos escalaron el muro a las once de la noche y colocaron el cuerpo en un nicho anónimo. No obstante las precauciones, se informaron las autoridades al otro día, lo exhumaron y expusieron sobre un basurero, en donde los conservadores, irritados y cobardes, lo punzaban con los estoques y le echaban tierra en el rostro. Su pobre mujer, perseguida, como la hembra de una fiera, se moría de dolor en su escondite, con un niño de siete meses en los brazos; ella misma me lo ha referido, inundada en lágrimas, a los veintiún años del acontecimiento. Se pudo al fin de algunos días colocar el cadáver en una, bóveda, y la viuda, más tarde, le hizo arreglar una lápida con símbolos y leyendas significativos, que colocó en la tumba el día de difuntos, por ahí en el mes de noviembre; mas, tal muestra de cariño inocente y discreto, irritó a los perversos; los restos fueron desenterrados después de cuatro meses y echados, según parece, tras un cerro vecino, para pasto de los perros ambulantes y de los lobos que bajan del monte.

Abelardo Moncayo y Roberto Andrade concurren a la Convención: a ellos les toca patrocinar la memoria de Rayo, como que ambos decretaron la muerte de García Mbreno, fueron principalísimos el 6 de agosto, los amenazó el patíbulo por veinte años, no renegaron de su gloria en la adversidad, no perseveraron en creer justo y honroso el tiranicidio. Ellos se acordarán de Rayo, ellos no son oportunistas.

Copio de Roberto Andrade: II ¿Quién se ha de atrever a proscribir el empleo del puñal de la salud pública, cuando hasta los medios de sublevarse un desdichado pueblo en

conjunto, de derribar al opresor sin poner en peligro su vida, de su seno han desaparecido a causa de la influencia del terror, así como la obcecación producida por la ignorancia y el fanatismo?”.

Cada paso del Zar de Rusia, por la Europa Occidental, es de amargura: ha causado tanto mal su dinastía y él mismo, que la muerte lo acosa en plena juventud, sin que la atajen el brillo de su corona recién puesta en las sienes, la sombra de sus dominios, sus innumerables cosacos, sus guardias imperiales, su policía secreta, los vasallos pegados a su persona, ni las preocupaciones inusitadas de los gobiernos que visita, más alarmados que el mismo autócrata, al imaginarse que les toque despachar para San Petersburgo un féretro con el dicho soberano adentro. Ni en el salón, ni en la mesa, ni en el lecho goza el Zar de reposo; mantiene clavados los ojos en lo invisible en donde están los nihilistas, y encuentra que es débil en su fiereza, como un oso polar cautivo. Su mujer se desmaya, sus parientes tiemblan, sus gentiles hombres no duermen; a todos les dice el corazón que ha de morir pronto, quizás bajo el techo de los reyes de Inglaterra, tal vez en Francia, en medio de los arrebatos del pueblo. Morir como su abuelo, reventado por la dinamita, mordido por la metralla en las carnes, sucios, por el lodo de las calles, sus armiños y sus martas; morir en el festín, cuando la copa que lleva a los labios contiene el licor emponzoñado; morir en el baile, con una cabeza gentil reclinada sobre el hombro; morir bajo las mantas del lecho, en donde se engendran los cachorros del trono; morir de cualquier laya pero con violencia, por mano de un poder sigiloso, es la preocupación constante del Zar de todas las Rusias y esto que atormenta al autócrata, dignifica a los perseguidos de Rusia, quienes han encontrado el medio de velar más que sus tiranos.

¡Qué distinto, de lo que sucede por tierras de América llamadas democráticas y libres! Nicolás II no es un negro bozal como Lili, ni un gramático absurdo como Caro, ni es dueño

improvisado de un pedazo del globo: es un hombre que ha nacido en el trono, que ha mamado leche de emperatrices, que manda a los esclavos de sus mayores, emparentado con soberanos, de cepa de guerreros, de conquistadores y sagaces políticos, apartado de la multitud por su alcurnia y criado en principios de realeza; una aberración de esta edad, sin duda, pero comprensible en la raza eslava y en vecindad del Oriente. Nuestro tiranuelo, el gramático, ¿de dónde ha sacado el poder de matar, de robar, de envilecer aun pueblo que fue libre y celebrado por sus virtudes en el mundo? Un viejo libertino y traidor lo engendró hombre público, por insinuación de su manceba, que era instrumento de los jesuítas, y lo impuso en seguida, empotrándolo en el mando, como un poste para amarrar y azotar a la República. Traía el advenedizo, a fin de cuentas, una obra traducida del latín en versos entumidos, unas colecciones de periódicos callejeros con argumentos de segunda mano, un cuaderno de versos que andan a gatas y unas cuantas citas y preceptos gramaticales que son el botín de la polilla. Su sangre estaba pintada de indio y negro por las vertientes, y de su padre, que era un notable poeta, heredó el odio que destila aquella frase en que pedía "el sepulcro como única cárcel segura para los liberales vencidos", que después la hizo suya García Moreno en "El Vengador" en 1846, cuando escribió: "Nada más conveniente para alentar el espíritu público, que interponer entre los ecuatorianos y los genízaros traidores la extensión del Océano o la duración de la eternidad". Su madre no era una princesa, era una excelente señora que amasaba pan para mantener a sus hijos; sus parientes no eran emperadores ni reyes, "a tiempo que esto sucedía, dice José Domingo Restrepo, en su folleto "En la Arena", José Eusebio Caro" sobrino del tirano, se robaba de las oficinas del correo cuantiosa suma (doscientos cincuenta mil pesos) ; y el periódico semioficial de su tío decía tranquilamente: "Esta suma menos tiene que amortizar la Nación". En la muerte de Maximiliano de Austria había dicho: "No hay sociedad sin trono". No tenía seducciones de

inteligencia, de raza, de fortuna, de poder; era un monaguillo sabihondo, un carlista sin trabuco, un caballero voluntario de reyes desconocidos. Núñez lo escogió como el más pícaro: aquel macho cabrío oteaba los bribones a leguas. Ved, pues, a un pelafustán de la calle convertido en amo de los colombianos, tranquilo en la matanza y el pillaje, como si hiciera obras de misericordia. ¿No digo que los nihilistas de Rusia son venturosos? Esos al menos le, hacen tragar amargo al dominador moscovita, en su excursión por los países occidentales de Europa.

Me es, de todo punto imposible apartar las cosas de Colombia en lo que voy escribiendo; rompería el papel antes que pasar adelante sin tocarlas. ¡Cuántos sufrimientos! ¡Cuánta vergüenza! ¡Qué equivocaciones en nuestro partido!

Admitimos la legalidad y ejercitamos algunas migajas de derecho, para situarnos mañana fuera de la ley, como lo entienden los conservadores, y fuera del rigor de la conducta, como lo entendemos nosotros. No hemos andado derecho. Puestos aparte de todo miramiento; cautivos dentro de la Patria; con las manos en las esposas y la lengua en la mordaza; apoderados los ladrones de nuestro trabajo, los esbirros de nuestro cuerpo, los curas de nuestro pensamiento; con el hogar a merced del delator, del sayón y del sacerdote; en la cárcel, en el destierro, en el confinamiento, en el patíbulo; sin orillas; bajo el lodo que arrastra la inundación; atropellados por la ralea; con un amo armado de látigo; con jueces venidos y legisladores mercenarios; más allá de la deshonra; en un polo desconocido de la infamia. ¡Oh! nos equivocamos al tener paciencia, al pensar en la redención por el arrepentimiento de los malvados, al confiar en el tiempo y en la verdad inerme, pusilánime y vergonzante. No hemos andado derecho. Hemos gastado la medula en juegos de trapecio, en agilidades de acróbatas, adelgazándonos, puliéndonos, evaporándonos; nos prepararon el tablado y representamos la farsa, cuando quisieron los godos; nos acostumbramos al

ataúd que nos regalaron, y nos dispusimos, por la contemplación y el sufrimiento, a la muerte ascética, oscura y silenciosa! La vida es la acción; si prevaleciera el criterio oportunista en Colombia, cavaríamos la fosa y nos echaríamos en ella, muertos por nuestra propia incuria.

En el Ecuador, el problema se simplifica con el triunfo de las armas; consiste en asegurar el Gobierno y verificar las reformas, sin andarse con rodeos que cansan a los amigos y no satisfacen a los adversarios. Estos no se contentarán jamás sin la entrega formal del mando, porque traen de Dios mismo el derecho de explotar a los hombres para adiestrarlos en la vida eterna. ¡Dios! ...Notad de paso que de la palabra Dios, se deriva todo capricho despótico, todo lo que atenta contra nuestra libertad o nuestra bolsa, según el decir de Proudhon. Ahora: no se trata de consultar si los pobres están bien hallados en su miseria y los ignorantes satisfechos en su torpeza, para decir que se pudran como les dé la gana, que es lo que piden los oportunistas; lo que se quiere es procurarles la vida civilizada como la solicitamos para nosotros, con el fin de que no los dañe el abandono y por ende nos perjudique la barbarie. Menos se trata de consultar a los poderosos, si consienten que la autoridad sufra menoscabo en provecho del bien común, porque nadie tiene regalías cuando se trata de la felicidad pública. La cuestión es obrar como revolucionarios. Sin la revolución no daría un solo paso la verdad; porque ella en cada uno de sus advenimientos tiene que desalojar la costumbre y combatir los intereses seculares que se defienden con empeño; donde no aparece armada materialmente, es porque de antemano se le preparó el campo con ayuda de la fuerza. No se nos hable de tolerancia. A los radicales nos aconsejan la tolerancia los mismos que nos ponen fuera de la ley, como nos reclaman el respeto por las creencias ajenas, todos los que atropellan los fueros de nuestro pensamiento. Seamos intransigentes! Antes que cercenar la verdad para hacerla amable, es preferible que se mantenga adusta, apartada de las adoraciones vulgares y homenajes viles; que brote y luzca

en una superficie angulosa y áspera como la flor de1 cactus. A menudo la prosperidad acompaña la materia, y una idea que se facilita a varios antojos, tiene algo de mujer pecadora. Desconfiad de los principios a la orden del consumidor; desconfiad más todavía del que los obsequia, porque este, al cabo no los dá, sino que los vende. Tener una convicción es valer en el concepto propio; no tenerla, es valer dinero; así vemos que los gajes de la vida son patrimonio de los que dan o toman en aquellas ideas. La intransigencia es la verdad en pie; la convicción no tiene espaldas; ceder a título de concordia es Cometer una estafa. La ocasión, hace al ladrón; tanto puede decirse de la oportunidad, porque con el solo hecho de buscarla, se relaja la voluntad de obrar bien. Quiere la virtud, para ser tal, que no se le dé vuelta, ni se le fraccione, que es como el diamante, que subdividido llega a no valer nada. No hay dos morales, una para el individuo y otra para el partidario; cuando nos ceñimos aun precepto, ese comprende nuestras acciones públicas y privadas. La oportunidad si no es el vacío o la idiotez, el cansancio o el miedo, encubre planes de provecho personal en perjuicio de nuestros semejantes.

Y considerado de más cerca el asunto, un triunfo radical sin un cambio de métodos y propósitos, sobre inútil es criminal, porque el radicalismo se carga al hombro la culpa de sus enemigos y desconcierta a los pueblos; o lo que es lo mismo, sus hombres se presentan con las manos vacías en el momento decisivo, de claran por este hecho que durante muchísimos años no sabían lo que estaban haciendo, o que se propusieron con mentiras atrapar el poder para explotarlo. ¿Pero es posible siquiera sospechar esto de una porción tan inteligente y desinteresada de ciudadanos?

Los hombres providenciales acostumbran emboscarse en las palabras, o presentarse como enigmas, para que la credulidad los eleve, y al estar en las alturas, bien seguros, los traidores y farsantes adquieren celebridad política entre las gentes corrompidas. Dícese de

ellos que son hombres de Estado, con aquella facilidad y frescura que tienen los mendicantes para encontrar excelencias en el primer turno afortunado que les da el pienso. No hay un solo providencial que no se presente como mártir, como redentor, como reformador; todos con un expediente arreglado y limpio en que resplandece la buena fe. Los partidos se alucinan, se entusiasman, se apoderan de ellos como de un pendón, los cargan en andas, los llevan a la plaza pública, al debate, a las urnas ya los campos de batalla en donde les rinden la oblación de la sangre; después lloran lágrimas tardías de arrepentimiento, cuando el providencial desenmascarado hace de su bordón de peregrino un garrote para medirles las costillas a sus admiradores. Sucede esto una y otra vez, pero ¿habrá en el Ecuador, quién se atreva a representar, por ejemplo, el papel misérrimo de Rafael Núñez? Si lo hubiere, ¿es tan insensato el partido radical, que se lo cargue acuestas?

También aquel bribón militó en el liberalismo; fue Secretario de Mosquera y Convencional de Rionegro; lució como poeta herético y escritor heterodoxo; consiguió popularidad, bienestar y fama a la sombra del partido; fue agasajado, mimado, sustentado por sus copartidarios; proclamó la reforma, decantó el bien público y juró morir envuelto en los pliegues de la bandera del liberalismo que para él era "sinónimo de justicia". Asentado en el mando desconoció a los suyos, los entregó al enemigo, rompió la Constitución, despedazó las leyes, estableció el despotismo y se durmió en la muerte con la seguridad de haber cansado por igual a todos los delitos. Núñez era corrompido desde el vientre de su madre, con maldad tan ingénita, que por dondequiera y en cualquier tiempo que se profundice su vida, se encuentra un pozo mefítico; pero no se habría descolgado al último precipicio bruscamente, causando tanto daño, si los oportunistas no le hubieran infundido aliento, porque a ese facineroso le faltaba el valor aventurero, en relación con sus sobresalientes habilidades de pícaro. Fue contar con ellos, y precipitarse en el escándalo frenético y pasó

del cisma a la jefatura de horda en medio de dos lustros, y por corolario al canibalismo desnudo, que heredó exprofeso el petulante gramático voraz que esclaviza a Colombia. Ya que el puñal no desbarató el corazón de Núñez, ni la cuerda le detuvo el aliento, como lo tenía merecido, su historia nos enseña lo que acontece a los partidos que se detienen en su desarrollo, supeditados por uno o más de esos salvadores o redentores apócrifos.

El partido radical en el Gobierno del Ecuador es cosa nueva; no estuvo dueño de su destino, como ahora, en ninguna otra época; su prédica, su crédito y su denuedo sí son de larga fecha. A la orilla de la laguna Estigia corrió su vida, iluminada en esas riberas melancólicas con el hacha de la inteligencia y el fulgor de las espadas. Sin sus pensadores y sus guerreros al Ecuador se lo habría tragado la tierra, pero ellos formaron una corona de luz sobre su cabeza de ajusticiados. Los que mantuvieron constante la tradición de la República y restablecieron la conciencia nacional que ha hecho erupciones estupendas, fueron ellos. Tras de los radicales no se podía sondear el abismo, tan negra era la noche; sobre ellos no se podía mirar hacia arriba, tan espesa era la sombra. Cautivos, representaban la Libertad: aislados, eran la Nación; peregrinos, llevaban en su morral la Patria. Los que dirigen la política, ¿habrán de olvidar que las reformas son el resumen de su historia y la prenda de su virtud? No, mal que les pese a los oportunistas. Los radicales cumplirán la palabra empeñada en la adversidad, ya que les toca la alborada de la nueva vida; débenselo a sus principios, a su hombría de bien, a las esperanzas fomentadas, a la sangre derramada, a la América que ve y escucha, y aquellos testigos inmortales, que dejaron sus libros y su ejemplo como piedra de toque para los sucesos y futuros. A la juventud no se le alimenta con las sobras del tiempo pasado, sin que se aparte esquivo del error reincidente; a la multitud hay que proporcionarle sensaciones nuevas y lícitas, porque de no advierte en su buen sentido que la política tan suspirada es un simple cambio de amos. Y lo sería a fe; lo sería

sin compensación alguna, porque en la lógica conservadora lo que anda sin tropiezo es el personal reaccionario y en el supuesto de que se conservase lo antiguo, los radicales harían el papel de la gallina que empolló huevos de ánade.

Respetad la tradición, se dice; respetad los usos y costumbres! Este es el grito que se alza en todas partes contra lo que reemplaza las cosas viejas; el clamor de angustia universal de los que quieren que la humanidad se mantenga a sus pies, hasta beberle los últimos alientos; y la tradición que aquí y allá se defiende, lo que con tanta solicitud se ampara, es el error y el crimen, no la que viene en la sucesión del tiempo fortaleciendo y engalanando la vida. Desean y piden los dueños de la tierra que se les conserven sus siervos; los clérigos que se les afiance en la rapiña; los ladrones que se les garantice el robo; los traidores que se les encargue de la honra y los políticos infamados que se les devuelva la dirección de los negocios públicos. Alega la ignorancia, tira de su parte la codicia, irrumpe la decidia, se yergue la soberbia, pugna la ira y toda esa música asnal. ese ruido de grajos, es la tradición para los oportunistas. ¡ Mal rayo la parta!

Hase visto ¿que hombres serios se pongan cavilosos con estas musarañas, cuando vienen de los combates y de mirar la muerte de frente ? Al repararse la tradición no se cohonestaría la guerra, en ningún caso, porque es un despropósito arrostrar la muerte contra el mal, para que éste sobreviva al triunfo, domine y prospere con nuestra propia sangre. De los soldados que van a la guerra en nuestras luchas civiles, la mayor parte no sabe a ciencia cierta por qué se imponen las privaciones de la campaña y derrama su sangre en la refriega; matan o mueren con la pasibilidad del bruto, y porque su carne tiembla más o menos, son cobardes o guapos. Los voluntarios de tropa se guían generalmente por la confianza que les inspiran los jefes y muchos de éstos se dirigen por otros en cuyo criterio descansan; lo que da por consecuencia, que hay un pequeño número de individuos que disponen de la vida de

sus prójimos. Les asiste la razón si el sacrificio se impone para conseguir el bienestar de una o de muchas generaciones, cuando no van a ese fin, directamente, se hacen reos los caudillos de asesinato en masa. Son delincuentes en grado máximo si malogran los frutos de la guerra por ignorancia, ineptitud o mala fe, pues no se juega con la vida, que es el mayor bien del hombre, como que de ella salen y a ella convergen todos los atributos de la felicidad. Y al contrario, ¡cuán merecedores de galardón los que van hasta el fin por el mismo impulso, con las solas variaciones que el progreso imprime en la conducta!

Sábese que el hombre es un receptáculo del mundo exterior, que ha de modificarse según la intensidad y variedad de las impresiones que reciba; por consiguiente, no se le quiere dar la actitud invariable de una estatua, que representa lo mismo en el decurso de los años. Cabalmente de esta ley de transformación progresiva, se saca la filosofía de los partidos, y así los radicales son los que asimilan los últimos descubrimientos de la verdad, y los conservadores los que se quedan rezagados en los tiempos pretéritos: o para decirlo de bulto, los radicales van en buque de vapor o ferrocarril y los conservadores en piragua o montados en bueyes.

Los que se alarman de buena fe, si los hay, con motivo de las reformas, exageran sus aprehensiones torpemente, pues no se piensa que el Ecuador asuma la iniciativa del progreso general, lo que sería una locura, sino que se aprovecha de lo bueno conocido en el mundo civilizado; y, aun se desea menos, que no se petrifique en la situación que le han producido tan excepcionales desventuras. Es reacia la costumbre, pero no puede condenarse aun país al servilismo y al atraso, porque pocos de sus habitantes se benefician con su servidumbre; y aunque fuera una minoría la que trata de ser libre, tiene razón y derecho contra el número estólido, porque ella se agrega, para el caso, a la suma total de la

especie humana, en dondequiera que es feliz y próspera. Por último, las armas las han puesto en aptitud de dictar la ley.

A los que pensamos de este modo, nos llaman los conservadores y los oportunistas, jacobinos, socialistas, nihilistas, petroleros, anarquistas, materialistas y ateos. ¡En buena hora! ¡Jacobinos somos, jacobinos inmortales, si echamos al canasto la cabeza de los reyes para que los ciudadanos tengan la suya propia sobre los hombros; petroleros somos, petroleros sublimes, cuando incendiarnos los campos de Cuba para que la tierra no se prostituya alimentando a los esbirros de España; socialistas somos, socialistas admirables, que por la unión de los débiles, vencemos a los privilegiados, y por la caridad distributiva satisfacemos a los menesterosos; nihilistas somos, nihilistas heroicos que abandonamos la vida bajo el carro de la autocracia porque salte en pedazos el despotismo de los Zares; anarquistas somos, anarquistas videntes, cuando nos aislamos en la contemplación afanosa de una sociedad nueva en la cual nunca jamás sea explotado el hombre por el hombre; materialistas somos, materialistas convencidos, si echamos fuera esa alma intangible por donde se nos entra al cuerpo la opresión, y somos ateos, ateos rebeldes, armados contra Dios si cuida a los hombres para pasto de los sacerdotes! Nuestra fuerza estriba en la multiplicidad de energías, distribuídas en el globo para empuje de la democracia.

Debido a la palabra audaz, el pensamiento revolucionario anda en tren expreso por el mundo; pero los conservadores y los oportunistas quieren que la expresión salga de la pluma doblada, a guisa de hacer una reverencia, y porque "El Pichincha" no fue tartamudo, porque llamó las cosas por sus nombres, lo de nominaron incivil, soez y grosero que, como se ve, son expresiones moderadas que denotan mucha pulcritud de lenguaje.

Para instruírse uno en la prosodia pornográfica es menester estar al tanto de los libros religiosos, ya sean los místicos en que los santos y las santas se van por el cielo con la

sangre encendida de lujuria en busca de virginidades de los dos sexos: ya sean las obras de los confesores, como el Padre Sánchez, en las que campea el burdel con las cosquillas de la licencia; ya sean los mamotretos de polémica ultramoderna en los que a trueque de salvar la sociedad se le suministra el más escabroso lenguaje de la concupiscencia. Quienes inventaron el confesionario, ¿no son por fuerza los peritos para describir las liviandades de la carne? Por aquella trampa con agujeros se cuele la inmundicia de la calle y deja el miasma que se desprende como un vapor hediondo de los libracos católicos. Los incestos, los adulterios, los estupro, la sodomía, la bestialidad, todo lo que busca absolución para empezar de nuevo, va al confesionario, sube a la cabeza de los clérigos y baja a la prensa como la quinta esencia del vicio. Los simples mortales escriben de oídas sobre abominaciones ocultas, pero las gentes de iglesia las saben de corrido, con sus pelos y señales, porque el confesionario es otro carro de basura en donde los feligreses echan su inmunda moral periódicamente. Otro-sí: los escritores profanos condenan las acciones dañadas y dañinas, y los ministros de la religión las perdonan, las adulan y las explotan; son el almácigo del presidio y del cadalso, como tantas veces se ha comprobado.

Fácilmente se comprende su repulsión por la palabra libre; no la hagas para que no la temas. Si las acciones son feas, culpa es de quien las ejecuta, no del verbo que las traduce; mas darles en lo hablado una delicadeza que no tienen, es escribirlas y protegerlas, y así los que alegan los fueros de la decencia, hacen un discurso en favor de los bellacos, quienes repudian las frases crudas, porque ellas le dan a la culpa una duración provechosa para el escarmiento. La blandura del lenguaje es un triunfo de la hipocresía y la mentira, y me recuerda al clérigo Tomás Escobar, de Colombia, sodomita perdido, quien no se permitía en sus arrebatos de cínica lujuria volcada, la menor palabra descompuesta; sus defensores ante el jurado alegaron esta circunstancia en pro del desdichado súcubo. ..En todas partes los

escrúpulos clericales, son los de la madre Celestina; en España, según un periódico de Madrid, no hay mancebía que no tenga una imagen de la Virgen.

¿Y de cuándo acá son sagrados los clérigos y los frailes, hasta el punto de que los escritores tengan que hacer silencio a las puertas de las iglesias y de los conventos? Son nuestros enemigos natos, orgullosos de odiarnos, deseosos de aniquilarnos, más enconados a medida que la revolución los desaloja de sus parapetos. Nada nos une a ellos: por sus juramentos se ligan aun poder extraño al de la República. Son fuertes: edificaron en la ignorancia que es prolífica, en el miedo que es contagioso, en la debilidad que es un baluarte. Son ricos, amados, servidos, poderosos; decretan la guerra, la atizan, derraman sangre; ¿qué se aduce, pues, para inhibirlos de la investigación y la crítica de los escritores? Ni guardan cautela, ni se están callados la boca para que no se repare en ellos; por el contrario, saltan a la palestra, embisten, excomulgan, abren las puertas del infierno, empujan los fieles al sacrificio, se endiosan en el triunfo y se yerguen amenazadores en la derrota. Los de hoy son los de ayer; iguales en torpeza, codicia, ira, venganza y lujuria.

En este libro están pintados los frailes del Ecuador en el siglo XIII, por Jorge Juan y Antonio Ulloa, quienes se tapan la cara en presencia de la corrupción de los conventos; la Independencia halló a los monjes sumidos en los vicios; la Gran Colombia hubo de legislar muchas veces para mantenerlos a raya; los gobiernos que la sucedieron se empeñaron en barrer la inmundicia de los claustros; Colombia y Venezuela los arrojarán de su territorio, y el Ecuador desde Rocafuerte hasta García Moreno, y antes y después, tuvo que lamentarse de una calamidad que devoraba la riqueza pública, corrompía las costumbres y era la rémora constante del poder civil. Las leyes fueron ineficaces; los frailes se escabuyeron del Patronato y después del Concordato; Urbina expulsó a los jesuitas; García Moreno llevó aun religioso por las calles hasta la barra del Senado; se escandaliza el gobierno de sus delitos y

pide correctivo a Roma; el Papa lo espera de aquí; se les afuera y desafuera; van como una pelota de la autoridad civil a la eclesiástica; por fin, a la postre, los frailes triunfan, los gobiernos se rinden por cansancio y el país sigue pagando el cancán de los conventos. Don Pedro Moncayo escribía en 1885: "¿De qué servía a García Moreno estar rodeado de jesuítas, frailes calzados y descalzos y todos estos lobos hambrientos que venían a explotar la riqueza de nuestra patria? ¿Lo salvaron de las revoluciones, de las conspiraciones y del puñal homicida? Los que siguen protegiendo este orden de cosas tendrán que arrepentirse algún día de la protección que prestan al fanatismo del país ya los frailes extranjeros". No es impertinente la cita.

Los tiranos que no explican sus acciones, son un terremoto, un huracán, un incendio, que nos maltratan con fuerza mayor anónima; pero el tirano metafísico, que acomoda a cada hecho brutal una filosofía, como prueba de que sus actos son deliberados, junta la ofensa el escarnio, y es más odioso por lo que dice que por lo que hace. De ese número fue Rafael Núñez y es Miguel Antonio Caro en Colombia; el uno, el tronco del escándalo regenerante; el otro, comadrón y payaso del sátiro del Cabrero. Ambos son considerados por los reaccionarios como modelo de escritores cultos, que vuelan por encima de las asperezas de la tierra.

¡Primero el cabrón, y después el arlequín, adelante!

Cuando Núñez se robó la esposa del Ministro Logan, su protector y amigo, es villano; cuando envenena a Ricardo Gaitán Obeso, prisionero y enfermo, cuando ultima a su mujer legítima en Chiriquí, para casarse con su barragana en Cartagena, es monstruoso; cuando vende la República y la entrega al furor de sus amigos, es parricida; pero es todo junto, es más que todo esto, cuando exorna con su pluma los delitos, como un asesino que lleva coronas a las sepulturas de sus víctimas. Los períodos de su estilo son enervantes, como

alas de vampiro, y bajo el opio de cada frase está la llaga viva. No cometió un solo crimen sin acompañarlo con su música de órgano, y algunos hombres de buena fe creyeron en la pocilga regeneradora embriagados con sus yerbas aromáticas. Alumbró como un cirio envenenado. No dijo verdad jamás y reforzó la mentira siempre. Sus sofismas son de doble y triple fondo, y él mismo se pierde en el laberinto que le consagra diariamente al engaño.

Dice regeneración administrativa, cuando quiere robarse el Tesoro; paz científica, cuando puebla de pretorianos la República; apaciguamiento de las conciencias, cuando compra o fleta mercenarios; libertad religiosa, cuando entrega a los clérigos la cátedra, el libro, el código, el pensamiento; crédito nacional, cuando embolsa el dinero de los acreedores extranjeros; protección económica, cuando multiplica los impuestos y las contribuciones; tolerancia, cuando persigue; fraternidad, cuando encarcela; seguridad, cuando mata; humildad, cuando maldice; y moralidad, ¡moralidad!, el mormón, el adúltero, el incestuoso, el bígamo.

Y se le admira como a grande hombre y el Congreso de Colombia le manda erigir una estatua, que cuesta ciento cincuenta mil pesos de nuestra moneda, en cuyos cuatro costados irán: " Al frente, un grupo alegórico de la Religión y el genio de la Paz que rompe una espada y ofrece un ramo de oliva; y en los otros tres costados, los Genios de la Filosofía, la Política y la Diplomacia, estos dos formando un grupo. Al pie irá un león como guardián del monumento... "Olvidaron los legisladores disponer que se colgase al cuello el busto de la ramera oficial, que ya luce en algunos de nuestros medios pesos desde 1885, en el lugar que le corresponde a la Libertad o a Policarpa Salavarrieta. ¡Oh, rabia! ¡Oh, dolor!... ¡ Qué vergüenza!

Y el otro modelo de lenguaje, el arlequín, ¿qué vale? Es la lombriz solitaria de las letras, el eterno amanuense de los muertos, el eco de los rincones, la voz de los escaparates, un

mecánico sin brillo, uno de tantos belitres rimadores que saben ortografía y le buscan el consonante al presidio.

Otro dechado de escritores es García Moreno. De este émulo de Núñez y Caro, dice Juan León Mera: "Genio verdaderamente extraordinario, puede aplicársele muy bien el dicho de un escritor europeo al hablar de otro gran hombre: fue cuanto quiso ser, supo cuanto quiso saber. ...García Moreno tiene asegurada en la historia brillante inmortalidad, y de ello debemos enorgullecernos los ecuatorianos". Seguramente el señor Mera fue quien hizo poner en el Diccionario de la Academia esta definición peregrina: "JUNTA-F. -Ave de América muy semejante a la oca, que los salvajes de tierra de Quito crían en sus habitaciones". Debió ser el mismísimo panegirista del tirano, pues sólo el que descubre salvajes en tierra de Quito, puede cometer la irreverencia de llamar buen escritor a García Moreno en la patria de Juan Montalvo.

Los oportunistas liquidan los pingajos literarios aparte de los hechos comunes, y el bandido que pueda mover una pluma, ya se sabe el precio de su rescate; en esa moral del embudo que hace dos porciones –el escritor y el hombre- para salvar al último por despreciable que sea.

Las sectas religiosas y los gobiernos autorizados, en consorcio con todos los que explotan a los hombres, declaran chocantes y perniciosas las palabras que sirven para expresar las quejas de los débiles y el sufrimiento de los oprimidos, y dan la venia solamente a las que llevan su marca de fábrica; pero los mismos que castran el lenguaje de los vencidos por la fuerza o la desgracia, se valen del repertorio vedado, sin fórmulas ni cumplimiento para desahogar sus odios; de suerte que los mismos términos son indecorosos y punibles en boca de los hombres de bien, y recatados y justos si los profieren los malvados. Los oportunistas, como es natural, encuentran que eso está muy bien hecho. Se

asocian a la gavilla y echan mano de la lengua, para arrojarla como botín de salteadores en manos de los rúbulas, los jueces y los alcaldes. Entonces, sí reina el orden, florece la literatura y pueden salir bajo palio la letra pastrana y la pluma de ganso exhumadas por la gente devota del nido de las urracas: entonces es cuando se esponja la Gramática, la venerable Gramática que de España nos vino con el gálico, el catolicismo y las barajas.

Acostumbrada la sociedad a oír como única voz la de los palaciegos y sacristanes, se pone nerviosa con el acento de los escritores independientes, porque juzga que le han de cobrar a ella la audacia de los otros; en efecto, sucede que la rabia de los tiranos fustigados, se convierte en azote de justos y pecadores, y de aquí deducen los oportunistas que es prudente callar, como si en algún caso fuese compatible la dignidad del escritor con el miedo.

Si escribimos, hemos de decir la verdad. Los periódicos y los libros que se componen con el bebel a la espalda, son muestras de caligrafía más o menos estúpidas. Si hoy decimos únicamente lo que nos permiten los opresores y la sociedad meticulosa, mañana aquéllos y ésta se descargan con nuestras palabras, como prueba de nuestra complacencia. O el silencio, o el grito: nada de circunloquios, ni apólogos, ni charadas.

Así lo ha entendido Rafael Uribe Uribe, nuestro único diputado radical en el actual Congreso de Colombia. El solo se mide en las Cámaras con los personeros de Caro, que lo acometen rabiosos en la porfía de alcanzar sonrisas y agasajos del amo. Uribe no los cuenta; levanta su maza y la descarga como un herrero atento a su trabajo; desborda su elocuencia por los campos de la regeneración sin preocuparse por los lamentos de los que naufragan en la borrasca; es grave, altivo, imponente; no quiere el aplauso de los oportunistas, y se basta y sobra con el aprecio de sí mismo. Dice en la tribuna: "Montañés y agricultor me declaro de antemano, e incapaz de hacer frases y de disfrazar mi pensamiento

con los adornos de la retórica y los rodeos del disimulo. Como aquel campesino de! Danubio que ante el Senado de Roma denunció las depredaciones de los pretorianos y procónsules, no será culpa mía si la verdad -de suyo desagradable y amarga para gentes predispuestas a no oírla porque contra ellas va- resulta aún más repulsiva por la desnudez con que no podrá menos de presentarla quien no ha aprendido a hacerlo de otro modo".

Cuando leo a Vargas Vila y oigo a Rafael Uribe Uribe, me provoca irme a mis compatriotas y gritarles: ¡ No estáis muertos, palpáos, viva la República! ¡Ah! el publicista ilustre no puede pisar el suelo de la Patria y el tribuno denodado tiene sobre su pecho el puñal, a sus pies el calabozo y en la oscuridad la muerte! ¡ Pobre Colombia! ¡ Pobre Polonia!

Cuando un partido vence después de larga cautividad, a cualquiera le parece que lo primero que debe hacer es decir todo lo que ha callado bajo el rigor de la cadena; pero en el Ecuador muchos de los vencedores en 1895, sostuvieron que era más discreto no decir la verdad o decirla de modo que tuviera el beneplácito de los vencidos, que era lo mismo que consultar a los conservadores ya los clérigos lo que había de escribirse sobre ellos. De esta suerte las cosas iban a quedar como antes, sin que nadie se explicara a fondo el motivo de una transformación sangrienta y costosa para llegar a fines tan ingratos. El adefesio provenía de que a la masa de los vencedores se mezclaron muchos hombres del antiguo régimen, los cuales se declaraban copartícipes del triunfo, con la denominación ambigua de liberales, pero sin valor para desprenderse íntimamente de lo que por muchos años fue su culto y provecho. Seguía de aquí que la opinión de advenedizos pesaba como propia del partido, lo que introducía mucha confusión en los encargados del fiel de la balanza; tanta confusión, que a veces los tomaron por los sinceros representantes de la opinión nacional. De esto se aprovechaban aquellos apóstolos del radicalismo para enervarlo, y en poco estuvo que lo

consiguieran, si los conservadores no han sido tan díscolos y temerarios para lanzarse a .la revuelta de 1896.

En aquella confusión de ideas, apareció el diario de que me ocupó, con bandera roja, en lenguaje claro, con fines precisos y echándole la culpa al toro, representado en los godos, los frailes y los oportunistas. En el presente volumen están muy barajados los artículos y no llevan orden cronológico, lo que es de lamentarse, porque no se aprecian bien las circunstancias en que se escribieron y porque en la concatenación que tienen en "El 'Pichincha" original, constituyen verdaderos trozos de historia; además, al formar el tomo se agregó al material primitivo lo que estaba acopiado para seguir la publicación del diario, y mucho aparte de esto. Daré una muestra de la propaganda que contiene el libro, tomada para mayor claridad de los artículos publicados en "'El Pichincha".

CLERIGOS, FRAILES y DEMAS ALIMAÑAS

Cuando los conservadores son gobierno, dirigen la enseñanza de acuerdo con sus intereses, sin preocuparse de la verdad científica; y la encomiendan de preferencia a los jesuítas o a sus similares, que son maestros doctos para formar generaciones enteras de amos y esclavos.

Los jesuítas no carecen de conocimientos, pero los dirigen al fin único de conservar su autoridad, en consorcio con el despotismo, para mantener sumisos a los pueblos explotándoles a su gusto y en provecho común de entrambas calamidades.

Cuando se apoderan de una generación, la convierten en instrumento pasivo de la autoridad, mancomunada con ellos, y por lo tanto, en un baluarte de los tiranos, en una amenaza contra la independencia y libertad de las naciones y más, si cabe, contra la forma republicana y democrática de la cual son enemigos natos:

No permiten el examen de los hechos, que no sea conforme a su pauta, y anulan la iniciativa personal, por el mandato y el dogma; de donde resulta que forman un rebaño de hombres más o menos inteligentes e instruídos, pero que no sirven, sino que estorban a la felicidad pública.

Caracteriza a sus discípulos la obcecación y el odio, que les hace tener en menos la familia, el país y cuantos sentimientos contrarían sus inclinaciones aberrantes...

Apenas una nación cae bajo la tiranía, aparecen en el profesorado los jesuítas y sus láteres, como lo más indispensable para que medre y se afiance la violencia... (Al despertar, páginas 474, 475).

.....

Otros sabrán que las comunidades religiosas son un rezago de tiempos sepultados ya en la historia; que se componen de los que rehuyen la lucha leal por la existencia para emboscarse en la credulidad y explotarla, y que labran la ruina económica de las naciones, por su modo de adquirir y administrar la riqueza; pero al sencillo pueblo, que no está avezado a las metafísicas, le basta saber que los frailes meten la mano a su bolsillo, para desear que el diablo cargue con ellos y sus conventos. (Mano de Hierro, página 512).

.....

Al reclamo de García Moreno, dejaron su madriguera todos los especuladores de sotana, que ya estaban acéfalos por su ineptitud en Europa, y se vinieron al Ecuador donde por tres centurias se había arado la conciencia en beneficio de la rapiña eclesiástica.

Ya encontraron embrutecido y esclavizado al pueblo, el que estaba ahorcado con los rosarios de la iglesia o degollado con las bayonetas de la dictadura; ya encontraron la muchedumbre indígena doblada al yugo del trabajo para abastecer a los clérigos; ya encontraron a la aristocracia del dinero y de la sangre en liga mística para esquilmar a los infelices; ya encontraron autoridades que le prestaban al despojo el brazo secular de la justicia; y viendo estos horizontes de tan halagüeña perspectiva para el lucro vil, creyeron seguro su acomodo por toda una eternidad de concupiscencias monacales.

La conciencia del indio no habría de resucitar en el sepulcro de su propio cuerpo; la masa del pueblo desheredada estaría para siempre bajo la férula religiosa; los hombres acaudalados se apoyarían en la disciplina tributaria de los conventos, que servirían de modelo para las gabelas de sus grandes feudos; los dictadores les prestarían mano fuerte, incondicional a los sacerdotes que les daban esclavos, esbirros: éste, pues, era el mejor de los mundos imaginables para la codicia; aquí se había trasladado el paraíso aquel que se perdió por una higa. (Cic16n, páginas 518 y 519).

.....

No es de ahora, sino de hace muchísimo tiempo, que el pueblo está irritado contra los religiosos extranjeros de ambos sexos, de los cuales unos embrutecen sus hijos, cobrándoles muy caro por añadidura; otros, disfrazados de trabajadores y maestros, arruinan a los artesanos del país fuera de desacreditarlos; otros se van como misioneros a robar, idiotizar y esclavizar a los indios impidiendo la colonización civilizadora; otros se hacen dueños del suelo por medio de limosnas, cuyos beneficios van a los bancos de Europa para no volver jamás; otros se reparten por todo el territorio como un flagelo, a cobrar a los infelices contribuciones estúpidas de diezmos y primicias; otros se encierran en los tabernáculos de los fetiches milagrosos, para enriquecerse con la credulidad dadivosa; otros

establecen en los conventos grandes agencias de negocios; otros se engordan con lo que atrapan a los feligreses y viven en los claustros en la estupidez contemplativa de la panza; otros u otras, so capa de la caridad hacen un servicio pésimo de hospitales, como que mezclan la superstición con la ciencia; otros u otras, tienen reclusión de mujeres con el pretexto de enseñarlas, o presidio de las mismas con el pretexto de corregirlas, o se están allí hasta que las fecunde el Espíritu Santo por la persona de los sacerdotes... Es decir, un pueblo de ladrones, de mendigos, de haraganes, superpuesto al pueblo legítimo, que trabaja y suda en el afándiario por la vida honrada. (Rompe-cabezas, páginas 593 y 594).

.....

"El Pichincha" fue excomulgado, se hizo de él asunto trascendental y murió en manos de los fanáticos y oportunistas. Tuvo el acierto de ver el peligro, anunciar la guerra, de señalar a los enemigos emboscados en el gobierno y de propagar muchas y muy útiles reo formas sintetizadas en la instrucción pública, laica, obligatoria y gratuita; la extinción de las comunidades religiosas; la abolición del Concordato; la suprema inspección de los cultos; la redención y protección de la raza indígena; los ferrocarriles al Pacífico y un ejército sólido para defender las conquistas de la revolución contra los avances de la teocracia y los manejos terroristas. Fue leal a la persona de Alfaro, cuya autoridad era incuestionable, cuyas ideas no tenían sombra y cuyo patriotismo respondía al porvenir de la República. Hay mucha efusión, mucho candor, muchos adjetivos graciosamente prodigados a los amigos de ese diario; pero queda un fondo de doctrina pura, y un calor de polémica suficiente para darle vida y salvarlo de la prueba de la reimpresión, tan desfavorable para los artículos de periódicos, condenados a morir al día siguiente, si el talento y el arte no les infunden vitalidad y belleza.

En esta colección hay multitud de datos útiles para la historia de los últimos acontecimientos, y mucho caudal para conocer la política de los hombres del Ecuador en los dos años postreros, así como miradas retrospectivas a la historia patria, en donde está la clave de los sucesos presentes. Vemos la relación de las batallas de 1895 y 1896; los nombres de los militares distinguidos con la referencia de sus hechos más notables; el curso de la administración del Estado; los negocios eclesiásticos; la situación del clero; las aspiraciones de los partidos; la conducta de los gobernantes; el papel de la juventud; el afán de pueblos revolucionarios como Guayaquil, y de pueblos reaccionarios como Cuenca; el despertar de Quito; el trabajo de los emigrados: guerra, política, filosofía, religión, costumbres, historia, crónica, cuanto abastece aun diario en momentos de lucha, que serán inolvidables.

El señor Aristizábal enseña a la juventud con su libro, que hay otros caminos para el talento y la virtud, que no son las verdades que le han hecho recorrer los tiranos, por entre falsos conceptos de la vida, enseñanzas caducas e imposiciones dogmáticas; y que en la prensa, redimida la juventud por el estudio despreocupado, tiene un escenario maravilloso para prepararse el día que viene, que es el suyo, y gozarla feliz, sin las vicisitudes de los que la han precedido en las fatigas por la democracia. De no,

*¡Ay... las generaciones venideras
Nada sabrán de tí... porque abatida,
Soñando con hermosas primaveras
Muriendo estás, en manos traicioneras,
En pleno invierno al comenzar la vida!*

(Julio Flórez, página 747)

Los asuntos capitales que "El Pichincha" examinó, se presentan con interés creciente al análisis, para ser resueltos por la Convención que va a reunirse.

En primer lugar el clero.

Si las comunidades religiosas han sido perjudiciales al país, porque lo hayan embrutecido, explotado y tiranizado; si por su origen, su constitución y sus fines son antagónicas a la República ya los principios del partido radical; si le han prestado apoyo al despotismo con sus recursos morales y materiales, y se lo prestan todavía a una reivindicación liberticida; si figuran sus miembros entre los cabecillas rebeldes y con el dinero que manejan hacen levallas contra el Gobierno dentro del país y en el extranjero; si los inmensos recursos que poseen los habilitan para mantener en jaque al Poder y en peligro las instituciones republicanas; si los caudales que retienen son del público por haberse sacado del haber de todos los ecuatorianos; si no se ha dado el ejemplo de que las comunidades religiosas sacrifiquen sus institutos particulares a las leyes generales, ni sus privilegios sectarios a las conveniencias democráticas; si no pueden coexistir en una misma Nación dos Poderes, uno que emane de la soberanía del pueblo y otro del capricho de algunos individuos que lo supeditan; si es verdad que todo organismo que no se defiende perece en la lucha por la vida, y esta lucha es natural, justa e indispensable para los partidos, se viene en conclusión de que las comunidades religiosas deben desaparecer de la escena, y los bienes llamados de manos muertas ingresar al Tesoro Público.

Pensar un solo momento en modificar a los frailes es un contrasentido, y esperar a que el pueblo ignorante se desprenda de ellos, sin la iniciativa del Gobierno, es una candidez, porque si los frailes ceden un punto de su regla, dejan de ser frailes; y si se les conserva la autoridad que tienen, usarán de ella sobre el pueblo, como lo han hecho, para mantenerlo en

la sumisión y obediencia que les conviene. Los que aplazan la medida, aceptan la necesidad y urgencia de llevarla a cabo en tiempo más o menos largo; pero no comprenden que la demora lleva consigo la amenaza, y permite a los interesados defenderse con todos los recursos; olvidan que bala avisada no mata gente.

Hay un Chimborazo de frailes: los muros de este gran convento del Ecuador, se estrechan, se juntan, se enroscan a la garganta del pueblo que saca la lengua como un ahorcado monstruoso. Pero se dice: ha vivido el país con las comunidades; puede seguir en paz con ellas, respételas el Gobierno que ellas respetarán la autoridad. Sofisma de los oportunistas. No se le preguntó al país si las quería sino que las impusieron; no ha vivido en paz con ellas, mas dentro de sus garras, forcejeando por libertarse; y no es lo mismo un gobierno radical, que los gobiernos ultramontanos. Le sirvieron al despotismo como aliadas, las trajo García Moreno para consolidar su tiranía: ¿Pueden al mismo tiempo hermanarse con la Libertad y colaborar a los fines de la Revolución? Porque nadie es tan simple para creer que los monjes se están quietos, sin tomar algún partido, y menos conociéndoles su índole batalladora, peculiar a los frailes ambiciosos, y característica de los de aquí, de cepa de conquistadores unos, y otros importados de entre los más levantiscos de Europa, para amoldarlos a la fogosidad de nuestras luchas.

Para fundar el gobierno propio de las naciones que han querido ser libres verdaderamente. se eliminaron los conventos, o se los redujo a su mínima expresión, pero jamás los reformadores les concedieron los privilegios excepcionales, ni les dieron la categoría inusitada que tienen en el Ecuador. Por haber procedido así, ¿han sufrido las naciones en su grandeza o los individuos en su conveniencia? Algunos países toleran a los frailes, sometidos a la ley común, y no es raro encontrarlos en las naciones protestantes, pero hilando muy delgado, para gozar de la hospitalidad que se les concede, que no les

dispensa favor especial, fuera del derecho consuetudinario que protege a los ciudadanos o súbditos. Si se probara que aquí hacen falta, y que no pueden ser reemplazados a menos costo y peligro, ya sería algo; pero son perjudiciales y gravosos, sin utilidad de ningún género. Aparte de servir a los malos gobiernos, ¿qué han hecho? Fuera de enriquecerse, ¿en qué se han ocupado? Omitidas sus excursiones vandálicas contra los indios, ¿cuáles son sus empresas heroicas? El misterio del claustro les presta un carácter novelesco, adecuado para impresionar a la gentuza, ya falta de merecimientos propios sacan a brillar proezas mentirosas de sus antecesores, y la muletilla aquella de que los monjes salvaron la civilización en la Edad Media; no tienen más; pero cuando se examinen las causas del estado social del Ecuador, los frailes y el clero católico en conjunto, responderán del atraso, de la ignorancia y de los crímenes, en primer término, porque a ellos se les confió la dirección de la conciencia de los ecuatorianos sin contrapeso alguno.

Defiéndelos el Concordato, que es la mayor ignominia clerical por que han pasado estos pueblos; una Carta insólita de esclavitud a Roma, que entrega a los eclesiásticos la soberanía de la República y el derecho de los asociados. Conservarlo sería una mengua.

Mientras los países cultos abren campo al trabajo forastero sin preguntar a nadie la fe que profesa, el Concordato aísla al Ecuador con esta declaración salvaje: "La Iglesia Católica se conservará siempre con todos los derechos y prerrogativas que debe gozar, según la ley de Dios y las disposiciones canónicas. En consecuencia, jamás podrá. ser permitido ningún otro culto disidente, ni sociedad alguna condenada por la Iglesia". (Art. 1º).

A tiempo que la Ciencia se independiza de lo sobrenatural, para volver los ojos a la tierra, en donde el hombre nace y acaba, goza y padece, el Concordato la sujeta a la Revelación y la entrega al Catolicismo maniatada y horrible: "La instrucción de la juventud en

las universidades, colegios, facultades, escuelas públicas y privadas, será en todo conforme a la doctrina católica". (Art. 3º).

El libro es inmune dondequiera que hay un poco de luz, es el viajero del pensamiento que va publicando por todas las zonas los afanes de la vida humana; el Concordato lo para en su carrera excelsa y declara, poco más o menos, que el Ecuador no necesita libros: "Además, los prelados diocesanos su derecho de censurar y prohibir mediante cartas pastorales y decretos prohibitivos los libros y publicaciones de cualquier naturaleza que sean, que ofendan al dogma, la disciplina y la moral; debiendo también el Gobierno adoptar las medidas oportunas para que dichas publicaciones no se propaguen en la República". (Art. 4º).

Juzgan de nuestras acciones los jueces naturales, aquellos que nos damos al sacrificar parte de nuestra libertad para establecer la Justicia, mas el Concordato nos entrega ala Curia sin apelación: "Así, pues, el Gobierno dispensará su poderoso patrocinio y apoyo a los Obispos en los casos en que los soliciten, principalmente cuando deban oponerse a la maldad de aquellos hombres que intenten pervertir el ánimo de los fieles y corromper sus costumbres". (Art. 6º).- "Los jueces eclesiásticos pronunciarán sus juicios sin sujetarlos al dictamen previo de asesores seculares a quienes, sin embargo, podrán consultar cuando lo crean oportuno". (Art. 7º).- "Todas las causas eclesiásticas y especialmente las que miran a la fe, a los sacramentos (comprendiendo las causas matrimoniales), a las costumbres, a las funciones santas, a los deberes y derechos anexos al sagrado ministerio, sea por razón de la persona, sea por razón de la materia, pertenecen a los tribunales eclesiásticos". (Art. 8º).- "En todos los juicios que sean de competencia eclesiástica, la autoridad civil prestará su apoyo y patrocinio, a fin de que los jueces (eclesiásticos) puedan hacer observar y ejecutar las penas y las sentencias pronunciadas por ellos". (Art. 9º).

El país jadea, agoniza con el peso de la holgazanería frailesca, y el Concordato salva la dificultad por el exceso del mal: Il Además de las órdenes y congregaciones religiosas existentes en la República del Ecuador, los ordinarios diocesanos podrán libremente, sin excepción, admitir y establecer en sus respectivas diócesis, de acuerdo con el Gobierno, nuevas órdenes e institutos aprobados por la Iglesia, en conformidad a las necesidades de los pueblos, a cuyo efecto el Gobierno prestará su apoyo". (Art. 20).

El presupuesto de las diócesis ecuatorianas (amén de las uñas libres), se estima en \$245.804,76; por el Concordato se establece una contribución predial del 3 por mil para cubrirlo, y cuando faltare dinero, "el Gobierno se compromete a darlo para el culto, del impuesto del uno por mil sobre fundas rústicos, y del producto de ochenta centavos por cada 46 kilogramos, de cacao que se exporte de la República". (Arts. 1º y 3º adicionales) .

Los liberales oportunistas convienen en que el Concordato es pésimo, pero que hay que conservarlo y cumplirlo, porque al fin es un tratado. El de 1862, es obra de García Moreno; el de 1881, obra de Ignacio Veintemilla; el de 1890, de Antonio Flórez. ¿Es posible que los radicales se hagan solidarios de la palabra empeñada por estos traficantes? Las naciones no son inmuebles que se traspasan por un contrato falaz, al primero que se presenta en nombre de Dios O del Diablo; y por el triunfo radical, queda de hecho como si no se hubiese pactado ese padrón de infamia: que si los vencedores lo declaran bueno, asentarían, en consecuencia, que Veintemilla y Flórez deben gobernar al Ecuador perennemente, ya que el mundo tuvo la desgracia de perder a García Moreno.

El Concordato entrega a los conservadores por medio de los clérigos y los frailes la enseñanza de la juventud, en la cual fincan sus sistemas filosóficos y sus derivados políticos, la preponderancia y duración, porque las generaciones que nos suceden son las que prolongan nuestro pensamiento más allá de la muerte.

Compréndenlo claramente los religionarios, y el Catolicismo busca hoy la conversión de las comunidades contemplativas, que hacen el papel de las cigarras, en grupos militantes y docentes, y que hacen el trabajo de las hormigas; plagan el mundo de hombres y mujeres con hábitos y sin ellos, afanados en mantener la juventud bajo la matrícula religiosa, para que el poder no se escape de las manos de Roma, y regimenta las falanges apostólicas que se oponen a la emancipación de las inteligencias nuevas.

Si los partidos y los gobiernos no se empeñan en cerrarles el paso, triunfarán, adueñados de la política por medio de las mujeres, que influyen sobre los hombres, y del porvenir de la sociedad por la juventud, que espiga su cuidado, y cuando la miseria y la tiranía nos despierten, tendremos que empezar otra vez la obra de independencia por medio del fuego y de la sangre. Para evitar nuevos sacrificios debe establecerse la enseñanza laica, gratuita y obligatoria, con espíritu de propaganda.

La Filosofía Experimental nos descarta de la Teología; la moral universal, del dogma; las instituciones democráticas, del Syllabus, y tendremos los hechos; en sus causas y efectos, que constituyen la Moral.

¿Qué más? Quedan los clérigos beligerantes: pues con ellos la réplica, si se sitúan en un plano conveniente; las leyes de tuición, si se extralimitan, y las balas si se pronuncian.

Abrevio: no es posible continuar por lo angustiado del tiempo, en temas fecundísimos que están al orden del día y serán discutidos en la Convención con el detenimiento y profundidad que se requiere en asuntos fundamentales .

Vuelvo al libro para terminar. La Mercurial Eclesiástica, es cúspide. Lo que más nos interesa en Montalvo no son los asuntos, es la rareza con que él los presenta, la sensación tan personal de su estilo, la doctrina que exprime tan categórica y lozana. Acaso nos apartemos de su filosofía por vaga y dogmática, pero nos enamora su énfasis, la seguridad

con que decide en todo y la confesión desenfadada de sus simpatías y sus odios. Estos últimos tienen la atracción de lo prohibido: se queda uno con ellos, no puede olvidar lo que el escritor ha odiado. Averigua el viajero, verbigracia, por el granuja de Veintemilla, un tiranuelo adrede cruel, vulgar y cínico, como hay tantos, y no logra apartarlo en la memoria de las hiperbólicas Catilinarias. El arroyo de la palabra de Montalvo abrume: ha plantado una floresta del idioma y se va por ella como un salvaje a caza de fieras y reptiles. Se requiere iniciación para comprenderlo, y gusto literario para admirarlo en sus pormenores artísticos; diré también que hay que prevenirse para no caer en sus extremos, por que se deja ir en el aerostático de su fantasía y sin ser un ortodoxo es en ocasiones místico. Su gusto es serio y noble, y se lo facilita a los personajes de su agrado, así antiguos como modernos, lo que falsea la historia de una manera elegante, pero inconveniente. La naturaleza anima sus página con tal verdad y atractivo, que las cosas que describe del mundo real, tienen por el jugo de la frase, una tentación irresistible. Ningún escritor hizo, por otra parte, mejor uso de su talento. Azotó a los pícaros en la plaza pública, colgó a los tiranos en una horca que puso sobre los Andes y sacó a la vergüenza los vicios del clero, con un buen humor que da escalofrío. Sus obras matan, crean legiones, libertan pueblos. Son la cantera de los escritores libres: para que los tiranos de América vivan en paz, sería necesario que no hubiese existido Juan Montalvo. El nos manda odiarlos y matarlos.

Si os arrebatan las cosas grandes e infortunadas, leed en este libro el combate de Jaramijó escrito por Eloy Alfaro. Alfaro es Montalvo transfigurado en soldado y héroe: sus libros son sus batallas, sus poemas, esos desafíos con la muerte, bellos y formidables, capaces de ilustrar la vida de un pueblo. El valor no llega a él sino que está en él, como la inspiración en Juan Montalvo; y como este insurrecto con la pluma, Alfaro ha hecho con la espada obras de imperecedera memoria. En sus manos el hierro es oro por ley purísima de

la convicción; no humilla como en la diestra antojadiza de los militares irascibles. En la pelea, su acero se mantiene derecho, como en la fábula el humo del holocausto propicio, y en la sangre con que se tiñe de rojo luce el oro de la esperanza. Montalvo, del mismo modo, sembraba el espanto con sus palabras para anunciar el amanecer de un nuevo día. Parece que con la pluma del uno se hiciera Jaramijó, y con la espada del otro se escribieran las Catilinarias, .tan unidos estuvieron, esa intención y ese brazo. Débeles el Ecuador mucho, el partido radical casi todo; ambos llevaron por las naciones, como un estandarte, el alegato de los oprimidos, y recogieron las simpatías de América por el Ecuador esclavizado. Han triunfado juntos; Montalvo no ha de faltar en los consejos de Alfaro, con la autoridad que le dan su genio, el apostolado, el martirio y la muerte.

Mi entusiasmo por Alfaro no es de invernáculo; muy joven seguí de lejos sus banderas en la prensa; me tocó más tarde conocerle en el destierro; le amé, le respeté, le admiré; fui testigo de su perseverancia, de su patriotismo, de su honradez en los días oscuros que tiene el proscrito; en diversos países me hice el eco voluntario y convencido de sus virtudes y de su propaganda; no he sospechado jamás de la integridad de sus ideas, y hoy en el apogeo de la popularidad, lo veo de lejos, no he sido su huésped, nos hemos tratado casi como desconocidos, porque él está en la altura, y yo voy por el valle a pie, sin pena ni inquietud por las alternativas de la suerte.

Vargas Vila aparece en esta obra con Montalvo y Alfaro. Le dedico una palabra, cuando merece un libro. Es el domador de leones sueltos. Lleva en una mano el látigo hecho de escorpiones luminosos y en la otra la escala por donde trepan a la celebridad los escogidos de su corazón o de su inteligencia. Ama y odia en un desorden magnífico. Tiene siempre delante de sí un acusado que ha de morir a sus pies, ya poco que se empine descubre un cementerio lleno de muertos con su pluma. No otra cosa son "Los Providenciales". A los

réprobos de la libertad les niega en la pira una gota de agua. Deja la piedra para los grandes infortunios, y nadie como él ha llorado con lágrimas de fuego sobre las ruinas de Colombia.

Somatén es el clamor de la lucha.

Démosle rienda a la pasión de ser libres: vamos allá, más allá de donde nuestro deseo se sacia y nuestro cuerpo nos sostiene. No llamemos vida al descanso, llamémosle muerte; no digamos hasta aquí, sino adelante, adelante!

Los esclavos que se rediman; los redimidos que se engrandezcan; los grandes que fulguren. Cerremos los ojos a la extensión; los oídos al tiempo, y hagamos del corazón un remo que nos empuje para forzar el destino. Vámonos impetuosos, salidos de madre, disparados: la existencia es bien corta para ir a la felicidad paso a paso. Al cansado démosle ayuda; de los muertos formemos un promontorio para divisar la ruta. El que nos cierre el paso que perezca, si es poderoso; si es débil, llevémosle en hombros, que será nuestro hermano. No haya paz con los fuertes; confesemos nuestra fe bajo el filo de la espada. Si la sangre nos salpica, dejemos que el tiempo la borre, porque no se borra la del justo, ni mancha la del tirano, ni la sangre por su propia virtud es sagrada. Démosle rienda a la pasión de ser libres, démosela; sin eso seremos hombres en busca de dueño, jamás dueños de nos- otros mismos".

PERFILES DE LA CAPITAL

Bogotá. 1880. Mayo 5.

Señor Camilo A. Echeverri.

Los números 1º y 2º de La Balanza han llegado a nuestras manos y con el agrado con que siempre he mos leído sus producciones, repasamos, más bien devoramos, esta última de su siempre brillante pluma.

Hasta ahora en el periodismo sólo se había presentado el sí dogmático o el no 'también intransigente. La afirmación absoluta y la negación rotunda.

En la historia se había buscado todo o se había buscado nada. Los partidos sin fijarse en los hechos claros de la política, consagrados por la tradición, habían inventado, cada cual, a su antojo, una historia apócrifa de hechos mentirosos.

Donde a la luz de la filosofía estaba el mal, ellos hacían aparecer el bien; donde se hallaba el bien, no tenían embarazo en fijar el mal.

Este desconcierto acrecentado por el contingente de una ideología errada y estéril, y por una lógica de cálculos bastardos, ya en uno ya en otro partido; ya aquí, ya más allá, habían formado un pandemonium, un caos desolador.

Los periódicos ciegos adoradores de la libertad o místicos adoradores del cielo, habían asumido, unos el atrevido continente de Proudhon, otros la posición ridícula de Simón el estilista.

Entre Dios y el hombre; entre la materia y lo impalpable; Darwin o Fichte, esos habían sido los extremos en esta tierra.

La Balanza se ha presentado a fusionar lo que es verdad arriba con lo que es cierto abajo, es

"El lazo que sujeta

El mundo de la forma

Al mundo de la idea",

realizando así la magnífica concepción de Bécquer. Ella, pues, es un gran bien: reciba nuestro beneplácito.

Bogotá no ha cambiado: la misma monotonía de siempre; el mismo eterno frío; la misma eterna mugre; su tristeza profunda; su vegetación enclenque. Al Oriente los mismos negros peñascos; al Ocaso siempre la despoblada llanura; es el Teusaquillo que encontró Quesada, bañado apenas por un confuso rayo de civilización europea. Así como lo dejó usted, así está.

El 4 del pasado murió en Barranquilla Joaquín Pablo Posada; muy diversas impresiones ha producido en los diversos círculos esta fatal noticia.

La musa de Posada era tierna, retozona, a veces cruel, pero siempre de entonación gallarda.

El vivió siempre de bracero con la fatalidad, como Edipo, pero jamás se dio por vencido. Altivo, y de carácter indomable para los hados, ni una lágrima arrancó jamás la debilidad a sus ojos, y si su pecho se conmovía hasta decir a la mujer de sus sueños:

"Si no me das tu amor yo moriré", también, cuando ésta aspiraba a menguar su carácter y hacerse pagar en lágrimas su sonrisa, exclamaba:

Yo llorar! ¿Eso quisiste?

¿Lo pensaste? No! soy hombre,

y el que lleva este gran nombre

Debe sufrir y callar.

Se acusa a Posada de no haber amado jamás con toda la fuerza de la pasión y con toda la generosidad y vehemencia del poeta y los que hacen este cargo no saben que su vida fue

de eterna consagración a Inés y que en 1856, vencido y ausente se reconciliaba con la mala fortuna y olvidaba 13.8 decepciones pensando en su cara esposa

"porque el cielo

Haciéndome apurar tanta agonía

Me ha dejado mi amor por tí, alma mía!"

Murió Como había vivido, desgraciado y pobre; de manera que acertaba cuando escribía para su tumba este epitafio:

"Desnudo al mundo he venido,

De él me voy mondo y lirondo

De manera que en el fondo

Ni he ganado ni he perdido".

El, en efecto, no ha perdido, pero la patria sí un gran ciudadano, y las musas un hijo privilegiado. Pensaría al morir, como dice Rafael Pombo, del mundo,

Que aquí no hay gloria; no hay vida,

Ni esto es cielo, ni esto es nada?

No lo creemos. Posada era un pensador incapaz de esas congojas supremas.

.....

Entre creer y negar cabe, como usted lo ha demostrado, meditar. La Balanza nos es simpática porque su tarea es la meditación; tendrá, pues, lo repetimos, nuestro contingente.

No hay nada.

"Allá do muge el Tequendama horrísono"

dirá usted señor redactor al leer lo que antecede; pero por nuestra palabra de honor, que cosas importantes reservamos para el correo próximo.

Esté usted bueno.

Abril de la Huerta.

RUMBOS IGNOTOS

...Para que la obra viva no es preciso que la alimente un nombre si merece vivir, y para que un nombre muera basta que la obra no tenga condiciones de existencia. Camino al desengaño va la precocidad si no tiene alas prematuramente regias. c

La juventud, sin embargo, marcha por ahí; ella se finge un porvenir riante y lo que es apenas panorama de la fantasía, ya lo da por conseguido. Allá en lontananza mira cómo descubren sus ojos encantados jardines, mira cómo ellos son las flores; marmóreos palacios, y ellos son los amos; cielos radiosos, y ellos son las estrellas de esos firmamentos. En ese tiempo fragante ellos son todo, y todo es ellos. Pueden decir, y dicen sin encogimiento, lo que el Dante en una apurada situación de Florencia: "Si yo no voy, ¿quién va? Si yo me voy, ¿quién queda?"

De este torcido rumbo de la inteligencia ¿qué puede resultar bueno? ¿Qué perfecto? ,

Lanzáos al Sahara sin viandas para' la larga travesía, sin agua para las sedes fatigantes, ya las primeras jornadas -el desierto no recogerá su longitud inmensa- caeréis sobre la arena rendidos ala ira de la sed y el hambre. Y rendidos tienen que caer en el campo de la literatura bs que a cruzarlo se lanzan apoyados en endeble caña -que es un nombre- y llevando por únicas provisiones entusiasmo y orgullo.

Afirmar esto no es negar la ley del progreso; ella es de cumplimiento eterno; y no se nos diga que hay que principiar a andar para seguir caminando, porque nosotros responderemos que es necesario antes que todo buscar el camino.

Sientan abrumada la frente con el peso de grandes concepciones genios aún niños, y tomen la lira y arránquenle, para agrado de los hombres, notas de altísima belleza; ellos tendrán la admiración y el aplauso de todos; no por lo niños, sí por lo genios; ellos serán Byron, serán Schiller; pero esto es de contado número, y cuidado cómo lo hacen quienes no tienen ni esa lira ni esa concepción, porque cosecharán indiferencia y rechifla por triunfos y hosannas.

Rebasar el límite fijado a las facultades intelectuales, -querer ir a todas partes indistintamente, porque han ido otros- es tarea más a propósito para un chasco que para un triunfo.

Las más de las veces esto da golpe de gracia a nacientes reputaciones, que en otro campo pudieran tener un mérito legítimo. Queda el recurso de la contrición, que si no fuera así, perdidos andarían la mayor parte de los inexpertos, que en literatura se han lanzado ala heredad ajena.

Recalcamos sobre el poco tino para escoger el sendero a propósito, y para valuar las propias fuerzas, porque ahí está el todo en la república de las letras.

Poetas, los hay que encantan con una letrilla, que tienen habilidad particular para un romance, que componen madrigales y acertijos a pedir de boca, pero que engolfados en una oda dan lástima y que jamás logran terminar una elegía. De esos que si cantan a la gloria hacen dar miedo, y que si lloran la pérdida de un sér querido provocan la hilaridad.

Otros, los hay magníficos cuando tratan asuntos elevados y en metros nobles; arrastrados, por demás, cuando bajan a la letrilla y se agitan en lo común.

Y esto, cuando los unos y los otros tienen talento; que en no teniéndolo, lo mismo da con tiple que con arpa.

Si el cambio en cosas fugaces –relativamente- produce resultados tan esenciales, ¿qué será cuando la dislocación es cardinal? Así, por ejemplo, cuando de principiante en villancicos se pasa a autor de comedias, o cuando de esto se blasona habiendo sido apenas parafraseador de poetas extranjeros...

LOS ACADEMICOS

Señor Redactor de El Estado. -Medellín.

Quien oye hablar en parroquia de la Academia Colombiana, se llena de curiosidad por saber qué clase de hombres la componen, qué hacen, con qué recursos cuentan y en dónde se reúnen. "Deben ser hombres muy graves esos académicos", piensan algunos. "Y personas muy ricas", dicen otros. y las conjeturas más candorosas y extrañas bailan en la imaginación de todos.

Aquí se les ve tan en paños menores que hay que taparse los ojos. A las seis de la tarde, al bajar por la primera carrera del Norte, llaman la atención, en una de las cuadras centrales, las risas y las voces que salen de una pequeña librería situada a mano izquierda. Es en vano tratar de descubrir el rostro de los concurrentes desde afuera, porque el recinto es demasiado estrecho. y las sombras de la tarde, agolpándose, sólo dejan ver bultos humanos que van y vienen. En cambio, casi siempre hay murmullo .de palabras, interrumpido sólo, de vez en cuando, por risas alegres. La pequeña librería es de Manuel Pombo, y ahí se reúnen a pasar las últimas horas del día una media docena de literatos, unidos por tradicional amistad.

Siga bajando el curioso, y pronto lo sorprenderá una nueva algazara, que sale también del fondo de una librería. Esta se llama la Librería Americana y son los académicos los que conversan. Como el local es más ancho se puede entrar y gozar bien de cerca de la presencia de los inmortales de Colombia. Ahí están todos los residentes en Bogotá, a excepción de F. Zapata, S. Pérez y Venancio G. Manrique, que son liberales y han echado en saco roto esas frioleras. Pero no están como se quiera, con la mayor comodidad. Unos, sobre el mostrador de pino; otros sobre cajones, y la mayor parte verticales sobre el almo suelo! Allá Sergio Arboleda cuelga sus luengas piernas, desde lo alto del mostrador; más allá Miguel Antonio Caro recuerda a Virgilio, a horcajadas sobre un tercio de citologías; a este lado, Rafael Pombo, con su aire de Polichinela, se apta holgadamente en una caja vacía; y al otro, José María Samper, conmueve los estantes haciendo tribuna improvisada de un cerro de costales. Y así todos los demás. Hay, por supuesto, barra, y la componen olvidados humanistas, o imberbes versificadores católicos.

Allí charlan un rato de todo, ya las ocho de la noche se separan. No sería prudente seguir a algunos de ellos, porque el que 10 hiciera se vería forzado a entrar a lugares no sanctos... Y esto es una prueba más de que todos somos hombres... hasta los académicos.

LOS POBRES NIÑOS

Si os encontráis con un niño a quien su madre besa o a quien su nodriza cuida, sonreís, y os provoca besar sus mejillas frescas y su frente, en que los cuidados no han puesto arrugas, y sus pequeños labios puros que son dos líneas encarnadas.. Cuando pasa en brazos cuidadosos, hundido suavemente en blanco y crespo olán, con su cofia de encajes que sujeta una cinta de colores, y mueve sus pequeñas manos redondas con hoyuelos, podéis saludar al recién nacido feliz, y pensad, pensad, en sus buenos padres. Si a altas horas de una noche de invierno, en una calle que se arrastra por un arrabal oscuro, os llama la atención un bulto que obstruye las aguas del caño como un montón de basura, y os acercáis y es un niño recién nacido a quien se ha ahogado, entonces una maldición tremenda se os escapa, la sangre os hierve, y si no sois unos miserables, quisiérais arrojar por un cráter a los villanos que le dieron el ser.

A los niños felices los veis de continuo en las calles y en las cunas; nosotros contemplamos hace cuatro días aun recién nacido ahogado en un sucio caño de la Calle de las Aguilas. Era blanco y precioso, aun en su martirio: las líneas del rostro suaves, desarrollo del cuerpo firme y una regularidad aristocrática en todo el conjunto. Lo había puesto allí, sin duda, una mano criminal que cubre las manchas de sangre en los salones con guantes de la mejor clase.

Cerca del caño hay una fuente a donde van las aguadoras, que surten a la vecindad, con sus cántaros y la larga caña ahuecada con que los llenan a distancia. Vimos a esas pobres mujeres del pueblo dejar las ropas y vasijas sobre las piedras y correr cerca al cadáver y llorar la muerte del niño y maldecir en su lenguaje robusto y natural a la madre infame que aceptó un placer y no rehusó un asesinato. Admiraba alas buenas gentes la maldad inaudita de una mujer que en vez de llevar su hijo al seno, le hundía la cara en el barro, que en vez de calentarlo con sus abrazos le hacía morir entre las aguas heladas y que por techo le daba el cielo oscuro. Se admiraban de por qué no lo había cubierto siquiera con un ligero abrigo y dejándolo en la puerta de alguna casa o sobre las piedras de la acera a la sombra de un techo. ¿Por qué, se preguntaban, no habrá llevado esa infame el niño al Hospicio?

-Yo lo hubiera criado, decía una.

-Yo soy muy pobre, añadía otra, pero no me faltaría con qué darle un cuartillo de leche.

-Estoy criando, agrega orgullosa una tercera, y habría mamado como mi propio hijo.

Todas lloraban, las pobres y buenas mujeres del pueblo, que visten con harapos y ganan trabajosamente el pan de la vida pero que se conmueven generosas ante el cadáver de un niño expósito y maldicen irritadas a las madres sin corazón.

CUADRO DOLOROSO

La fatiga del talento literario tiene muchas veces por resultado la miseria. Aquí se trabaja en las letras para llenar un deseo personal, para conseguir la celebridad de un nombre, más bien que por el estímulo de la ganancia. El poeta colombiano sólo saborea comodidades

imaginarias; sus placeres son simplemente fantásticos. Cuando después de ese anheloso afán de la inteligencia, que es la inspiración, llega la enfermedad y luego la muerte sombría, sólo hay para el hombre que ha arrojado al público una lluvia de flores y que ha mantenido la prosperidad de las ideas, el dolor de una agonía solitaria, el aislamiento del sepulcro sencillo y el clamor póstumo de la fama improductiva, que llega comúnmente cuando no se la necesita. Viaje largo el de los literatos en medio de la indiferencia; bocado amigo el suyo, que no tiene un equivalente siquiera en el bocado de pan!

Y deberían ser estos trabajadores del pensamiento los más mimados de los pueblos, porque son su adorno y su presea. Sin ellos, las naciones aparecen como las cuencas sin los ojos. Son el dibujo, son la expresión, cuando el vulgo es apenas el lienzo. De esas cabezas pensadoras se extraen, como de una inmensa cantera, los sillares con que luego edifican los que están abajo, y en la soberbia metrópoli que fundan y conservan, no logran poseer un ángulo seguro que les procure el reposo en largos días de faena y el sueño apacible en las largas noches. A ellos sé les pide continuamente una vibración nueva, una enseñanza fecunda, un romance entretenido, el viaje siempre renovado al país de los sueños; pero el cambio de la dura jornada se les abandona como a miserables, se les aísla como a gente nociva, cuando no se les precipita a la muerte, que es en ocasiones libertadora de la infamia. De modo que nuestro público toma para él el provecho de las ideas y deja a los escritores en su altura yerma, desde donde miran ávidos las comodidades que ellos fomentan y que están lejos ¡ay! de su boca y de sus manos.

La turba los encuentra muy dignos de su admiración pero no de su protección. Quiere adorarlos en el magnífico templo pero rehusa pagar a la entrada un ochavo. Los usa hasta dejarlos rotos en sus manos toscas. sin conmoverse con sus dolores; lo que el vivisector hace con los perros y los conejos. Y es que no les encuentra semejanza con la multitud que

se afana en otras labores; y como no se mira reflejada en ellos, no se reconoce y los desconoce. Le parece baladí el trabajo del pensamiento que no se convierte directamente en objetos contra los cuales pueda estrellarse. Le incomoda que el tiempo se pierda en obras que no tienen buen precio en el mercado. Se hace el raciocinio cómodo de que el literato puede al mismo tiempo escribir de balde y ganarse la vida de otro modo; ser música y ruido; el hipogrifo disparado y el lento gañán que guía los bueyes. La turba no puede comprender que de ese oculto trabajo de los pensadores vive ella; que son sus dioses lares desconocidos; los que la afianzan feliz sobre el haz del mundo; la lámpara que arde vívida en sus fiestas. Ignota que es en el libro en donde ha aprendido a conocerse que es en el artículo del periódico donde se vigilan sus intereses, y que son los cantos los hermosos cantos de los poetas, los que representan y les dan vida esas informes pasiones de la masa. a esos dolores y alegrías que sin la estrofa morirían anónimos, porque el verso es el cráter.

No obstante. la turba tiene excusa en su estupidez. Convid en que la imbecilidad es una prerrogativa. Pero los que en la sociedad se dan cuenta de la grande injusticia y cooperan a ella, son esos hombres de barro, a quienes el egoísmo les da la frialdad del hielo y que por mirar hacia abajo se están mirando ellos mismos. ¿Tuvo por ventura ideas generosas el avaro? Aislado en sus cálculos de riqueza, detrás del mostrador o en los sótanos de un banco, su cariño se reduce a las monedas que cuenta, su ambición alas. monedas que están fuera, y su porvenir a la caja de hierro. Tiene repugnancia por la miseria del talento; finge respeto por la imbecilidad que lleva prendas. A los astros no por hermosos los quiere, sino porque son amarillos. Y diría al poeta que tiende la cansada mano, que dobla la radiosa frente: "Idos! Me importunáis con vuestros versos. ¿Para qué necesita el mundo canciones? Guardad vuestras baratijas y dejad me en paz".

Así, pues, al talento se le pone una barrera. El que siga adelante es ínclito. Esa fría indiferencia se aparece como un espectro a los jóvenes que tienen entusiasmo: gusta hollar las guirnaldas de rosas recién abiertas. Cuando algún adolescente quiere marchar, se burlan de su osadía o de su candidez, y como pugne por subir, le quitan hasta las hiedras del muro para que sin apoyo ruede al fondo. Lo precipitan y encomiendan su alma al diablo. Por esta razón se malgastan tantas fuerzas enérgicas en distracciones nocivas, y ella da por consecuencia que la antorcha sea, en breve, humo y vapores fétidos. Cuando el estrago hace su víctima, la hipocresía finge desolación, porque el egoísmo camina a mucha distancia hacia atrás de los acontecimientos. Desconoce y condena su obra.

La carrera literaria es en Europa, en Francia, por ejemplo, un Pactolo. La personalidad flamante, la que logró empinarse sobre el tumulto, cuenta ya con comodidades que llegan a ser boato. Emilio Zola, Alejandro Dumas, hijo, Jorge Onhet, Ernesto Renán, Alfonso Daudet, etc., son casi opulentos. La pluma hace palacios y pone la opípara mesa. De manera que la obra literaria de un escritor es continua y no se trunca ni por una retirada de la escena hacia los negocios prosaicos, ni por una caída en la miseria para llegar a la muerte,

PACHO CARRASQUILLA

Carrasquilla tiene 31 años, pues nació en Bogotá en 1855. Es de "cepa antioqueña", como él dice; y en efecto, sus mayores fueron oriundos de esa tierra selecta entre las colombianas, donde el maíz espiga abundante, y con más lujo todavía la raza y el cerebro humanos. Su estatura es proporcionada; su cuerpo de pocas carnes, pero el conjunto erguido; las piernas delgadas y elásticas; el tronco comprimido, pero flexible; los brazos

largos, en apariencia fuertes; el cuello alto y moreno, como el rostro, en el cual sobresale una frente protuberante, y que está enmarcada con negros cabellos sobre el cráneo y barba espesa y oscura con ligeros cambios en el bigote, de un rubio opaco; nariz poco dominante; labios plegados hacia los ángulos con una sonrisa picaresca; pupilas con cristales de un amarillo oscuro y orejas ligeramente inclinadas hacia adelante, como para escuchar todo ruido. Es un conjunto vivaz, que da la impresión pasajera de un ciervo sorprendido.

Es de temperamento nervioso, casi eléctrico. Su cuerpo está sacudido a menudo por una ola que lo hace vibrar y le tañe como a una cuerda sonora; por lo tanto es diligente y activo, pues la tranquilidad sería un suplicio para esa red tembladora. En tales constituciones se hace indispensable el movimiento, como en las corrientes delgadas es de fuerza la ondulación. Cuando una idea lo impresiona, si choca fuertemente con sus nervios, lo absorbe y lo domina; él la da vueltas, la aguza, la tortura, y, al fin, esa misma idea lo quebranta; que tal sucede en esos trabajos que son crisis nerviosas, producir el desmayo. Sometido a golpes de pasión, es por extremo mudable en impresiones, sin que ceda en nada su natural ardiente, y pasa de un punto a otro distinto, manteniéndose, aquí y allá, con la misma sobreexcitación; diremos más bien, con igual irritación; porque él es, naturalmente, un cerebro exacerbado, que se manifiesta en formas agudas y agradables. Simpatiza y aborrece sin previa deliberación, por una tendencia tal vez fatal de su organismo, que repele o acata en el instante a las personas o a las ideas; mas se le encuentra dispuesto, luego, a la reflexión, y su ánimo intranquilo se apacigua con el razonamiento. No peca por dulce y lisonjero, es amargo y murmurador. Vive lleno de sacudimientos: es la botella de Leyden con palabras en vez de alambres.

LOS USUREROS

Carrasquilla se coloca en su terreno cuando está en presencia de verdaderas miserias sociales, porque sin escrúpulo alza el látigo y castiga. Siente entonces el lector la carne de los pícaros que cruje, y oye el eco del azote; y, lejos de moverse a misericordia, desearía que el suplicio moral se prolongase, para escarmiento de los malvados. Así sucede cuando pinta magistralmente el Usurero, que, después de robar a los menesterosos y de imponerse arrogante a las clases inferiores, termina por dominar a esta sociedad fétida, que se inclina para saludar al ladrón coronado por la fortuna. Allí se puede contemplar al escritor victorioso: hierve la sangre en sus venas, se enciende el fósforo en su cerebro, acuden a su reclamo las palabras amargas, y traza su mano la sentencia infamante. Recoge un hombre, y entrega a la execración pública un monstruo. Y para los que, por su mal, conocieron a los usureros, las páginas de Carrasquilla tienen una realidad palpitante. Los miserables están aquí agarrados al pueblo como inmensos pulpos, en acecho de la miseria, ávidos de oro, y con los nervios rígidos y el corazón sin palpitations, como los cadáveres sobre la plancha del anfiteatro. La desgracia lleva olas humanas al agujero de esas fieras; allí las ilumina el villano con una mentirosa claridad, y después se escuchan las grandes voces de la desesperación irremediable. Los usureros, en tanto, se mantienen impassibles, que el tiempo forma el pedernal y la codicia el pecho de los bribones.

ACADEMICOS POR LA LENGUA

Es 6 de agosto, y venimos de una sesión de la Academia Colombiana. El exótico cuerpo celebra la fundación de Bogotá, y para ello recibe como individuo de número a José María Samper. Hemos estado en los bancos del Salón de Grados tres horas, mientras Rafael Pombo leía un informe y Samper voceaba un discurso. Lo contamos al público, porque este hecho se enlaza con el pequeño trabajo que nos ocupa. Puesto que se trata de juzgar aun joven literato, no está por demás que se conozca a dos literatos viejos; cuando nosotros afirmamos que la juventud liberal es fecunda, bueno es saber por qué lo niegan o lo callan los señores académicos!

Resulta desde luego, una comparación entre lo que ahora producen los literatos reaccionarios de la Academia, y lo que son los jóvenes que no rezan el credo ortodoxo. De una parte están las resmas de papel, más bien manchadas que escritas; varios versos iluminados con un cirio o dormidos con catalepsia; media docena de discursos malos y muchos otros peores; unos textos de enseñanza antediluvianos; unos trozos de crítica que perdieron la fe de su bautismo, y una propaganda política que alcanzaría del Czar un efusivo apretón de manos. La Academia se envanece con este aparato ridículo, que ella llama una corona y que el público se obstina en sostener que es una coraza. La juventud de que hablamos, mientras tanto, forma libros inspirados: publica cantos admirables; escribe artículos llenos de originalidad; se alimenta con un estudio vivificante; lleva movimiento a los debates políticos y tiene el alto pudor de ser esencialmente republicana. Esto sucede cuando el menor de los académicos contará cuarenta años, y el mayor de los nuestros no llega a esta cifra.

Acabábamos de hojear los últimos pliegos del libro de Carrasquilla, llenos de talento y de colorido cuando nos tocó escuchar a Rafael Pombo. Por lo visto, él será el último en saber que ha muerto. Se obstina en mover la pluma, cuando su, inteligencia está tullida y su

cerebro se ha convertido en yesca. Es la ánima de algún otro Pombo que falleció hace muchos años. Ni vestigios quedan de esa soberbia fábrica que se impuso como espectáculo a la contemplación de los colombianos. Del astro de inmenso diámetro sólo quedan las pavesas que el viento desbarata. Como que en su cuerpo y en su fisonomía se descubre el agotamiento, porque ya el bardo glorioso de antaño es un jirón, una rama mustia, o el hemistiquio de un malverso. Llamad 10 rezago, y os ha de responder por supropio nombre.

Apoyado en la mesa que hacía de centro al salón, Pombo empezó a leer, con voz agonizante, el número infinito de hojas que contiene su informe. En alguna parte nos habló de buenos oradores, pero seguramente no se refería a él mismo, porque habrá tres en Colombia que lean con tanto desgaire y acento tan fastidioso. El informe no se ha publicado y nos atenemos a nuestros recuerdos. Rafael Pombo escribe hoy versos intolerables; pero si sus versos son malos, su prosa no les va en zaga. Figuraos una mala estampa quiteña de anacoreta -fea, descarnada, tiesa, fría, sin movimiento- y la habréis hallado una comparación. No es esa oración severa que se alza a nuestros ojos con aspectos de realeza, con líneas firmes, majestuosa y elegante en su propia sobriedad; no es el período rotundo y conceptuoso que tanto abunda en vaticinios y en sentencias; no son las cláusulas musicales que tienen aires de la guzla y de la guitarra; no es el corte fulgente que descompone en relámpagos la serena atmósfera; no es el discurso bélico que se sirve de las onomatopeyas y mueve los corazones a la lucha; nada de eso hallaréis allí; es el estilo descolorido, enmarañado, sin donaire; y si se le ha de comparar con algún ruido, será con el de la clueca que llama a sus polluelos. A nosotros nos recordó el informe la primera purga. Y ya se comprende que por ese estilo, por ese tubo capilar, no podrían moverse las ideas robustas; ellas necesitan una vena gruesa para circular por el mundo del pensamiento. En consecuencia, teníamos presente un difunto sin ataúd.

¡Y cómo se adulan unos a otros los académicos! Pombo toma la lisonja de arriba, y se vuelve cinco dobleces para saludar a la raza española. Poco le faltó para llamar al primer gallego y decirle, después de colocarse en una posición bien conocida: "Sírvese usted montar, señor Maravilla", La Real Academia de Madrid, a sus ojos, es la cúpula de la sabiduría, y la nación española, en general, la que más ha contribuído a la gloria humana. ¿Con qué, preguntamos nosotros, le sirve hoy España al gran movimiento científico, industrial y político del mundo? ¿Qué descubrimiento insigne le agradece la especie en los últimos tiempos al ingenio español? -Situáos en el descubrimiento y conquista de América, se nos responde; pero replicamos que la conquista no fue sino obra de la codicia; suprimid el oro en las Américas, y habréis dado al traste con las aventuras sangrientas de los españoles, que tanto deleitan a los académicos. A España la quieren canonizar ciertas gentes por su lado tradicional y fanático, para hacer solidario el despotismo en la raza hispana; nosotros aplaudimos simplemente a los partidos que en la Península luchan por conseguir para los españoles los derechos del hombre, que son la mayor gloria moderna de las naciones.

Cuando Pombo echó su lánguida mirada sobre las cosas de España, tornó los ojos macilentos hacia los hombres y las obras colombianos. Los señores académicos estaban allí, formando herradura con la mesa de la presidencia, y Pombo empezó a pasarles una revista de la gran parada. A medida que iba nombrándolos, el público procuraba reconocerlos. ¿Cómo, se decía asombrado, son esos que están allí con guantes y corbata blancos los que tanto se nos pondera? Sin duda se equivoca el señor Secretario de la Academia, porque nosotros los conocemos, y no tienen los bellos atributos que les regala; los conocemos: son, los más, unos gramáticos, como pudieran ser zapateros; unos abogados sin la profesión de jurisconsultos; unos historiadores de rutina; unos exhumadores de antigüedades; unos escritores de villancicos; unos puristas de la lengua; los conocemos,

y no los confundimos con Rufino J. Cuervo, José Joaquín Ortiz y José Manuel Marroquín; ni están allí Felipe Zapata, Santiago Pérez y Venancio G. Manrique, que tienen ocupaciones más serias que las de los besamanos clásicos.

¿Qué nos cuenta el señor Secretario? ¡Ay, triste! de nuevo los trabajos de Hércules en el seno de la Academia. Cada uno de sus miembros ha despertado, para asombro de los colombianos, a la Gloria, que estaba en un rincón aburrida y soñolienta. Ella les habló al oído, por turno, y esas duras cabezas se encendieron en llamas de inspiración. Quién hizo entonces un prólogo; quién cogió un gazapo en el habla del pueblo; quién redactó una gramática indígena; quién arregló un epítome de historia, etc., etc. Ya lo que en, resumen es cero, le puso el señor Pombo unas cuantas cifras a la derecha. El poema de un académico, que no se puede leer por penitencia, le sugirió un exabrupto: Santafé redimida, afirma este poeta cesante, es el homenaje más digno de Bolívar, después del canto de Olmedo! Pusimos el oído para escuchar si temblaba la tierra. José María Samper, agrega, habría sido, como escritor dramático, superior a Lope de Vega! y de este modo cada uno de los académicos tuvo puesto de honor en el empíreo. Tan pronto como se agotó la lista de los inmortales, ensanchó el círculo para que cupieran otros personajes de la laya, y nos proporcionó el placer de acordarnos de Joaquín Pablo Posada, cuando hizo el elogio, por lo rimbombante casi fúnebre, del autor de Teresa. Dio a entender, luego, que la situación creada por las ideas de que es depositaria la Academia, producía innumerables beneficios: que ya teníamos escritores, pensadores, filósofos y oradores que valieran la pena; ya cada una de estas palabras se inclinaba a derecha o izquierda de sus colegas, como para decirle a cada uno de ellos: "Querido amigo, de usted hablo; téngame en cuenta para la permuta próxima".

De lo dicho resulta que para los académicos no hay talento fuera de su corporación y de aquellos que, como los carneros de Panurgo; se despeñan por donde quiera que uno de los inmortales tiene a bien arrojarse; se deduce, asimismo, que quieren hurtarse el privilegio de representar el movimiento intelectual y filosófico de Colombia, y por ende se hace necesario un acto de presencia, y responder con libros como este de Carrasquilla, llenos de juventud y de vigor, alas pragmáticas seniles y agotadas de los corazones desiertos como el del señor Rafael Pombo.

Y la palabra fue del señor José M. Samper. ¿Iría a mofarse de los hombres ilustres? ¿A escarnecer sus ideas de otro tiempo? ¿A postrarse ante las supercherías? ¿A ensalzar el poder de hoy y sus hombres, como áulico que va de prisa? ¿O su discurso sería simplemente nulo, con los atributos de largo, escuálido, ruidoso y desesperante, como son los que de ordinario pronuncia esta sombra del antiguo tribuno socialista? Tuvo la oración de Samper lo uno y fue lo' otro, porque él se ha propuesto que el público no lo desconozca y pueda en todo caso, al mirarlo, exclamar: ¡Cómo es siempre fastidiosa la matraca! Habló en primer lugar de lo mucho que había escrito y de lo mal que lo había hecho; y esto último que a veces se dice para que el público crea lo contrario, fue recibido con asentimiento popular. Sus ideas son como los ramos benditos, que se remudan cada año; cuando no las cambia antes. Ha cultivado todos los géneros, siendo detestable en el artículo, insufrible en el folleto, peor en el libro. Su catarata de tinta podría anegar un barrio de mendigos en Londres. En ese lago no hay un pez, en esa cabeza no hay un pensamiento puramente original; todos son recogidos de los demás, singularmente del vulgo. Sus poesías como que no tienen asunto, sus dramas como que no tienen argumento, sus novelas como que no tienen personajes. ¡y qué orador! De él dijimos en otra parte que semejaba una campana rota, y hoy en su garganta bullen las palabras como hierve el puchero. Le sería fácil despoblar el

mundo con sus discursos, porque donde alza tribuna se queda solo. Un chusco decía al oírlo: "No lo nombran académico de la lengua sino por la lengua".

Hizo en seguida confesión de que no supo ortografía mientras no apareció la Academia Colombiana; y, como Pombo, atracó de elogios a esta corporación y a cada uno de sus miembros. y halló oportuno el momento para ensalzar a España y abatir la literatura francesa, con el ánimo de zaherir a los hombres que observaban el movimiento intelectual y político de la Francia, para hacer que anduviera al fin nuestro pueblo poltrón y lleno de vicios coloniales. La intención dañina se adivina en sus frases como la amargura de las decepciones políticas de otros tiempos.

El discurso tenía por objeto hacer reminiscencias literarias, para lo cual se fue, sin decirlo, por el mismo derrotero que llevó el doctor Salvador Camacho Roldán en el prólogo a las poesías de Gutiérrez González; mas aquél produjo una obra profunda y deleitosa; hizo una romería de placer y de estudio por nuestra literatura; dio a cada paso golpes de crítico y de filósofo, de erudito sosegado. y de poeta que descubre sin trabajo la parte bella y noble de la naturaleza. Y Samper iba en su excursión como un derrotado, sin pararse a contemplar lo que era digno de observarse: confundiendo los paisajes; atropellándose en los nos caudalosos; sin saber el camino; hasta llegar, después de una carrera de dos horas, a los brazos de los académicos, jadeante pero gozoso, como el peón de nuestras montañas cuando suelta el tercio en las posadas.

Dominó en su discurso, lo mismo que en el de Pombo, el encono, la envidia, la ingratitud y una falta elemental de justicia. A ésta, especialmente, queremos referirnos en esta especie de prólogo al libro de Carrasquilla. y es que la Academia y los tontos que la hacen coro, quieren absorber las fuerzas literarias del país, aparecer fuera de aquí, y aquí mismo, como los conductores del genio nacional, los creadores de la riqueza literaria y los que llevarán a la

República a su mayor apogeo en las letras. Por eso tienen el oficio de elogiarse los unos a los otros, y de hacer caso omiso de los que no piensan como ellos en política, aunque valgan más que ellos en ciencias y en literatura.

Para hacer patente la prevención odiosa de los académicos, nos sobran unas pocas palabras. La literatura de un país es el pensamiento de sus hijos, expresado en una forma que interese a los que la perciban. Ella, pues, es compleja y está' donde se ejercite la inteligencia por medio de la 'palabra escrita o de la simple palabra hablada. y el señor Samper prescinde, por pura veleidad política, por envidia quizá, de nombres, muchos de los cuales son los más ilustres en el movimiento intelectual de nuestra Patria. No habla, por ejemplo, de Ezequiel. Rojas cuando habla de filósofos, y este patriota inflexible consagró su vida a la propaganda de doctrinas que tienen una grande influencia en nuestro pueblo, y dejó libros que la juventud estudia constantemente; no habla de Manuel Murillo, que fue el progenitor del verdadero movimiento civil de la República, tres veces coronado, como periodista, como tribuno y como mandatario; no habla del maravilloso Rojas Garrido, que era grande en la cátedra, incomparable en la tribuna, irresistible en el parlamento, poeta y publicista, magistrado incorruptible y apóstol inquebrantable; no habla de Manuel Ancízar, cuando se refiere a los escritores de costumbres, que dio a nuestra literatura la Peregrinación de Alpha, tenida por lo más gráfico entre las pinturas de nuestra naturaleza; Ancízar, patriarca del periodismo liberal, sabio maestro en ciencias, que esparció tantos nítidos conocimientos en la República; omite a Santiago Pérez, el escritor de los períodos elegantes, el de la prosa de gran señor, que alza o abate a los gobiernos con su pluma, que si a jóvenes se dirige, hace sabios; que si a pueblos se dirige, hace ciudadanos; a Felipe Zapata, que forma con el razonamiento nudos de platino, que deja en la polémica al adversario atónito; no menciona a Jorge Isaacs, al que le fue dado escribir María para culto

de su nombre, para galardón de su Patria, libro inmortal que ha ido por todo el mundo letrado pregonando el lustre de Colombia; desatiende a Camilo A. Echeverri, el de las frases como espadas cruzadas, como centellas desprendidas, que en la trípode de sus pasiones da rugidos del desierto, o, como la pitonisa atormentada, lanza misteriosas profecías; olvida a Florentino Vesga, el ilustre diarista que cada día, durante catorce años, propinó una idea generosa a sus conciudadanos; al patriota José María Quijano Otero, escudo de nuestras fronteras y la memoria purísima de nuestra independencia; a Felipe Pérez, brillante y universal, que así escribe periódicos como historia, como geografía, como crítica, como novelas, pensamiento continuamente inquieto por el triunfo de sus ideas; a Januario Salgar, el verbo delicioso y los profundos conocimientos judiciales; a José María Pinzón Rico, que ha dejado ¡ay! por desgracia, tan poco luto y tantas joya en la diadema de Colombia; a Adriano Páez, escritor sin fatiga, que por servir a la libertad ya las letras no se arroja en el sepulcro que está abierto, años ha, muy cerca de sus plantas; a Obeso, a Candelario Obeso, este querido negro que hizo primores de arte en medio de la desgracia y de la indiferencia, poeta y prosador, trovador del pueblo ribereño y severo escritor de libros didácticos... ¿A quiénes más ha echado en olvido o apenas nombrado con una palabra o una nota vergonzante el nuevo académico? Permítasenos recordar entre los jóvenes a dos olvidados, como pudiéramos hacer cuenta de ciento: a Diógenes A. Arrieta y a Antonio José Restrepo, de los cuales puede decirse, por su talento de índole luchadora y revolucionaria. que son las llamas salientes de dos volcanes gemelos.

Todo libro, toda fama que no concilie con los académicos, tendrá allí enemigos implacables; que porque tienen vanidad son pretensiosos, porque tienen envidia son irreconciliables. Además de esto, desean sostener un sistema ya condenado por estas palabras de Proudhon: "Sistema inventado expresamente para conseguir el triunfo de la

medianía charlatana, del pedantismo intrigante, del periodismo subvencionado, en el cual las transacciones de la conciencia, la vulgaridad de las ambiciones, la pobreza de las ideas, así como el lugar común oratorio y la facundia académica son medios seguros de éxito; en el cual la contradicción y la inconsecuencia, la falta de franqueza y de audacia, bajo los nombres de prudencia y moderación, están siempre a la orden del día".

PROTESTA

Bogotá, marzo 19 de 1888.

Señor Redactor de La Palabra:

Permítame usted que en las columnas de su periódico proteste contra la Dictadura que ha suprimido el mío, ha confinado mi Editor y me envía al destierro; permítame que diga que en Colombia reina un despotismo sombrío, nunca superado desde la fundación de la República, y que denuncie al país este nuevo escándalo, este nuevo ultraje al derecho.

Luz mortecina es la de estos tiempos en nuestra Patria, y no se ve el clarear de ninguna aurora, porque hay una declinación general del carácter, y el mal se abona, como los bosques, con lo mismo que bota, que se pudre y que fermenta.

Quiero decir adiós, además, por su conducto, a los lectores de El Correo Liberal y decirles que en cualquier parte del mundo a donde la ola me lleve, -tranquila o airada-, mi pensamiento estará con ellos y mi esfuerzo tenaz se hará sentir, aunque modesto, por el triunfo de las ideas radicales, que son las únicas poderosas para incorporar de su atonía a este moribundo que se llama Colombia.

Soy del Sr. Redactor, un servidor y un amigo,

Juan de D. Uribe

POR MI PARTE

Por cuanto hace a mí, me queda el arrepentimiento de haberle dicho ¡adiós! a Aníbal Galindo demasiado tarde. La época no es de pudor, ni de candor, ni de honor; y la traición de Núñez, artificiosa al principio, descarada en la mitad e insolente al fin, debió preparar nuestro olfato radical a seguir el rastro de todos los traidores por más que se escondiesen en la sombra. ¡Y he aquí que Aníbal Galindo, nuestro tribuno, nuestro catedrático, nuestro jurisconsulto, nuestro

diplomático, nuestro legislador, -la dentrodera de la casa radical- se ha burlado cínicamente de nosotros!

Al fin de una vida pasada en la anchura del partido liberal, -de márgenes más abiertas para él que las del Amazonas-; del partido que lo recibió en los brazos chiquitín, sobre el patíbulo de su padre; que le dio el primer puesto público cuando le nacía el bozo, y el último cuando se cubría de canas; que lo sentó en las aulas de sus Universidades y lo envió a los países extranjeros; que aplaudió sus defectos y toleró sus faltas de niño consentido; que cubrió sus debilidades con una hoja de parra más grande que una hoja de iraca; que miró por su honra y por su bolsillo; que fue para él aire y luz; al fin de una vida pasada de esta manera, nos sale ahora en El Telegrama (para más vergüenza) con que es un traidor "desde el tiempo de los Córdovas"! Es decir que ha estado engañando a nuestro partido durante cincuenta años este farsante! y ahora que otros son los que tienen qué darle se vuelve como una culebra contra los caídos, insulta sus creencias y sus hombres, reniega del

banquete de tantos años, maldice la casa paterna. ..e injurias, mentiras, calumnias, cobardías, arrepentimientos, cuanto hace un *pecaviť* cuanto expele una garganta de viejo orador lo dispone en ramo hediondo de flores de borrachero y lo coloca, i el menguado! a los pies de los poderosos!... ¿De veras que tendremos los radicales que examinarnos diaria y mutuamente para ver que no salte un traidor de donde menos se piense? Un terremoto, un ciclón no aturde más que una felonía de éstas: es que se llega a la consecuencia de que las leyes morales se relajan con los mismos estímulos que habían de fortalecerlas...

Traidor Núñez, traidor Galindo, estoy por el primero: por el primero que ha cogido en sus manos la bandera negra de los piratas del Tonkín con la cruz papal en el fondo; que se ha plantado detrás del fraile y del verdugo en la plaza pública; que ha hecho trizas la Constitución sobre la cabeza de los colombianos; que ha atado al país a la picota y le da con las disciplinas de los jesuítas; que ha suprimido la riqueza y el crédito de Colombia; que tiene a destajo una cuadrilla de ladrones y a sueldo una legión de mercenarios; que ayer proclamó la Dictadura y hoy proclama la Monarquía... Estoy por el que hace la traición y no por el que la acepta; por el tirano y no por el lacayo. Hay valor en el que desafía a sus contemporáneos ya la posteridad por saciar sus pasiones, pero no en el que vende todo su pasado por una mirada cariñosa de los señores. y así, cuando Núñez esté en la escarpia, Galindo estará con su sambenito al pie del poste más digno de desprecio que de ira. Que lo entienda bien este miserable que ha querido enmendarle la plana a Judas.

Renegado de la Revolución; renegado de la Libertad; renegado de la República; renegado de la inmunidad de la vida humana; renegado del libre pensamiento; renegado de la libertad de la prensa y de la palabra y del sufragio; renegado de la Economía política; renegado de la Federación... ¿a dónde irá con sus guiñapos este insolente a quien el partido radical le puso sobre los hombros el manto de sus tribunos?

Ha recibido las felicitaciones de los godos y asiste en Bogotá a las meriendas en que se reza un Padrenuestro antes de la primera cuchada de sopa. ¡Si llegará el caso en que brinde por la sangre derramada en el cadalso como lo hicieron aquí los conservadores por la de Tadeo Galindo, su padre en mala hora, y uno de los padres de la Patria!

Que beba sangre, que coma... pero lejos, eso lejos de nuestro campamento.

Medellín, Junio 21: 1893.

* * *

Nota. Cúmprenos avisar que este artículo lo hemos tomado de un manuscrito que conservaba cuidadosamente un amigo nuestro y que, cotejada la firma que lleva aquél al pie con varias de las autógrafas que nosotros poseemos, no resulta ser la misma del presunto autor. Empero, éste se revela tras la pungencia del estilo y la agresividad y acrimonia contenidos en el libelo, aparte de que la época y lugar en que aparece fechado constituyen factores de autenticidad.

"No escribió verso sino prosa pero en ella luce dotes de verdadero artista Juan de Dios Uribe, temperamento violento y excesivo; incapaz de distingos ni atenuaciones; flagelador injusto y cruel de sus adversarios políticos; radical avanzadísimo en ideas; pero de estilo muy castellano en su vibrante y masculina prosa", estampa la doctísima pluma de D. Antonio Gómez Restrepo, suministrándonos un cartabón aplicable en este caso.

Vigente entonces el artículo K, que mantenía a raya los escritores libres, la pieza intitulada Por mi Parte quizás no pudo ver la luz pública, escapando por tanto a las tenaces pesquisas que en pos de ella hicimos en la prensa de 1893, pues sabíamos de su existencia, como que el Dr. Ricardo Jaramillo Arango, caro profesor nuestro y admirador de Uribe, solía

recitárnosla de memoria. 'La cual no le falló en un punto: al cabo de 46 años nos la ha reconstruído, con fidelidad que pasma, y nos la ha remitido para su cotejo con aquella que mencionamos al principio, diciéndonos que cuando al Indio lo pusieron preso para confinarlo a San Andrés de Providencia le encontraron sobre la mesa dicho artículo, el cual no llegó a publicarse. Yo lo sé, agrega, porque se lo aprendí de memoria a mi condiscípulo Jesús Ferrer, de la ciudad de Antioquia, que conservaba el original y solía leerlo en la pieza que se tenía en la: Universidad de Antioquia destinada para los estudiantes de medicina.

Dichas circunstancias, unidas ala de que la pieza no aparece en la obra "Sobre el Yunque", nos impulsan a incorporarla aquí, convencidos de que no es apócrifa, conviniendo con el citado ilustre galeno en que tal vez con estos libelos candentes no ganará la figura del célebre escritor: "ni los exaltados por él como Vargas Vila y Alfaro suban en el aprecio general, pero ni pierdan los combatidos como Núñez, Caro y García Moreno", porque la muerte da una cristalización de la cual no es posible remover a los ya sepultados.

N. del C.

NUÑEZ

Acaba de tragarse la tierra con asco al monstruo de la tiranía. El tiempo empieza a hacerle justicia al pueblo colombiano, que ha gemido bajo la más salvaje de las opresiones.

La tumba de Núñez es aurora de resurrección liberal. Desde ella suena la trompeta de .Josué, que anuncia la caída de las murallas y el triunfo de la democracia. El juicio final del oscurantismo de este pueblo se aproxima y entonces el derecho armado con su espada vengadora repartirá las dádivas y las penas a los buenos ya los malos hijos de Colombia.

Dicen que el tirano se revolcaba iracundo en la pira de su lecho de muerte, como los réprobos malditos de la leyenda bíblica. En su hidrofobia horripilante vio abiertas para él las agallas del infierno; oyó las maldiciones de los hombres que execraban su memoria y el ladrido de los perros hambreados que desgarraban sus carnes venenosas.

Su cabeza deforme estaba sostenida sobre un misal bisunto; su cuerpo contrahecho lo cubría un hábito de salesiano y sus pies descansaban sobre los ejemplares mutilados de: la Constitución de Colombia. Sentía contorsiones de serpiente fustigada, y con las manos ensangrentadas se desgarraba el pecho, sepulcro de su conciencia negra. Su rostro neurótico tenía el gesto amargo del remordimiento; en sus ojos de hiena cruzaban relámpagos de venganzas insaciables y su voz cavernosa, mojada por la baba de la ira, profería palabras y blasfemias en forma de rayos destructores.

En una playa salada del Atlántico, cercana a la heroica ciudad de Cartagena, se ve la casa del Cabrero sombreada por cocoteros melancólicos; en el ángulo derecho de la casa estaba el departamento del tirano, batido por las olas del mar.

Las brisas de las costas marinas no agitaban el follaje de los árboles, y la casa, envuelta en las tinieblas, semejaba la espantosa boca de un abismo. El océano estaba en calma; ni sus ondas se movían ni sus voces protestaban; la tierra silenciosa patentizaba indiferencia por el renegado que moría y el cielo rechazaba. Con su semblante despectivo hasta los últimos momentos del traidor.

A intervalos pronunciaba el ¡ay! desesperado del agonizante que implora perdón para sus faltas y conmiseración a sus dolores. Sus amigos, al verlo morir, reían y le daban las

espaldas, porque más les interesaba un mendrugo del banquete del erario que las últimas angustias de un hidrófobo maldito.

Nadie corrió en auxilio de sus quejas, ni nadie se apiadó de los negros remordimientos del su alma. Así mueren los tiranos: terrible pero benéfica venganza. Los que no mueren cubiertos de desprecio y oprobio como Rosas y Francia, mueren bajo las iras populares como los Gutiérrez y los García Moreno.

* * *

El 19 de septiembre el sol del ocaso alumbró por última vez la faz amarillenta de ese Atila. Al entrar la noche exhaló los últimos suspiros de su vida, porque su alma, viajera del infierno, necesitaba batir sus alas de lechuza en la oscuridad sombría. No murió a plena claridad hermosa, porque odiaba la luz y por eso exclamó a la inversa de Goethe: Sombra! Sombra! Más sombra!

En esa fecha memorable el abismo de la muerte hundió en sus entrañas al asesino de un pueblo, el huracán soberbio rompió sus alas alevosas en las rocas del océano, la voz de la conciencia fue su juez inexorable y su obra política el delator de sus perfidias y el proceso de su historia. Las palmas del Cabrero fueron para el moribundo los espectros de sus víctimas, que clamaban justicia para ellas y castigo para sus verdugos.

Este es el testamento que Núñez deja a la posteridad: "Colombianos: muero de arrepentimiento y cargado de ignominia; mi conciencia se ha rebelado contra la noche de mis hechos; el veredicto de mi historia será el anatema de mi patria. Sesenta y nueve años han peinado estas canas que llevo sobre mi cabeza y cada una de ellas me recuerda una traición

o un crimen contra la libertad. Bajo al sepulcro sin haber sentido la satisfacción inefable del bien, pues he sido un obrero del mal, abortado del Averno.

"He asesinado la justicia porque bebí la leche de la maledicencia; he escalado las alturas del poder, no en alas de la opinión, sino falseando las conciencias y esclavizando la República. He tenido el oro para mis aduladores, y horcas, veneno y destierro para los hombres libres. Mi obra política ha sido el caos, el peculado su atmósfera, la venganza mi norma, que lego a mis correligionarios. Quiero que mis cenizas, como las del incendiario, sean lanzadas a los vientos para que en la tierra no queden huellas de mi memoria maldecida".

Muerto el tirano, no ha rodado una lágrima de compasión; la Libertad corrió como la madre a recibir en brazos el primer hijo de su seno; auras de democracia se sienten al acercarse el nuevo día a saludar la República con su fallo inexorable, ya que el tirano no supo cumplir con su deber .

¡Bendita sea la mano del tiempo!

Nota. No podemos responder de la autenticidad de esta página, de extremada virulencia, porque no es originaria de una fuente fidedigna, y, sobre todo, cercana a la época en que debió escribirse, pero la hemos incorporado para atender un anhelo popular, después de cotejar varias versiones que de ella corren impresas, (entre otras la que apareció en este siglo, en un diario caleño dirigido por el negro Rodríguez Triana, una autoridad en la materia) y procurando restablecerla en su prístina integridad.

Lo más probable es que la pieza referida hubiese visto la luz en algún periódico costarricense, cuya entrada interceptaron a nuestro país los esbirros del gobierno de entonces. Lo singular es que en aquellas versiones, diferentes sólo en cuanto toca con la

ordenación de sus cláusulas, y en las que con frecuencia escuchamos caídas de los labios de los oprimidos, es a Juancho Uribe a quien, al rompe, se le atribuye su paternidad; el artífice imprime en su obra las huellas del pulgar con que modela y hay indicios vehementes de la garra del temible panfletario por los contornos de esa página sañuda, rubricada con sangre y en la cual instila todas las hieles de su verbo de proscrito.

Para honor de nuestros compatriotas, cabe anotar que el yugo nuñista no alcanzó jamás el temple de los execrados suramericanos que al conjuro de una prosa vengadora, comparecen allí como en tenebroso espoliario, que dijera el maestro Valencia; bien que toca a la historia reevaluar el alcance de todos ellos y por consiguiente el de la pieza misma. Nosotros, al incorporarla, sólo recogemos el eco caudaloso del pueblo en cuya memoria vienen peregrinando sus cláusulas como una vindicta social imperecedera. ¿ Qué sabemos si tal artículo ha producido en estos países tropicales el efecto del miligramo de radio contra el cáncer de las dictaduras? N. del C.

* * *

ELOGIO DE MURILLO TORO

Qué época! Qué generación! Qué hombres! Era como una flor gigantesca y extraña abriéndose en la sombra. Tenía la virilidad, la fuerza, el heroísmo de los grandes novadores. La elocuencia, el talento, la virtud, todo residía en ellos.

Los apellidaron *Los Gólgotas*.

Antes de ellos el liberalismo había sido un ensayo débil, pálido, confuso, herido por el militarismo o arrebatado por la negra y furiosa ola conservadora.

Todos venían de abajo, de la sombra, del pueblo. Cunas humildes de lejanos puntos del país los habían mecido; sangre de campesino, sana y robusta, circulaba por sus venas; vientos de nuevas y generosas ideas soplaban sobre ellos; ideales luminosos, sublimes utopías, llenaban sus cerebros; con la piqueta demoledora y el verbo sublime de las grandes revoluciones escalaron la cima para anunciar al pueblo la buena nueva.

El partido conservador imperaba omnipotente. Fundado por el General Bolívar para sostener la dictadura, los conservadores, como los leones de la Libia que se escudan en las reverberaciones del sol para no ser vistos, se amparaban con las glorias del héroe inmortal para dominar la República.

Generales mediocres y políticos rutinarios ocupaban la cima y formaban un olimpo grotesco.

El pueblo, embrutecido por la ignorancia y dominado por el sacerdocio, no pensaba ni vivía vida intelectual.

Todo era sombra en el horizonte. Santander había muerto.

Francisco Soto, Vicente Azuero, habían caído también.

Habían pasado los fundadores, los apóstoles.

Entonces apareció este partido, el más generoso, más ilustre, más trascendental, más completo de cuantos han pasado por el escenario de la política colombiana.

Los que vivieron luego y los que hemos llegado últimos, encontramos ya fácil y hacedera la tarea, abierto el sendero, iluminado el horizonte.

Ellos lo habían creado todo, despertando la conciencia nacional, fundando el espíritu público, trabajando por la libertad bajo un cielo oscurecido, con un pueblo indiferente cerca al cadalso insaciable.

Allí Ezequiel Rojas, como la sombra de Sierjes, meditadora y grave; Lorenzo M. Lleras, el del apostolado noble; Rojas Garrido, el verbo más elocuente que se haya oído bajo el cielo americano; Santiago Pérez, severo y fuerte; José María Samper, de tan claro oriente y tan triste ocaso; Ramón Gómez cuyo acento tenía penetrante y arrebatadora armonía de clarín guerrero; Januario Salgar; Tobías Valenzuela; Francisco J. Zaldúa... Todos los grandes.

Y como condensación de estas energías, de esta virtud, de esta grandeza, la figura pensadora y austera de Manuel Murillo Toro.

Tiene la virtud estas raras apariciones en la Historia.

Manuel Murillo Toro fue el pueblo colombiano, ilustrado, austero, virtuoso y fuerte.

Jamás pueblo alguno tuvo condensación más pura. De él puede decirse como de Marco Aurelio, que su vida pública fue la de la virtud puesta en acción.

La biografía de Murillo es la historia de un partido.

Fue de Santander a hoy el más grande de los hombres de Estado en Colombia.

Un país que ha tenido hombres como éste, no puede apostatar de la virtud.

A Murillo pudiera reputársele como el fundador del periodismo en Colombia.

El Tiempo fue su tribuna; desde aquella cima emprendió la campaña que dio en tierra con el conservatismo. Su vida fue un combate sin tregua ni descanso. Jefe de partido, llevó los suyos al combate y combatió a su lado. El periódico, el parlamento, la cátedra, el poder, fueron su teatro.

Diarista, orador, estadista, diplomático, todo lo fue con brillo inusitado.

Presidente de la República por dos veces, Ministro de Estado, Ministro Diplomático, holló las cimas, ocupó todos los puestos, dejando en pos de sí uno como blanco resplandor de su virtud. En la Historia sufigura no deslumbra, sino alumbra.

Faro inmóvil colocado en la peña alta, él iluminó durante veinte años la marcha azarosa de su partido por entre las olas agitadoras y los vientos en tormenta.

El viento de la muerte lo extinguió cuando la sombra espesa y la tempestad empezaban a surgir en el espacio.

Entonces comenzó el naufragio, este inmenso naufragio en que pereció la libertad de Colombia.

Desapareció bajo la ola triste, asombrado y pobre.

No alcanzó a ver acallar la nave que iba contra el arrecife...

Al caer en la tumba, desapareció del poder el partido liberal y le sucedió esta lúgubre mascarada, esta posteridad de las medianías, esta efervescencia del lodo, estos poetas trágicos e ineptos, flores de fango abiertas en esta primavera del pantano!

Qué grande se vela figura del Jefe desaparecido en medio de las ruinas de la Patria!

Pensando en él y en su época, se exclama indignada tristeza:

Qué época! Qué generación! Qué hombres!

"PUEBLO DE LA DURA CERVIZ"

Estáble reservado a un patán con fortuna, a una cabeza berroqueña mal labrada, llamar a los hijos de Antioquia "pueblo de la dura cerviz"; como si el indigno Miguel Caro, en el apoltronamiento del hartazgo, fuera juez de las altivas gentes, que viven al remo del trabajo, que respiran sobre las cumbres "donde los vientos refrescan" y que llevan "el hierro entre las manos, porque en el cuello les pesa", como ha dicho nuestro cancionero regional. El repulsivo chantre, disfrazado de Virrey de Bogotá, gruñó, pues, la más desdichada antífona que pudo descolgar de la ropavejería literaria de su cerebro escurrido y fofo. " i

Pueblo de la dura cerviz!", El papagayo académico, embalsamado por Rafael Núñez para que no se pudriera cuanto antes, e hiciera su papel de rufián del Cabrero por seis años, en la Vicepresidencia de la República, soltó aquella bufonada imbécil a guisa de regüeldo canónico, contra los hijos de las montañas; quienes, a excepción de algunos miserables, lo han despreciado como se lo merece el villano: pero su diestra es muy flaca para herir sobre el corazón a un pueblo de tan rara vitalidad, y la moral del abyecto gramático absolutamente nula para pretender darle honra a Antioquia.

Sufren los antioqueños la carcoma, general en Colombia, de la educación religiosa, que explotan los clérigos, los caudillejos y los gamonales, en nombre de las buenas costumbres, de la autoridad y el orden; son dentro de sus lares muy apegados a los viejos hábitos; a algunos de ellos los tienta el lucro con vertiginosa codicia; otros padecen hasta la muerte las convulsiones de los negocios; los hay que se despeñan por las pasiones y los vicios sin pensar a dónde ni cómo han de caer; viven muchos de ellos tejiéndose la mortaja, como los gusanos de seda, con los hilos de los pleitos, fomentados por los rúbulas... son muchos sus defectos, sin duda, pero con ventajas extraordinarias, desde el Hogar al Foro, que los hombreadan, por muchos conceptos, con las agrupaciones más interesantes de la misma raza. ¿Serán testarudos los ciudadanos que por el solo grito de la convicción, y el empuje de la sangre, abandonan las banderas triunfantes de la Regeneración infame para inscribirse' entre los caídos, que, por estar fuera de la ley, ni les cabe decir que tienen patria? Oh, loado pueblo "el de la dura cerviz".

CAPITULO II

EL POLÍTICO

A "EL ORDEN"

Cuando un trineo en las estepas rusas sufre retardo o se vuelca, sucede que los lobos aúllan, le forman un círculo de colmillos famélicos, y en traílla a veces logran desgarrar a los viajeros que atraviesan la soledad. Para defenderse de esos abortos de la maleza no valen palabras, ni señales de la cruz: es preciso disparar a los lados y fustigar los caballos para que vayan a escape; de otro modo, los hambrientos se cebarían en manada en los caídos, porque por la misma ley que el puerco hoza, el lobo desgarrar.

Así, lo mismo de un partido que fue interrumpido en su marcha por la mala fortuna, y al cual hoy le tira piedras cogidas del borde del arroyo, no un partido, sino una manada, que puede jurar por Satanás o por Jehová con los mismos dos dedos de la misma mano.

"El Orden" aspira, en su número 66, a cubrirnos de mugre; pero antes, por caridad, debía quitarle, en un estercolero, con lo áspero de un tejo, la podre al partido conservador. Que ese partido a quien él befa, tiene unido su nombre a lo que ya ha rehabilitado a la especie humana, y el partido conservador se ha juntado a lo que ha envilecido: el uno ha tenido alas sobre los hombros para subir y atravesar las distancias, y el otro informes muñones para perder el equilibrio y caer torpemente.

Dice que somos los bárbaros que vienen, porque hemos saludado una alborada republicana, y no cae en la cuenta de que los bárbaros no pueden llegar, porque están aquí y se llaman los conservadores. Que somos perros rabiosos, cuando los de nuestro agrado son los de San Bernardo, que olfatean en la nieve a los peregrinos ateridos; y ellos, o los suyos, han puesto a la pista de los negros cimarrones una jauría de los perros de su agrado. y más les deleitan a ellos las ruinas que huelen a sangre humana, cuando la sangre huele a

la del General Obando en Cruz Verde y la de los caucanos en la Viga de San Camilo, y cuando el humo sale de las ruinas como las de San Agustín en 1862.

Y esclavos se llaman de nuestro partido los que sí han sido dueños de esclavos y defensores de la esclavitud; y los que, por una magnanimidad que hoy está tan lejos que no se puede mirar sino con telescopio, tuvieron los Estados que eran de ellos, destinos donde ellos medraron, libertades de tal clase que se podían creer los 'agradecidos en posesión completa de la fábula.

Maldecida llama "El Orden" a la Salud Pública, probablemente porque allí no se había admitido a los redactores de periódicos conservadores de la laya: a los que adulteran la verdad, embrutecen al pueblo y tienen placer en el menoscabo de la República.

¿Quereis moderación? ...Dadnos el ejemplo.

* * *

En 1860 don Julio Arboleda había encendido la hoguera de la guerra civil en el Estado del Cauca. Por aquel entonces estudiaba en esta ciudad Ricardo Escobar Quijano, quien pasaba por ser uno de los más aventajados e inteligentes estudiantes de la época; afirmación en que a cada paso abundaba el doctor Antonio José Restrepo, y no pocas veces lo trajo a cuento para hacer memoria de su ingenio.

En las primeras levas que se unieron a las del General José Hilario López y más tarde a las del General Tomás Cipriano de Mosquera, sentó plaza de voluntario Escobar Quijano, obedeciendo a imperativos de su causa, y marchó al sur en unión de las fuerzas liberales, en donde el cantor de "Gonzalo de Oyón" había decretado "Guerra a Muerte" por medio de un decreto que empieza:

"Julio Arboleda, por la espontánea voluntad de los pueblos Gobernador del Estado del Cauca y Comandante en Jefe del Ejército Unido, considerando: etc. ... decreto:

Artículo Primero.- Cualquier individuo del Ejército Unido que mate aun hombre rendido será pasado por las armas.

Artículo Segundo.- Procédase a poner en capilla hoy mismo, en justa y necesaria represalia de los treinta y tantos asesinatos y de los incendios hechos por los agentes del tirano Mosquera, 'a los prisioneros más conspicuos por haber servido una revolución tan fecunda en delitos atroces.

Artículo Tercero.- Mientras no se cometan por el tirano Mosquera, o por sus tenientes, nuevos asesinatos, o incendios, ni otros actos semejantes de barbarie, los prisioneros gozarán entre nosotros de la más completa seguridad.

Artículo Cuarto.- Por cada prisionero u otro individuo inocente, a quien en lo sucesivo matare o hiciere matar el tirano Mosquera, de un modo franco y público, se pasará por las armas uno de los suyos; por cada individuo que hiciere asesinar de un modo alevoso y oculto, morirán dos o más de los suyos; por cada mujer inocente a quien mate o haga matar el tirano Mosquera, morirán tres de sus partidarios; por cada infante que sus bárbaros degüellen, morirán cuatro de los suyos, y por cada población que él o sus tenientes incendien, se pasarán por nosotros diez o más de sus copartidarios por las armas.

Artículo Quinto.- Tan pronto como el tirano Mosquera y sus tenientes hagan la guerra según las reglas que prescribe la civilización cristiana, como la hacemos nosotros, quedarán libres sus tenientes y copartidarios, de las penas que, por vía de represalias y con el objeto de hacer la guerra menos ruinosa para la República, nos vemos en la necesidad de imponerles.

Artículo Sexto.- Todos los que hayan servido hasta ahora al tirano Tomás Mosquera y quieran separarse de los bárbaros y salvajes que le ayudan y acompañan, serán perdonados siempre que se manifiesten arrepentidos, presentándose con sus armas en cualquiera de nuestros campamentos.

Artículo Séptimo.- Este decreto se publicará por bando y se imprimirá y circulará, para que llegue a noticia de todos y pueda contribuir a quitar a la guerra actual los caracteres de ferocidad y de barbarie que la distinguen y que arruinan:)' degradan nuestra República".

Esta providencia, conocida bajo el nombre del "Decreto de las represalias", está fechada en Popayán el 28 de octubre de 1861, y el 30 del mismo mes eran fusilados en la famosa Viga de la Plaza de San Camilo los prisioneros a que se hace mención en el artículo 2º.

En una de las tantas escaramuzas con los conservadores, cayó prisionero Escobar Quijano. Los días pasaban y su situación no se resolvía, mientras que sus compañeros ya habían visitado, para no regresar, la nombrada Viga de San Camilo.

Un buen día dirigió Escobar Quijano al General Arboleda esta lacónica esquela:

Libertad o San Camilo

Don Julio, que era conocedor de la calidad de su prisionero, escribió al pie mismo de la frase anterior, la siguiente respuesta:

*No hay más piedad para el vencido que una,
y es la de no esperar del vencedor ninguna.*

E hizo llegar al prisionero esa adecuada contestación para su demanda, la cual, leída que fue por Escobar, terminó la estrofa con estos versos:

*Pero ay! del vencedor tirano y cruel,
si el vencido se escapa y da con él.*

Don Julio, que era hombre de grande inteligencia, puso en libertad al "loco" Escobar Quijano, quien años más tarde se ahorcó en Medellín, a raíz de la muerte misteriosa de que fuera víctima su hermano Camilo, asesinado, según se dice, por órdenes de don Coriolano Amador, en su lujosa quinta del Barrio de Miraflores de la Villa de Coltejer.

A "LA EQUIDAD"

Las gentes honestas de que hablamos, ya se entiende que son los liberales, porque no podrían ser los conservadores, que han hecho causa común aquí con todo lo que es deshonoroso en política, y que si más honda fuera la cloaca, ellos estarían más en el fondo. Son los liberales que han pasado su vida redimiendo a los infelices de las explotaciones de todo orden organizadas en nombre de los intereses sociales, de la religión y del gobierno; que han pasado por el poder manejando muchos intereses y recostándose en el sepulcro libres de remordimientos y con las manos limpias, como Murillo Toro, Manuel Ancízar, como Rojas Garrido, como Gaitán Obeso, por ejemplo.

Caucano será el redactor de "La Equidad", pero no le hace honra a su tierra, porque la calumnia, ya en su pueblo, ya en sus costumbres, ya en sus hombres ilustres. Que quien dice que las democráticas son "aquejarres sanguinarios", mal caucano es; que quien llama a esas reuniones "focos inmundos y patibularios", es mal caucano, y quien apellida saqueador de templos a David Peña, es un renegado de la verdad y de la historia del Cauca.

Las Democráticas son el blasón del Valle; donde se reúnen y se ejercitan en los negocios públicos los hijos de esas comarcas, y desde donde han vigilado constantemente por la libertad de la Patria. Allí discuten en paz los intereses pacíficos; los discuten sin atropellos, sin violencias y con solo el arrebató de raza ardiente, que es el linaje caucano;

allí, en tiempo de guerra, se alistan para los combates y parten para las batallas. Han sido enérgicas, como en 1851, porque se vengaba una raza de otra que le había hecho el grande agravio de esclavizarla de un modo duro y cruel, y el *perrero* de esa época no fue otra cosa que la enseña de los oprimidos; que fue entonces cuando se hizo saber que no sólo las espaldas color de ébano podían marcarse con los cardenales inicuos del látigo. En 1876 volvieron a empinarse atrevidas, porque los conservadores se reunieron en sociedades católicas para hacerles mal fuera y dentro de las iglesias, y porque allí está resuelto que será duradero el poder del liberalismo; pero después de vencer a los conservadores en Los Chancos, en la Cuchilla del Tambo, en Bateros, en el Arenillo, en Morro-gordo, etc., los perdonaron y les dieron un banco cerca del hogar donde ellos se sentaron rencorosos y vengativos a esperar la hora de las represalias.

David Peña era católico y no se habría atrevido jamás a romper las puertas de las iglesias, y menos a fusilar santos porque donde los veía se postraba de hinojos: cerca al lecho donde murió en la miseria, vimos una imagen de no 'sabemos qué palo, y preguntáronle al enfermo ardido por la fiebre de la tisis, por qué estaba tan lleno de cintas alrededor ese cuadro, y respondió:

-Estoy comprometido a ponerle a esa imagen todas las divisas con que asistió a los combates.

Y después decía candorosamente que esa era la razón por la cual no había sido herido nunca.

La casa de Antonio Olano no fue jamás mandada quemar, y no hubo tal 10 de febrero de 1876, en que el doctor Conto recibiera con brindis infames "asesinos disparos", ni "bramidos de incendio". Es que "La Equidad" recoge basura de la que tiene más a la mano

para arrojársela al partido liberal: éste no se toma el trabajo de limpiarse el vestido, se encoge de hombros y sigue su ruta hacia adelante.

ELECCIONES

La ley de elecciones fue hecha para dar el triunfo en las urnas a los conservadores, porque ellos no se contentaron con tener la constitución del 86, y estar en los puestos públicos, sino que pidieron que se les dejara elegir representantes al congreso para ratificar la imbécil hechura del consejo constituyente. Como a una querida que exige mucho, Núñez ha mimado, ha llenado de regalos a los conservadores y se ha arrodillado a sus pies cuando los encuentra furiosos. La ley de elecciones es para los conservadores y contra nosotros; pues lógico es que así sea, si los asaltadores del poder público se llamaron defensores del sufragio; por. que también se apellidaron republicanos, y nos han entregado a Roma; porque se dijeron benévolos, y por nuestras carnes circula el veneno de sus colmillos; por- que se proclamaron tolerantes, y han proscrito ala mitad de los colombianos de la vida civil y de los gajes de la libertad; porque se hicieron llamar protectores, y desconocen nuestros derechos o los vulneran; porque proclaman la fraternidad en la familia colombiana, y tratan a la gran mayoría de los hijos de la patria como a viles desheredados de la República. Cuidáos del ladrón que os haga buena cara, porque más fácilmente os saca el reloj del bolsillo.

Si se ha extremado tanto en malignidad el partido conservador debajo de un aparato que no ha tenido fundamento -de un consejo que no fue elegido, de una constitución que el pueblo no mandó hacer y se hizo a pesar suyo--, ¿cómo crecerá el desenfreno y el despotismo en esas filas, cuando sea la voluntad popular -llamémosla así la que ratifica el cúmulo de iniquidades que hacen nuestra desgracia? Por todas partes se dirá que el pueblo

ha querido instituciones retrógradas; vergonzoso sometimiento al Papa; persecución para los ciudadanos; abatimiento de nuestro crédito; ultrajes a nuestra soberanía; derroche del tesoro, etc., y que, como el pueblo manda, todo lo hecho, que constituye nuestra deshonra, es cosa que nos realza aquí y delante de las naciones del mundo.

Y no se contentarán con tan poco, sino que puestos los pies sobre los hombros del pueblo, de quien seguirán llamándose comitentes, harán a nombre de este la fúnebre proclamación de todas sus doctrinas esa evocación del pasado que hiela en las venas la , sangre, que sobrecoge de horror a los pensadores y que hace sollozar a los hombres caritativos de todos los países. Los conservadores no se han modificado, sino refinado en sus malas condiciones; el retraimiento de la vida pública los hizo más sombríos, por lo que eran menos sociables, y el odio que produce la derrota los ha lanzado a todos los delirios de la represalia. De ese congreso volaron murciélagos como de los aposentos abandonados, yesos pájaros repugnantes –que por su doble naturaleza son el emblema de la Iglesia adherida al Estado-- se irán por todas partes a chupar la sangre de nuestros ciudadanos.

Nuestro destino, pues, depende, en parte, del resultado de las próximas elecciones, y por lo tanto, debemos hacer cuantos esfuerzos nos sean dados para ganarlas.

Debemos votar .

Si los gobernantes dejan que nuestros votos se registren y no se queden en manos de los agentes oficiales, los nombres que en ellos pongamos, tendrán una gran mayoría en la República. Es notorio que el país quiere reivindicarse y el sufragio sería el camino si las espadas no cortan las manos de los electores. Quien interroge al pueblo halla esta respuesta que lo aturde, porque viene de todas partes:

-Dejad, dejadnos cualquier medio y seremos libres! Pero se nos antoja que los votos de los liberales echados arriba por manos honradas caerán abajo en las proditorias de las

autoridades civiles y eclesiásticas: las unas encenderán con ellos sus cigarros, las otras juntarán los papeles al incienso que se quema, que tan grato dizque es a las narices del señor amo que está en los cielos.

Pero votemos: el triunfo será nuestro, si se nos respeta, o, si no, el ultraje nos engrandecerá y hará por otro medio más inminente la victoria. ..

¡Debemos votar!

FRATERNIDAD UNIVERSAL

El señor Núñez en el extranjero

El Combate, uno de los diarios más notables de México, se ocupa largamente del señor Rafael Núñez en su número del 11 de diciembre.

Sea lo primero dar las gracias a los liberales de México, se ocupa largamente del señor Rafael Núñez que se interesan íntimamente, en esa tierra privilegiada, por nuestra desventurada patria. La dictadura, que fue engendro aquí del partido conservador, nos llenó del más inmundo barro: cuanto la pluma mojada en hiel pudiera escribir para pintar el interior de ese albañal, sería bien pálido; pocas serían las lágrimas que se derramaran para lamentar el bien perdido. ¡Ay tristes! Eramos libres, y de un momento a otro, como súbito carámbano, se nos vino encima la traición, y estamos bajo el enorme tronco de nieve helados y atónitos. Nuestros hermanos de México son bien venturosos; el suelo de esa República está arado por el progreso; la frente de los mexicanos tiene surcos hechos por la libertad. Allá no se pondrá el sol de Querétaro; aquí mengua y se abate el sol de la Independencia.

COLOMBIA

UN DOCTORZUELO FRANCIA

I

Los pueblos, como los individuos, tienen inexplicables caídas. A veces, por un incomprensible encadenamiento de circunstancias, descienden desde la cumbre de la prosperidad al abismo de la ruina; desde las regiones de la luz, a los antros de la sombra; desde la plenitud de la fiera dignidad, al último peldaño de la abyección.

¡Qué sarcasmos tiene el destino! En la patria del gigante Bolívar, del padre de la libertad suramericana, y sobre las mismas cumbres desde las cuales lanzó sus más vívidos rayos el genio de la indomable independencia, esgrime hoy el látigo de la tiranía un enano, un despotilla que es a García Moreno y Rufino Barrios lo que el mono es al hombre.

¡Inconcebible fenómeno! ¿Cómo ha podido un Rafael Núñez subyugar a un pueblo como Colombia? Hay cosas que se comprenden sin el mayor esfuerzo. Que "en la tierra de los ciegos sea el tuerto rey", según dice el proverbio español, es rigurosamente lógico.

Pero, ¿cómo se explica que en la patria de los leones pueda el taimado y cobarde zorro ejercer la dictadura?

II

Allá, por los S grados de latitud norte, a caballo sobre majestuosas cumbres de la cordillera andina y bañando sus pies en las aguas de ambos océanos, se extiende una

comarca inundada de luz y favorecida del cielo, por la cual no se da un paso sin que el recuerdo evoque la sombra de un héroe, sin que huelle la planta algún pedazo de tierra empapado en la sangre de los mártires de la Libertad.

No tiene ese país grandes mejoras materiales, porque sus turbulentos hijos han gastado en pólvora y balas lo mejor de sus rentas públicas; pero tiene grandes inteligencias, clarísimos talentos, y tal exuberancia de vida intelectual, que mereció ser llamado la Atenas de la América del Sur.

Como naturaleza incomparable, no hay más que ver los espléndidos marcos en que está encuadrado ese ernísimo y delicioso poema de amor de Jorge Isaacs, que se llama "María".

Allí todo es grande y portentoso, hasta el valor de sus hijos, quienes, durante ese largo período de luchas intestinas, consumaron en cada combate hazañas increíbles.

Pero a las agitaciones de los primeros años había sucedido la calma; a los gobiernos de hecho, los gobiernos de derecho; a las dictaduras más o menos disfrazadas, el imperio de la ley y el tranquilo funcionamiento de sus libérrimas instituciones.

III

Pero allí, como aquí, había una minoría conservadora, revoltosa, audaz, enamorada de los fósiles sociales, enemiga encarnizada de todo progreso, partidaria acérrima de la obediencia pasiva y del aniquilamiento de la dignidad humana. Allí, como aquí, esa minoría se apoyaba en el clero, sempiterno puntal de todo lo despótico, y hacía de la religión un arma de partido, para conseguir sus ambiciosos fines y aniquilar la libertad, cuyo freno tascaba rabiosamente hacía muchos años.

Y sin embargo, allí, como aquí, esa minoría se agio taba en la impotencia. En su grande intentona de 1876, cuando consiguió dividir al partido liberal, quedó vencida, aplastada, en las sangrientas batallas de Los Chancos y Garrapata.

Pero esa minoría, como la mexicana, como todas las minorías que el clero excita desde la sombra, era infatigable. No pudiendo escalar el poder por la fuerza, tragó su humillación y apeló a la astucia: siguió en el trabajo de zapa, fomentando la división del partido liberal, y buscó un instrumento.

Ese instrumento fue un zorro disfrazado con la piel del león.

Es decir, un conservador con ropa de liberal, un vulgar ambicioso, que ya en 1876, antes de la sangrienta intentona de los conservadores, se había presentado candidato a la presidencia frente al doctor Parra.

Ese instrumento sumiso, ese zorro disfrazado de león, esa nulidad ambiciosa, fue Rafael Núñez.

Acentuada la división del partido liberal, el seudo republicano logró completo éxito en su segunda tentativa a la presidencia, gracias al apoyo de los clericales y conservadores, y éstos se colocaron detrás del zorro en el redil gubernativo.

IV

¿Quién es Rafael Núñez? ¿Es una de esas personalidades que se imponen por su valor moral e intelectual?

¡De ninguna manera! Todas las pruebas de su inteligencia están reducidas a algunos medianos versos, pobre contingente meritorio en país donde hay tantos poetas de talla.

¿Es siquiera un carácter como lo fue Barrios?

¡Tampoco! En aquella frente cargada de sombras, en aquella mirada sin luz, que nunca se fija en la de su interlocutor, en aquel continente rudo y jesuítico, no puede leerse más que una cosa: la astucia.

¿Pero ha prestado, al menos, grandes servicios a la patria?

Todo lo que tiene en su haber por este concepto se reduce a una comisión en los Estados Unidos que le dio el General Mosquera, de la cual no queremos acordarnos, ya la suculenta breva (ocho o diez mil pesos al año) que durante mucho tiempo le dieron a mamar los cándidos liberales, manteniéndolo en el Consulado en Liverpool. De aquella canonjía salió en 1876 con el bolsillo bien repleto, para ofrecerse como instrumento (¡ oh monstruo de ingratitud!) a los conservadores colombianos y dar el primer asalto ala curul presidencial.

V

Pero Rafael Núñez, el inconcebible dictador de Colombia, tiene una cualidad que no tuvo Barrios: la cruel, fría, flemática, impasible, que no retrocede ante ningún arroyo de sangre.

Barrios era el león que, en un raptó de cólera, desbarriga una víctima de un zarpazo.

Núñez no es colérico. La sangre no colorea nunca aquella pálida faz. Si la oposición le estorba, si encuentra obstáculos en su camino, los quita serena y reposadamente, con la misma calma que el segador abate las espigas de la dorada mies.

Otra cualidad tiene Núñez que tampoco tuvo Barrios: la elasticidad de conciencia.

El dictador de Guatemala era a veces brutal en sus arranques, pero era franco y consecuente.

El dictador de Colombia es suave como una seda; pero como una tela de seda que se amolda a todas las situaciones. Liberal hasta la impiedad, mientras su liberalismo pudo

servirle para embaucar a los gobernantes de Colombia y chupar los ricos productos de su consulado, hoy le tienen ustedes arrodillado ante la cruz, con el rosario al cuello y la botella de agua de Lourdes sobre el escritorio, siendo el hijo predilecto de la Iglesia y más papista que el Papa.

Pero, ¿dije que Núñez tiene la conciencia elástica?

Pues debo rectificar: los hombres como Núñez no tienen conciencia. Almas como la de ese remedo de García Moreno no tienen cualidad reflexiva, porque son negros abismos sin fondo, donde no penetra un rayo de luz.

VI

Apenas el partido conservador-clerical colombiano se encaramó en el poder, subido sobre los hombros de su dócil instrumento, Rafael Núñez, el liberal renegado, empezó el desmoche de las instituciones. La Constitución de Rionegro fue hecha jirones, quedó rota la federación de los Estados, éstos perdieron su soberanía, y volvió a restablecerse la odiosa y absorbente centralización de la época colonial.

El santuario de las libertades colombianas sufrió un verdadero saqueo, semejante al que sufrió Roma cuando entraron en ella los bárbaros de Genserico.

¡Allá no quedó nada, absolutamente, en pie!

Los conservadores tenían hambre de mando, hambre de reacción, hambre de oscurantismo, y llevaron el hacha de su implacable rencor a todo cuanto les había estado haciendo sombra durante el largo período de la dominación liberal.

En aquel país de los grandes publicistas, donde se habían debatido, en el periódico, en el folleto, en el libro, con elevadísimo criterio, los grandes problemas políticos, sociales y

filosóficos, la prensa quedó amordazada, y en esa primera tribuna de los pueblos libres sólo pudieron hablar algunos míseros pebeteros del poder.

La clerigalla fanática volvió a restablecer las bodas de Camacho, es decir, el productivo consorcio del Estado con la Iglesia, con el presupuesto de cultos, como lazo de unión, y la ingerencia de los sobrepelliz en todos los actos de la vida pública, como prenda de alianza.

La libertad de conciencia, como la de pensamiento, como todas las libertades, quedó destruída, volviendo a imperar, como en bs mejores tiempos de los virreyes, la unidad católica y la intolerancia religiosa.

Los masones fueron perseguidos a sangre y fuego, y sus templos demolidos o transformados en conventículos.

A todas partes se llevó la piqueta demoledora. Nada quedó de la obra que habían realizado los sucesores de los constituyentes de Rionegro.

Entronizada la reacción, con el dictadorzuelo Rafael Núñez a la cabeza, la libre Colombia, la Patria de Bolívar y Santander, descendió en poco tiempo a la triste categoría de feudo romano.

VII

¿Pero se operó ese cambio absurdo, inconcebible, sin ninguna resistencia?

¿Pudo el taimado zorro destrozar la patria y repartir sus jirones a las hambrientas falanges de la reacción clerical sin que el león colombiano sacudiera la melena y le enseñara las garras?

¡No! Ese destrozó sacrílego de las libertades patrias no se consumó sin que hubiera resistencia armada. Pero la reacción se había apoderado de la fuerza pública, la había puesto en manos de hechura suya, de jefes conservadores, y la resistencia fue ahogada en

sangre. El felino Rafael Núñez se acordó del hombre del 2 de diciembre, y quiso, como su triste modelo, probar al mundo que los golpes de Estado se consolidan por el terror.

Las cárceles se llenaron de prisioneros, y si no se ametralló ala inenne muchedumbre como en el Boulevard Montmartre, se fusiló en los patios de los cuarteles y hasta en las calles de Bogotá.

i Oh! es que el partido clerical tenía que vengar su humillación de Los Chancos y de Garrapata, y el excónsul de Liverpool su derrota presidencial de 1876.

VIII

i Qué punzantes remordimientos de conciencia debe tener hoy la fracción del partido liberal disidente que ayudó a encaramar a Núñez en la presidencia! Cogida, como en un cepo, en el engranaje reaccionario, esa fracción no pudo hacer nada, cuando el zorro tiró la piel de león, cuando el librepensador arrojó el mandil masónico al cesto de la apostasía y cubrió su cabeza con el bonete clerical.

Sentada en el banco de la impotencia, atadas las manos a la espalda, asistió al desgarramiento de las libertades públicas ya a restauración de la negra tiranía clerical, deplorando amargamente la ceguera que la obligó a unirse en monstruoso contubernio con sus eternos enemigos los conservadores.

j Que los liberales mexicanos tengan presente esa tremenda lección, para permanecer unidos!

El día en que en su seno se introdujera la discordia; el día en que se aflojaran sus filas, los conservadores, con todo el poder clerical a su retaguardia, harían un supremo esfuerzo para pasar por entre ellas y apoderarse de las alturas gubernativas.

IX

Hoy, la que fue libre Colombia, es un convento.

El monigote visible que hacía las veces de prior en esa comunidad de reaccionarios es Rafael Núñez. Pero el verdadero presidente de eso, que por sarcasmo sigue llamándose República de Colombia, es el Arzobispo de Bogotá.

Rafael Núñez, cuyo escepticismo y cuyo amor al dinero son bien conocidos, se arrodilla ante su Ilustrísima, se da hipócritas golpes de pecho, y murmura para su hábito frailuno: "dame pan presidencial y dime beato".

Las órdenes que vienen de Roma son leyes en aquella sucursal del Vaticano.

Los ministros celebran sus consejos en la sacristía de la capilla que Nuestra Señora de Lourdes tiene en el pueblecito de Chapinero.

Las procesiones, los rosarios cantados en plena calle, todas las manifestaciones exteriores de un culto grosero y material que tienden a mantener vivo el fanatismo, florecen como en los mejores tiempos de la dominación colonial.

La enseñanza laica ha concluído. El clero se ha apoderado, como era de esperarse, de la instrucción pública, para atrofiar las conciencias y grabar profundamente en el alma de la generación venidera esta máxima civilizadora: "Toda autoridad política emana de la Iglesia"!

Para colmo de clericalismo, el gobierno colombiano, que hoy desempeñan cuatro sacristanes de los más prácticos en el manejo del incensario, han mandado a S.S., con motivo de su jubileo, un regalito de \$ 10.000, a los cuales ha unido otros \$ 20.000 de su peculio particular el generoso dictadorzuelo Rafael Núñez.

X

¿Soportará por mucho tiempo el valiente pueblo colombiano el látigo que hoy esgrime sobre sus espadas ese tiranuelo puesto al servicio de las iras clericales?

¡Creemos que no!

La dictadura del león es opresora, pero no degradante!

La dictadura de la traidora hiena envilecería a los vivos: por eso no la ejerce sino contra los cadáveres.

¿ Y ya es un cadáver el pueblo colombiano ?

¡ De ninguna manera! Las tradiciones liberales y la fiereza nacional no se arrancan del alma de los pueblos con hisopazos. Esa insensata reacción quedará barrida el día menos pensado por el potente soplo de la indignación popular.

Colombia no es el Ecuador.

En aquella tierra de la Libertad, no son posibles los dictadorzuelos de estola y bonete.

En aquel país de gigantes no puede prolongarse la dominación de los enanos.

En aquella patria de héroes que supieron luchar y morir por la independencia y por la dignidad política, no puede ser aceptada por mucho tiempo la degradante esclavitud del paganismo romano.

Rafael Núñez, ese ridículo remedo de García Moreno, caerá a silbidos.

Si es que sus frías crueldades, como dócil maniquí del clero, no lo obligan a caer de otra manera.

En pueblos que tienen tan viril fibra, como el pueblo colombiano, el manotazo de un pigmeo no puede borrar para siempre lo que grabó el buril del progreso.

Ese pigmeo podrá derramar sangre para prolongar por algún tiempo su obra parricida.

Pero, ¿ qué importa? La sangre liberal es semilla de héroes, y el dictador Núñez no evitará el abismo que tiene abierto a sus plantas desde que dio el golpe de Estado.

¿ y qué nos dicen ahora los panegiristas de ultranza del señor Núñez? ¿Es en verdad ese *super-man*, que con tanto lujo de adulteraciones nos han presentado los historiadores del SO? ¿Esos que reniegan del olimpo radical, por tener en menos a quienes nos dieron principios y fuerza de convicción en las ideas liberales?

Cómo hemos venido amenos en esta poca de azote y de pequeñeces mentales que se arrodillan para besar, no ya la mano, sino la fusta de quien golpea. Núñez, para ellos, ya no es el sádico del Cabrero, ni bígamo, ni tirano, ni mucho menos traidor a su partido, sino el creador de una historia y el facedor de una etapa gloriosa, y en el afán de besar las alpargatas de quienes pisotean la patria, los hay reclamando por el abandono del corral en donde vivió el garañón y vuelven la espalda a los hombres que hicieron la grandeza liberal, traicionando los principios a trueque de besar la estola, aun cuando se desfigure la historia.

¡ID A ENCONTRARLO!

Núñez había pertenecido al partido liberal, que le había dado resonancia a su nombre y alimento a su carne; que le había mantenido en los más altos puestos aquí y en el extranjero, y que lo llevó al poder y lo hizo guardián de sus ideas políticas. Y cuando lo invistió de todo el rigor de la autoridad y del prestigio, cuando le puso en las manos el tridente, él, el pérfido y cauteloso, se fue deslizado al campo de los conservadores, llevando tras de sí, con la atracción de su nombre, a los que le delegaron sus derechos. Los conservadores, que no tenían ni ideas vivas, ni hombres públicos, ni derrotero, se prestaron humildes a ser auxiliadores de la traición, y muy devotamente tomaron el camino del presupuesto. Entonces desaparecieron como partido, si lo eran todavía, y como fluido muy sutil se metieron dentro del señor Núñez y no pensaron sino lo que él quiso que pensarán, y

no hicieron sino lo que él quiso que hicieran. Pero el que había cometido una traición no deseó detenerse y prometió levantar del agujero en que estaba podrido al partido que había echado por tierra la Revolución de 1860; esto, además, preparaba un período caótico, confuso, donde los intereses particulares del Gobierno podían medrar, porque los conservadores eran cómplices y no serían, por lo tanto, delatores; y de la otra fracción liberal se diría que estaba poseída de locura, y tal cosa se dijo. Como en *La Barriga de París*, de Zola, en ese nuevo orden de cosas fermentó cuanto es inmundo, y como en la dicha novela, toda la acción pasó en los mercados públicos. Los conservadores, que no habían tenido escrúpulo en abrazar a sus enemigos con tal de que ellos les dieran ración, y que menos lo tuvieron para participar en los delitos, se pusieron felices cuando el señor Núñez les hizo saber que él los llamaría de nuevo a la vida por el milagro de su palabra, y no como se quiera, con el frac elegante de última moda, que no les sería chocante, sino con los pintorescos vestidos de los siglos XVI y XVII y aun desnudos y con el hacha de sílex de los tiempos prehistóricos. Entonces no solamente hubo pillaje, sino desorden fanático, porque el señor Núñez, de ateo que era, o escéptico, o nada, se convirtió en un profeta católico candoroso. .. encontró los cándidos que han creído en su espiritualismo de virgen histérica.

Arriaba a los conservadores como el patán de los caminos a sus mulas, y los echó a la guerra que pérfidamente provocó en el Estado de Santander. Tanta sangre derramó por su falacia, que los sueños de ese hombre deben ser espantosos; aglomeradas apariciones de muertos, de heridos, de niños sin padres, de mujeres suplicantes y anegadas en llanto, de ancianos que fallecen con el rostro atónito, porque no se explican, el inmenso dolor que les apresura la muerte. Estas visiones terribles, moviéndose entre vapores carmesíes de la sangre más pura de Colombia.

La guerra tuvo algunas jornadas desastrosas para nuestra causa y que al dictador le causaron una congestión fulminante de conservatismo. Entonces el lazo se hizo más fuerte entre él y los conservadores, pues la complicidad en las cosas siniestras asegura la hermandad de los bandidos.

El señor Núñez juró defender y hacer cumplir la constitución de Rionegro, y con el apoyo de los conservadores dijo en 1885 a una turba que lo saludaba: "La Constitución de Rionegro no existe". Quien así viola desde lo más alto del poder la palabra empeñada, es perjuro, y son sus cómplices incalificables los que le tienden sus capas de rodillas para que pase a continuar en el gobierno de la República. Este hecho principal dice muy bien que los conservadores no tienen principios de virtud, sino retortijones de hambre, y que seguirán al doctor Núñez a todas partes, siempre que fuese por el camino del mal. A él le dicen como don Félix de Montemar a la visión aparecida:

Y si fuérais vos Satands

Con sus llamas y sus cuernos,

Hasta en los mismos infiernos,

Vos delante y yo detrás.

Los conservadores que seguirán a Núñez al Orco, menean la cola hoy con el vaivén del dogo que mirara en las manos del amo colgar una succulenta y doble ración de carne. El señor Núñez ha llegado a Girardot y de allí telegrafía al señor Payán de este modo:

"Girardot, 8 de febrero de 1888.- A S.E. el señor ", Vicepresidente de la República.- Bogotá.- Hallándome en territorio de Cundinamarca, me he encargado hoy nuevamente,

según la ley, del ejercicio de la Presidencia de la República, y sigo para la capital. Los Ministros despacharán los asuntos locales de carácter urgente. Rafael Núñez".

No es el partido liberal el que puede ir a encontrarlo, porque liberal fue y dejó de serlo Núñez; juró las instituciones de la República y encendió luego, con las hojas de la de Rionegro, su puro de La Habana. Ni el liberalismo se aproxima hoy a la Esfinge. I

Son los conservadores los que irán a encontrarlo, doblado el espinazo, con los pies juntos y la cabeza cubierta con gorro de hilo: esto significará el mayor respeto por el ilustre proscrito de la opinión pública. Es fácil que en la primera jornada les cuente sus estremecimientos de horror al pasar por El Banco y La Humareda, en donde, por su culpa, se guardan tantos predestinados a más gloria; quizá él, entre los bordones de su lira, hallará un canto para los de Cartagena del lado de afuera, ya que fue tan poco socorrido el que escribió para los que estaban adentro al favor de las murallas. y los peregrinos conservadores dirán a su vez lo que quieren de su muy excelente señor de horca y cuchillo.

Ellos dirán que Su Excelencia el Presidente de la República debe exterminar a los liberales, porque en vez de ser eunucos, son hombres; porque en vez de querer ser lacayos, quieren ser dueños de la casa; y que en lugar de ir contra la independencia, pugnan por afirmarla en esta tierra. y le dirán la feliz nueva de que han establecido una inquisición, en la cual se arden sin piedad a Víctor Hugo, a Alejandro Dumas, a Balzac, etc., no con el ánimo de quedarse allí solamente, pues para consolidar la fe es bueno asar en el horno las cabezas de los pensadores, para que no den así las lujosas ideas, del mismo modo que cociendo el trigo no vuelve a dar espigas vistosas, que hacen olas de oro y plata cuando las agita el viento y el buen sol las arropa.

El señor Núñez, si a tanto se atreve, pasará revista a los que la felicitan por volver a la altiplanicie, donde antes solía posarse algunas veces el águila y hace años se comen las

frutas los míseros murciélagos, asalariados de la noche. Entonces no contará ninguno de menos entre los suyos; allí estarán los que se han vendido y él ha comprado; los que se han dado de balde por una mirada de misericordia; los que ha mantenido y desprecia: los que lo odian y lo halagan: los especuladores en el agio y los especuladores en la iglesia: los que hicieron fortuna en un día y los que la hicieron en una hora; en fin, la turba que cae, no como el granizo que se parece a los diamantes, sino como las langostas y las ranas, que son siluetas de espectros.

Y no estarán los liberales que en otro tiempo le decían: ¡Bienvenido! Si él viene sañudo, envenenado por los conservadores, que usan desde el narcótico hasta el agua Tofana, se envolverán en el infortunio para esperar otra cosa, no desalentados, sino altivos. Ellos no maldecirán al cielo, que está vacío, sino ala tierra, que está poblada de monstruos. E impasibles otra vez en su desgracia, dirán a los conservadores:

¡ Id a encontrar a vuestro amo!

NARCISO GONZALEZ LINEROS

A este senador se le conoce en su estilo, sin hojear los números de La Reforma, y se le descubre como orador sin ir a las tribunas del Senado: basta preguntar por la calle de Florián, seguirla hacia el Norte, y pararse en la esquina frente al almacén número 48. Allí, detrás del mostrador, sobre el cual hay rollos de papel para las paredes, se ve un escritorio antiguo y una silla en frente: sobre las tablas del escritorio hay periódicos, manuscritos diseminados y sobre la silla está un hombre al cual no podréis distinguir al principio, porque la tienda es muy oscura y un ala de su puerta se mantiene casi siempre entornada. Entrad si os place, y mientras él os vende el último número de La Reforma, que habéis oído anunciar

a gritos por los gamines -con el estribillo invariable: "La Reforma número tal; ha salido este buen periódico noticioso y no vale sino cinco centavos, etc."- podreis examinarlo a vuestro gusto. Es un hombre maduro: de estatura mediana, de cuerpo ancho, de rostro lleno. con barba blanca recortada, que sirve de marco al cutis de los pómulos y de la nariz rojo-desvanecido con el brillo del tafilete; abajo de la frente, que es ancha, unos anteojos de vidrios gruesos; la cabeza calva, hasta la parte posterior, de donde se desprenden algunos haces de pelo blanco y negro, pero descuidados, semejantes a la cola de un ave muerta. y si no quereis ir ala tienda número 48, paraos en las Galerías de la plaza de la Constitución, y lo vereis seguir hacia el barrio de Santa Clara, con paso largo y medido, siempre con un sobretodo abotonado y largo, con un cigarro en la boca, un paraguas debajo del brazo y en la mano izquierda una llave y papeles. A nadie mira, a nadie saluda: los anteojos van hacia delante y él parece que sigue a los anteojos.

Tiene la misma fisonomía en sus artículos y en sus discursos. En la prensa parece lleno de una gran convicción. Se la niegan algunos, pero a nuestros ojos aparece clara cuando lo vemos seguir inflexible una línea que él se ha propuesto continuar hasta el fin. Yerra muchas veces, pero muchas veces acierta, y cuando discurre, aunque lo haga sin fundamento, cierta tenacidad sincera lo releva de la ofuscación repugnante. En su periódico levanta una especie de soberanía adusta. El juzga por su propia cuenta, y condena y absuelve como le parece. Carece de la ternura pública, porque hasta sus agasajos revisten en lo escrito una forma dura, Tiene, sin embargo, debilidades cariñosas, como por ejemplo con el eximio Salvador Camacho Roldán, y las tuvo con el Presidente Zaldúa, aunque un poco menos espontáneas. Su inteligencia es ilustrada y tas, porque en muchos de sus razonamientos sigue con seguridad un procedimiento aritmético.

Habla como es y como escribe. Mientras los demás senadores discuten, González Lineros se mantiene con la cabeza echada para atrás, en la mano un lápiz que de cuando en cuando lleva sobre una hoja de papel que tiene sobre el pupitre. Es la crónica que escribe para La Reforma, sobre el giro de los negocios del Senado. Si le toca el momento de terciar en la discusión, se para y se mantiene frío y áspero como un risco. Aparece como dictando un editorial para La Reforma.

Una antipatía profunda por el partido conservador mantiene a Narciso González Lineros en un terreno liberal visible en la prensa, y atrayente. Se puede asegurar hoy que él no haría un viaje en jovial compañía con los conservadores ni aun siquiera alrededor de su cuarto. (La Actualidad, 1884).

¡VEN A TU PATRIA!

"La Cámara de Representantes declara que el señor Francisco de P. Matéus no tiene la confianza de los representantes del pueblo colombiano, y en consecuencia desea que el Poder Ejecutivo retire al señor : Matéus las credenciales que lo habilitan como Ministro de la República en Francia, y por cablegrama las instrucciones que tenga para la gestión de los negocios fiscales.

"Comuníquese al honorable Senado de Plenipotenciarios, al Poder Ejecutivo y publíquese en hoja volante".

(Proposición aprobada por la Cámara de Representantes el 19 de Marzo).

* * *

Los que vimos con rabia al señor Francisco de P, Matéus influir en el Senado de 1882 porque se acusara a los miembros de la Administración Zaldúa -Samper y Borrero- por malversación de los caudales de la República, experimentamos hoy cierta curiosidad cuando es el señor Matéus el acusado de delito infamante de robo. Los jueces, pues, del doctor Zaldúa, no son tan puros como se les hacía aparecer en el Congreso que se llamó admirable, tal vez en aterción a que ,admiraba por su injusticia y su parcialidad, El señor Matéus contribuyó, como el que más, para que el doctor Zaldúa no pudiera salir a reponer su salud quebrantada, en mejor clima; esto lo hacía en nombre de la moralidad política y por honra de la República; es hoy a él a quien, en vindicación de la República y de la moral del país, se le hace abandonar el bello clima de la zona templada, donde no tenía que sanar de ningún mal, sino satisfacer las necesidades del viajero con el dinero de los colombianos. Zaldúa murió, porque el Congreso hizo lo posible para ello; los actuales miembros de las Cámaras no lograrán, seguramente, con la remoción del señor Matéus, ni que él se mate, ni que él se muera.

Si para remover al señor Matéus faltaran razones de decoro, sobrarían las de interés público, Se le podría remover, verbigracia, porque es inhábil para la alta categoría de Ministro.

El, como muchos personajes de los que aquí hacen ruido, son gentes ignorantes que tienen solamente la astucia de las zorras y el brillo efímero de las hojas en combustión. Pueden poner tormento en las parroquias, como los alcaldes a la antigua y los clérigos huraños; pueden zurcir una intriga, de uno a otro de los bancos de las Legislaturas, y sorprender con una celada de bolas negras a una idea o a un personaje; pueden dar y quitar destinos, pero jamás lograrán realzar las relaciones exteriores de la República; y fuera del circuito en que ellos, los enanos, son gigantes de barro, se encontrarán minados por su

base, la cabeza les zumbará con el vértigo de una grande altura, y en presencia de una alta dignidad de Europa, bozales, porque no saben ni francés, ni inglés, ni alemán, ni aun siquiera castellano; -en el Elíseo, por ejemplo, bajarán los ojos y moverán el sombrero entre las manos con el encogimiento de los visitantes de pueblo-. El señor Matéus delante de M. Grévy no será la orgullosa figura que tanto miedo ha puesto a los políticos en muchas ocasiones, sino un gañán asustadizo que por primera vez requiebra a una moza de calidad en el villorrio.

El señor Matéus se fue con un Robertson francés en la cubierta del vapor, y al presente apenas sabrá , decir a las muchachas de los boulevares:

-J'ai l'honneur de vous saluer, madame.

A duras penas podrá volver a su casa cuando se halle lejos, porque le costará trabajo llamar la atención de los cocheros.

Pero la Cámara, como se ha visto, declara "que el señor Francisco de P. Matéus no tiene la confianza de los colombianos", que es más que no saber francés ni castellano; y desea que "el Poder Ejecutivo retire al señor Matéus las credenciales", que ya es más que retirarle la confianza, y que, "por cablegrama", se le retiren "las instrucciones que tenga, para la gestión de los negocios fiscales", que es, sencillamente, declararlo sospechoso; decimos poco, peligroso; aún nos falta: delincuente. En la discusión de la Cámara se aplicaron todos los adjetivos propios a la conducta del señor Matéus, y un representante -el General Briceño- que sus razones tendrá, dijo con la mayor frescura:

- " Al señor Matéus es bien fácil que no sólo haya que removerlo sino que se le de orden de venir inmediatamente a ponerse a la disposición de los jueces de Colombia, No sólo creo, agregó, que hay estafa, sino robo".

Este representante hace parte, es Presidente, de la Comisión de Infracción de Constitución y Leyes.

A Europa llevarán nuestros periódicos la nueva tan brusca de que un Ministro americano está sindicado de delitos comunes, y que su país, para cumplir con los deberes de amistad internacional, lo denuncia ala Policía de París mientras puede hacerlo coger de la Policía de Colombia. Hace poco tiempo que el Parlamento italiano despidió de su seno y puso a disposición de los Tribunales a un diputado que tenía la costumbre de tomar para su uso los pañuelos y los relojes de sus colegas; los parisienses, que son tan amigos del escándalo y de las emociones judiciales, es bien posible que confundan maliciosamente la conducta de nuestro Ministro con la del miembro del Parlamento de Italia. Puede llegar el descaro de los escritores del Vaudeville hasta exhibir en el último acto de alguna de sus piezas picantes a un individuo con credenciales de Ministro a quien la Policía sorprende con una orden de prisión.

-Soy inmune (dirá él en mal francés); soy Ministro de Colombia.

-Usted lo ha dicho y ,eso nos basta; es al Ministro de Colombia a quien buscamos.

La resolución de la Cámara de Representantes va a contribuir, seguramente, a la intranquilidad de nuestros compatriotas en Francia. Es muy justo que las autoridades de esa República crean sospechosos a nuestros simples conciudadanos, cuando desde aquí mostramos tan sospechosos a nuestros Ministros. Pero en desquite servirá esa resolución para empujar, por la puerta que se ha abierto y que conduce al Panóptico, al grupo altanero de políticos que por su identidad con Matéus podrían usar su casaca y sus pantalones. Si la justicia se hace completa, los viajeros podrán conocer a las terceras partes de los políticos recientes en los cocredores de la penitenciaría.

Post Scriptum.- El Senado resolvió confirmar el auto de prisión decretado por la Cámara -que no es otra cosa- y el señor Matéus, en consecuencia, si prefiere nuestras cárceles a Mazas, debe dejar la hermosa ciudad de París.

(La Actualidad, 1884)

EL CONGRESO DEL 82

Golpes de vista

La Cámara

La Cámara de representantes, que queda en la parte alta del Capitolio, está ahora como la cima de los montes. Allí la proposición que aprueba la conducta, del Presidente pasó, sin que una voz se alzara de protesta. Eso pudo ser un plan de la minoría, pero no fue del agrado de los liberales. Los partidos exigen a sus hombres entereza, y aun temeridad cuando la entereza no basta.

El señor José María Samper ha presentado la mayor parte de los proyectos que cursan. El antiguo revolucionario está con las alas rotas; y cuando quiere elevarse apenas logra azotar el suelo. Su voz ha perdido las inflexiones variadas y finas que hacen la mitad del orador, y su acción es brusca y fuerte como la de los labriegos al blandir el hacha. Una hora emplea en cada discurso, en meditar sobre los, muertos, es decir, sobre sus antiguas ideas. y se debate en vano por colocarlas de nuevo, en armonía, cerca de las ideas conservadoras de sus últimos años. Lástima inspira este hombre que tambalea, y de aquí que en la Cámara se le replique con cierta benevolencia. Su cortendor natural es el señor Antonio José Restrepo, reo presentante por el Estado de Antioquia, joven librepensador, de altas dotes;

pero que en asuntos de nuñismo tiene demasiadas similitudes con el representante de Cundinamarca. Restrepo ha nacido a la vida parlamentaria ahora. Sensualista y utilitarista, él representa, en las Cámaras, la corriente irresistible de la generación liberal que han formado Ezequiel Rojas, José M. Rojas Garrido, Francisco E. Alvarez y Ramón Gómez. ¡ En maldita hora esa noble figura liberal tiene los grillos del nuñismo!

El Senado

La animación de este gran cuerpo de la República, en los últimos días, ha sido excepcional. A pesar de las instrucciones del Reglamento, fraguadas ad hoc; a pesar de la Guardia colombiana, que llega siempre media hora antes del debate y hace sonar las culatas de sus fusiles en las galerías del Capitolio; no obstante el Presidente, cobarde advenedizo de la política; no obstante todo, las tribunas del Senado han estado llenas de ciudadanos, entre los cuales se cuenta lo más granado del liberalismo, lo más alto del talento, lo más respetable del comercio y lo más fervoroso de la juventud.

Las curules están ocupadas, unas por los senadores, otras por los representantes y algunas por miembros del Cuerpo diplomático. Frecuentemente vienen a las deliberaciones los señores Ministros de España y de Chile; a veces el de la República Argentina y el de Venezuela.

El señor doctor Francisco E. Alvarez y el señor Ricardo Becerra son los paladines. De cuando en cuando algún otro senador entra en la lid, pero como provisionalmente, y se retiran sin haber agitado siquiera los espíritus más susceptibles. Se dan, en el debate, algo así como un súbito baño de inmersión. No podemos decir esto del General Julián Trujillo, que estuvo elocuente e inspirado en el discurso que pronunció como réplica al senador Becerra. Se reconoce en él, sin trabajo, al bravo lidiador de 1876 y 1877.

Alvarez es el acusador de la administración Núñez. Su porte es varonil, su palabra llena, contundente y fácil. Son sus discursos sin ropaje fútil, a manera de estatuas, y sus imágenes, cuando las usa, naturalísimas, tomadas generalmente de hechos ordinarios de la vida. Terrible fulmina sus acusaciones, siempre probadas, y su palabra, sin los resortes de una urbanidad mal entendida, va a herir en el corazón del adversario como un venablo. Todos tiemblan, todos palidecen entonces, y si alguna sonrisa vaga en los labios del enemigo bien se conoce que es la vergüenza que huye.

Ricardo Becerra se bate por la administración. Es alto y gordo, pero sin esas formas llenas y recias que indican una constitución vigorosa. La barba es negra, la frente blanca y ancha, el cabello ligeramente ondulado. Mientras Alvarez habla, él se agita en su sillón, se enrojece, se muerde los labios, arroja sobre la alfombra el pañuelo, provoca conversaciones nerviosas con el vecino, y cuando el senador del Tolima ha terminado, se para de pronto y rompe sus peroraciones con una arrogancia bastarda. Es fácil su palabra, pero insustancial en el fondo. Carece completamente de método lógico. Sin escrúpulo se sitúa en un sofisma y allí alza todo un edificio de argumentos., Hoy dice: "Soy más liberal que los radicales" y mañana: "Nada mejor que vinieran a gobernar los conservadores del 57 con don Mariano Ospina a la cabeza".

El doctor Alvarez habla a veces dos días seguidos y si sus calificativos no cambian, como que tienen que aplicarse a hechos que los reclaman idénticos, sus investigaciones y el campo de su exploración es siempre otro. No sucede esto con Becerra, quien va hoy, y mañana y después por el camino del primer día. Que insulta al doctor Alvarez, como buen argumento para defender al doctor Núñez. Que habla de los robos de fulano para cubrir los robos de Payán. De los próceres para insultar a los liberales, y de sus largos viajes al

Pacífico para probar su grande inteligencia. Le faltan ideas, y las suple con gritos; erudición, y plagia; le faltan hechos meritorios en su vida, y se envuelve en las glorias de los partidos.

* * *

Indigna el espectáculo de un Senado de la República continuamente sojuzgado, o voluntariamente sometido aun Presidente de las condiciones del señor Núñez. Que cedan los hombres a la tiranía del genio, se comprende, porque esa es, en muchos casos, una corriente irresistible, pero aquí donde no la hay, por lo menos en el gobierno, no se explica esa servilidad inusitada.

Por un real se compraba antes un pollo, ahora se compra un senador. y desespera más que todo el que estas ventas no se hagan lejos de las miradas del pueblo y que el documento en que constan no tenga un carácter privado y vergonzante. Con el dedo se señalan los senadores que no se han vendido; unos por un contrato, otros por un grado militar, aquel por una promesa, el otro por una cena en San Carlos, el del más allá por una sonrisa de Núñez... ¡Por una sonrisa de varón!. ..Hace apenas cuatro o cinco días que los senadores del Magdalena atraparon un millón de pesos con el pretexto de un contrato estúpido. Campo Serrano en una indigesta perorata balbució explicaciones ininteligibles y Clemente C. Cayón le ayudaba dando brincos y haciendo corvetas en su rincón, como un mico en su vara. El senador Esguerra no logró con sus razones otra Cosa que recibir insultos del mulato Campo Serrano. Es éste uno de esos bogas sorprendidos como Cayón y Ovalle en las playas del mar, y que tienen tanto sentido como un caracol. Sorprendidos talvez cuando cantaban a todo pecho:

Pedrito Macía, Solita Romá,

El año que viene, se van a casá,

o una de esas tonadas bozales, que ha hecho vivir para siempre el espiritual Candelario Obeso.

-y qué es un millón?, preguntan los nuñistas encogiéndose de hombros.

-Nara, responde Cayón: más son dó millón y con esto creen que han resuelto el punto..

GREGORIO, EPIFANIO y CAMILO

Ayer fui a visitar la tumba de Gregorio Gutiérrez González, al cementerio viejo.

Cuando uno ha leído las poesías de Gregorio, mil veces, como yo, y ha meditado en cada línea, y se ha embebido, por así decirlo, en el espíritu del poeta, no debía sentir una impresión de extraño dolor al visitar su tumba; porque en cada uno de sus versos está el pensamiento de la muerte, y sobre todos vaga, melancólica y pertinaz, la sombra del sepulcro..

El genio busca siempre lo desconocido, y esto podría explicar esa idea fija de morir, en Gregorio, si antes accidentes de la vida y su profunda fe religiosa, no lo hicieran completamente. y ahora que de fe religiosa hablo, creo que el exceso de misticismo perjudica mucho sus versos. La religión será buena para tenerla -si se quiere- pero para cantarla es detestable.

Pensaba mientras hacía el camino del panteón en las peripecias de la vida del dulce bardo. Yo conocía la casita blanca, que aparece como un jirón de nube de verano en la montaña. Allí había pasado Gregorio los primeros años felices, sin inquietarse por el porvenir, en el descuido tranquilo del hijo del campo:

" Allí a la sombra de esos verdes bosques

Correr los años de mi infancia vi;

Los poblé de ilusiones cuando joven,

y cerca de ellos aspiré a morir".

De la casa paterna de Aures al cementerio de Medellín, ¡ cuánto había sufrido ese corazón lleno de ternura! El amor, la gloria, la familia, la Patria, todo lo había preocupado; y las pasiones, levadura de las grandes almas, lo habían sacudido con terrible violencia.

Un amigo me guiaba en esta peregrinación triste y llena de interés. Cuando llegamos al cementerio eran las seis de la tarde. El sepulturero nos abrió la ancha puerta y nosotros penetramos mudos al solitario recinto.

Yo buscaba ansioso con los ojos el sepulcro del poeta. Creía encontrarlo en un lugar silencioso y retirado' bajo tupidas batatillas ya la sombra de erguidas matas de maíz.

Sin darme cuenta había caminado mucho por entre humildes cruces y soberbias tumbas, cuando mi amigo me dijo:

-¡Aquí es!

-¿Aquí es?

El extendió la mano y en esa dirección, leí entrelazadas a una lira, estas letras: G. G. G.

Es la tumba de Gregorio, una humilde bóveda común. Allí ni una corona, ni una flor. Apenas si un poeta desgraciado como él, Guillenno Pereira Gamba, puesta una rodilla en tierra, y con los ojos arrasados en lágrimas, escribió en ella este epitafio que la intemperie casi ha borrado:

*"Luz de mi patria, vate sin segundo,
Aquí Gregorio el inmortal reposa:
Paz y descanso bríndale esta losa,
Palmas el cielo, admiración el mundo".*

* * *

En días pasados conocí a Epifanio Mejía, a quien usted y yo hemos admirado juntos tantas veces.

¡Está en el asilo de locos!

Es de fisonomía dulce e inteligente: larga barba rubia, ojos grandes, frente ancha y levantada.

Cuando lo vi estaba sentado sobre una piedra tosca bajo un coposo jazmín. Yo me llegué a él sin que lo notara y oí que silbaba algo muy triste y desordenado.

Cuando me descubrió se vino hacia mí, y mirándome fijamente me preguntó:

-¿Quién es usted?

-Soy un amigo de sus versos, le respondí.

-Versos... versos..., murmuró por lo bajo.

-¿y usted la conoce?, me preguntó de nuevo.

-Sí, le contesté al acaso.

i Ah, es bella, linda, yo quiero verla!

Luego se retiró cantando a media voz algo que yo no entendí.

El que lo cuida me dijo que de continuo recitaba esta seguidilla de una composición a sus amigos:

'Serenas son mis tardes

Con arreboles;

Cargadas de silencio

Pasan mis noches;

y mis mañanas,

Bulliciosas y alegres

Llegan a casa".

¡ Pobre loco! ¡ y son sus tardes tristes, y sus noches abrumadoras, y no tiene mañana su alma!

Nadie sabe, con seguridad, la causa de la locura de Epifanio, aunque todos la explican de diversa manera.

La que corre como más válida es un cuento a manera de historia de aparecidos.

Epifanio vivía en una montaña, a alguna distancia de Yarumal. Allí tenía un campo llamado Caunce. Es este lugar pintoresco, con pequeños valles, altas montañas y se vas centenarias.

Gustaba Epifanio bajar, por la tarde, cuando el sol se ponía, a la orilla de un río que por entre peñascos viene desde la cumbre del cerro. Allí, al pie de un sietecuecos florecido, sentado sobre las hojas secas, leía la Biblia o dejaba vagar la mirada sobre las espumas que se perdían en la corriente.

Cuando la noche venía, él cerraba el libro misterioso y con las manos en las mejillas y los ojos apenas abiertos, permanecía largas horas callado, como atento al menor ruido de la floresta y de las aguas.

Luego subía una pequeña eminencia donde estaba su casita y allí trasladaba al papel las inspiraciones de la soledad: una vez era La historia de una tórtola, otra La muerte del

novillo, otra La hojas de mi selva; ya un canto bíblico, como La paloma del arca, ya una escena de su poema La Amelia, pero siempre alguna cosa nueva traía esa pitonisa de las montañas.

Una noche llegó más tarde que las otras y todo tembloroso y sobresaltado. La familia le hizo mil preguntas ya ninguna quiso responder. A la siguiente se demoró aún más; y así fue aumentando por horas, hasta que ya no regresaba sino a la media noche. Como un espíritu del amanecer, cruzaba la vega y las colinas desiertas.

Un día, uno de los miembros de su familia lo siguió al lugar acostumbrado. Epifanio estaba silencioso; así pasaron muchas horas. Cuando la sombra era completa llegó a la orilla del río, en donde se formaba un pequeño remanso, y jugando con las espumas, como con rizos de su amada, les dirigía tiernas palabras de amor a las ondas. Comprendieron entonces que estaba loco, y lo trajeron al asilo de Medellín.

Los campesinos, que lo aman mucho, dicen que una sirena lo hechizó en el río Cauca.

* * *

En la semana pasada tuve unos momentos agradables. Había ido a conocer un pueblo que se llama Itagüí, en las cercanías de esta ciudad, y en una de las ventas del camino me encontré con el doctor Camilo Antonio Echeverri.

Está el histórico tuerto muy conservado todavía, a pesar de sus cincuenta y pico de años, y como en sus días más brillantes, es ahora de variada su conversación y de lúcido su talento.

Tiene concluída una gran obra sobre Moral, en la cual lleva a sus últimas conclusiones la teoría que ha sostenido de mucho tiempo atrás, a saber: que nada hay bueno ni malo en sí, que la moral cambia. Además, varios trabajos sobre ciencias naturales, que son, en

concepto de personas idóneas, de primer orden, y muchas curiosidades literarias. No se puede decir, pues, de Echeverri, que sea una inteligencia destronada. ..

Un poeta amigo nuestro, que acaba de llegar de Medellín, visitó a Camilo A. Echeverri cuatro días antes de su muerte. Vivía el ilustre escritor en las cercanías de la capital, en una granja pintoresca del sur. Esos parajes son encantadores; la vega

"Que moja al pasar

la onda revuelta

del manso Aburrá",

vallecito dorado por un sol caliente; perfumado y florecido como la cabellera de una novia campesina; lleno de trecho en trecho de cortijos atractivos y aquí y allá de pueblos coquetos, como Envigado, que se están mirando en el río y le hacen un melindre de niñas, desde sus oteros, a la buena lozana villa de la Candelaria, que bota en el fondo del valle, sobre el azul, sus cúpulas y sus torres. Desilusionado de las agitaciones de la corte; huraño en medio de una época bulliciosa; odiando las costumbres mercantiles de los antioqueños de Medellín; con muchos sufrimientos, supuestos o reales, Echeverri había buscado en medio de la naturaleza, si no el descanso, el abandono; si no el espectáculo agradable, al menos la ausencia del espectáculo repugnante. Ultimamente aparentaba ser un extravagante; pero cuidaba de confirmar este juicio, porque podríais confundir el hastío con la desgracia. Fue en su quinta de "El Guayabal" donde nuestro amigo lo encontró al caer de la tarde, un día del mes pasado. Necesitaron el visitante y sus compañeros anunciarse varias veces, para que el dueño de la casa les saliera al encuentro. A Echeverri le disgustaban, como que son una impertinencia, las visitas de extraños; pero cuando tocaba una mano amiga a sus puertas, en

el y; momento aparecía sobre el umbral su figura imborrable, mezcla de todas las fealdades y las armonías que hacen interesante el rostro de los que no son buenos mozos. Se mostró placentero y jovial; vestido de campesino antioqueño, rectamente sobre los pies y con la frente descubierta, que muchas veces se había alzado sobre el tumulto como una roca de color rojo, y que ahora estaba pálida con el sello de la muerte. Un apretón de manos, y Echeverri los condujo a su cuarto de estudios, donde pudieron considerarlo atentamente. Por más que uno haya visto a un grande hombre, lo mirará otra vez con insistencia, porque los mejores recuerdos de los tiempos viejos, los más orgullosos son los que traen a la memoria la imagen y derraman en el oído el acento de los hombres ilustres que han muerto.

Camilo A. Echeverri tenía sesenta años; lo había envejecido pero no doblado la edad. Su cabeza no tenía pelo, y ya dijimos que su frente estaba pálida; en su rostro enjuto y rasurado, sólo rastreaba un pobre bigote duro y unas cuantas hebras en el extremo de la barba; dominábalo una nariz correcta, y se destacaban allí, en el rostro, el ojo derecho brillante y el izquierdo blanco y dormido en profunda noche. Su voz, naturalmente áspera, tenía entonces inflexiones más duras, que dado el aspecto de Camilo en sus momentos de cólera, se diría que su acento salía de una caverna.

-Bien venidos, señores, dijo a los recién llegados. Voy a presentarles a mis muchachos.

E hizo salir en el acto a sus queridos niños que con Marina su esposa, constituyeron en los últimos años el refugio de sus tribulaciones.

Echeverri ya era hombre reposado de hogar; no tenía más mundo a sus ojos que su casa; lo que se pondrá en duda por los que lo conocieron turbulento, con las velas desplegadas a todas las ráfagas, con el ojo puesto a todos los amores. con el corazón listo para todas las pasiones.

*“Alma fiera e insolente,
Irreligioso y valiente”.*

Lo que no es recordar cosa que ofenda su gloria, pues casualmente las pasiones le dieron una actividad

extraordinaria a su entendimiento, que no se quedó reposado bajo la copa del sombrero como los de esos que no dan susto a una niña, pero que no llevan al concierto del mundo una nota vibrante. Amamos las pasiones fuertes como indispensables, tan indispensables al hombre para el estímulo, como el vapor a las máquinas para el movimiento; y no las confundimos con el delito. Conviene decir que Echeverri no hizo nunca el mal.

Allí en esa casa campestre vivía con su familia, de modesta estirpe, entregado a los trabajos del campo, o a la meditación y al estudio en ese cuarto en que habían sido introducidos los viajeros al caer de la tarde. Sólo al girar la vista por los estantes, por los bancos de madera, por el suelo, sobre las mesas, se descubría que era la estancia de un espíritu inquieto, desordenado y febricitante; alturas de periódicos y de folletos, libros abiertos, rimeros de volúmenes, hojas de papel escritas y dispersas, manuscritos legajados; reverberos, retortas, minerales, armas, instrumentos de labranza.. Señalaba todo eso las múltiples ocupaciones, los distintos deseos, en fin, la fiebre del trabajo.

Nuestro amigo el poeta nos decía:

-Aquel cuarto se semejaba del Dr. Fausto.

Echeverri no se contentaba jamás con las sentencias o los descubrimientos de los otros; tenía vanidad en ser revelador y descubridor. A los libros sobre arte les pedía cuenta de su manera de apreciar la bella naturaleza mirándola él, a su turno, con una especie de sagrado culto panteísta, como por ver si a esa maga que él tanto quería, se le añadían o se le

quitaban atributos; a las obras de ciencia las dejaba decir, pero se encargaba hasta donde era posible, de rectificar sus aseveraciones con experimentos hechos por él mismo. Lo propio para él eran las ciencias intelectuales y políticas; idéntica cosa la historia: las estudiaba, mas las sometía al ensayo, porque, cerebro sumamente investigador, se complacía orgulloso en no pasar dócilmente, con el sombrero en la mano, bajo los arcos consentidos del triunfo.

Ya pocas personas en este país ya muy pocas, les fue dado en América Latina hacer cosa igual, porque para ello era preciso un entendimiento que pudiera adquirir los mayores y suficientes conocimientos para llenar esa gran capacidad.

Echeverri tuvo el gaje natural del talento y la facilidad de adquirir, por la abundancia de recursos y de cuidados, una gran suma de sabiduría. No la empalagosa y estrecha que podemos llamar supuración del cerebro, por cuanto nace de la tortura, sino esa otra que al cerebro alivia, porque lo alza a aires más livianos, como a remolque de globos aerostáticos; la distancia que hay entre los conocimientos que se adhieren a uno por la fuerza, como la marca a la res, y los que se reciben libremente como un don de venturanza. Dogma y libre examen: lo hemos dicho.

Se educó en Colombia y en el extranjero, sin pensar en los claustros en otra cosa que en el estudio, lo cual le formó un hábito para siempre. Sus estudios fueron una creciente, una magna avenida que no lo ahogó, porque su cabeza tenía suficiente cauce, y que no lo esterilizó, porque él filtraba las aguas para no quedar abrumado de sedimentos. Debiera ser imitado por más de un académico de aquí, seguramente sabio, pero de sabiduría al revés. ;"

En el cuarto de estudios de Echeverri estuvieron los recién llegados más de dos horas, durante las cuales él les leyó páginas recientes y páginas de otros días. Era indudable que ya no conservaba el estro, la poderosa palabra de la edad viril; mas como en la casa de los

ricos en decadencia, siempre había allí una primorosa joya de oro, un viejo camafeo, una partitura de maestro, un eco perdido del violín de Paganini. Pedirle al cerebro que resista a los años ya la vida agitada es querer que el tiempo retroceda y que la tempestad recoja sus rayos sueltos.

Enternecidos el poeta y sus compañeros, estrecharon aquella mano llena de fiebre.

-¡Adiós!, le dijeron ellos... para vivir.

-¡Adiós!, les respondió Camilo. ...para morir bien pronto.

Cuatro días después, a nuestro amigo le tocó concurrir al cementerio detrás de un carro que llevaba un ataúd. Diez y seis personas, a lo sumo, lo seguían la frente inclinada, los labios mudos, los ojos puestos sobre las ruedas que balanceaban el féretro. Era Viernes Santo y una gran multitud seguía otras cosas... que morirán también.

Cuando se abrió la tapa del ataúd y el grosero proveedor de los gusanos acercó su caja con cal viva, el que por encima del hombro del sepulturero hubiera mirado al fondo de las tablas negras habría visto allí a Camilo A. Echeverri tendido, rígido, mas en ademán bravo, como quien todavía resiste; la mano caída a lo largo y el puño cerrado como cuando arengaba al pueblo. Y ese que lo hubiera visto así, lo habría visto por última vez.

Alguno con la mano agitada, escribió en la cal blanda: C. A. E.

EL SUICIDIO DE CAMILO A. ECHEVERRI

Nota.- El popular Rito, de quien fuimos mandaderos -a mucha honra- allá en nuestras mocedades y en nuestra cara tierra sonsonesa, en su libro titulado "sobre el Yunque", tuvo el propósito de recoger allí todos los escritos de Juancho Uribe, ya que lo llamó "obra

completa", pero no tradujo a la realidad ese pensamiento, pues prescindió, entre otros, hasta del prólogo con que Uribe exornara sus propias producciones poéticas. El viejo marrullero, decimos, al insertar en aquella obra los dos artículos que siguen, apenas insinúa que ambos salieron de la pluma del Indio. En qué circunstancias? Va el lector a saberlo, pero antes debe percatarse éste de que nuestro conterráneo Uribe admiraba al Tuerto Echeverri, a quien conoció en Medellín después de la guerra del 76, rindiéndole tal pleitesia que en cuanto escribió de allí en adelante se refleja la fascinación que sobre su espíritu ejerce aquel talento multiforme. Para comprobar este aserto, basta examinar la correspondencia que dirigía a "La Balanza", lo pertinente del Prólogo a los Tipos de Bogotá, de Pacho Carrasquilla, escrito diez años más tarde, y el obituario a la muerte "irrevocable" de Echeverri, en 1888.

* * *

Juancho Uribe sostuvo ante varios amigos, tan admiradores como él del Tuerto insigne, que el estilo de éste era incomparable, pero no inimitable. Chocaron los comentarios, y, una vez divididas las opiniones, la discusión paró en lo que es común en tales casos: dirimirla por medio de una apuesta. Uribe, impertérrito, apostó que demostraría de modo fehaciente que había quién imitara a perfección a su compatriota el Tuerto, en tanto que sus contrincantes sostuvieron la tesis contraria.

Días después, apareció en "La Batalla" (de cuyo primer número, correspondiente a octubre 3 de 1882 lo hemos transcrito textualmente) este artículo en que se da cuenta del suicidio de Echeverri, ocurrido en Medellín el 18 de septiembre anterior, suceso que por la magnitud del personaje así como por los toques de realismo con que fue revestido, caló en el público con la pesantez de lo fatalmente irremediable. Tal artículo del Indio, quien más adelante, en el número 5 de su citada hoja periódica, con un viraje genial de su talento respondió por Echeverri, usando exactamente la forma de éste, con sus peculiares atributos

y achacando a una ingente falsedad su voluntario retiro del mundo. Puso Uribe en la pluma de Echeverri imágenes tan relampagueantes, períodos tan estupendos y originalidad tan suma en la expresión del sentimiento vindicativo y cardinal que inspira la respuesta, que todo el mundo vio tras ella la mano temblorosa pero implacable del gran Tuerto.

No había tal. El talento del Indio fue el creador magnífico de ambas piezas, que no tienen par en nuestros fastos literarios. El mismísimo Tuerto no hubiera escrito esa respuesta remontándose con tanta originalidad y vehemencia, porque para esos vuelos requería se un alto voltaje intelectual, menguado ya en las alas del viejo luchador.

Despejada la incógnita, quedó para los contertulios de Uribe el pago de la caja de brandy materia de la apuesta; para el Tuerto un gesto de protesta que más tarde suavizó en carta cariñosa dirigida a Uribe desde el ocaso de su gloria, absolviéndolo tácitamente por su chuscada funeraria, y para el Indio materia prima con qué irisar la efervescencia bullente en su cerebro como un licor capitoso. La apuesta referida dejaba también su mejor lote a favor de la literatura nacional, representada en este par de piezas incomparables.

Benigno A. Gutiérrez.

* * *

La Estrella de Panamá estaba mal informada cuando, a última hora, dio cuenta de este acontecimiento infausto, como proveniente de un pistoletazo. La muerte de Echeverri fue producida por envenenamiento voluntario.

La escena final del drama complicado que forma la vida de Echeverri sella con extrema originalidad una larga historia, toda llena de peripecias y excentricidades. Nuestros lectores agradecerán un relato somero de la triste nueva.

El domingo, 17 de septiembre, por la tarde, recibió Federico Jaramillo Córdoba una carta que en la cubierta tenía, además de la dirección, esta palabra: Urgente. El poeta rasgó el sobre con curiosidad y leyó:

"Federico:

"Te intereso. Me lo has probado.

"Aburrido, quiero darle la espalda al mundo.

"Es una hora grave esta en que quiero cerrar para siempre mi ojo único. Ven pronto a hacerle antesala a mi soledad ya mover tu pañuelo de despedida cuando yo empuñe los remos de lo desconocido.

" Además, el rato será agradable.

C. A. E."

Federico pidió su caballo, y sin demora partió a galope para El Guayabal. Queda este caserío a media legua de Medellín, hacia el suroeste, y era la habitual residencia de Echeverri. Días agradables pasó allí con Marina, su esposa, y Bermúdez, su hijo querido. Al doctor Manuel Uribe Angel le decía, pocos días hace, mostrándole la campiña verde:

"Manuel: la naturaleza me ha vuelto ven. Marina y mi hijo me volverán poeta.

En menos de un cuarto de hora Federico estuvo en El Guayabal. Gruesas gotas de sudor caían de los flancos del caballo. Aquel Antar que conocemos todos sus amigos y del cual ha dicho Jaramillo con mucho ingenio: "Es tan bueno mi alazán, que merece que lo hubiera fusilado Mosquera".

Camilo Antonio lo aguardaba en la puerta. A la derecha, Marina, con su hermoso rostro de líneas seguras y suaves, severa y bondadosa, inteligente y cándida.

"Entre almera y entre torcaz"

como dijo de ella Epifanio Mejía, el pobre poeta loco; y enfrente, jugando con las piernas de su padre, Bermúdez, el chiquillo travieso pero serio, que ríe como Echeverri, más con una contracción nerviosa que con espontánea alegría, porque Camilo Antonio al reír recuerda el rictus que De Maistre encuentra en Voltaire, y ríe bien poco porque su alma ha estado bafiada siempre de una atmósfera de tristeza combativa.

Jaramillo se desmontó listo y presto, saludó a Marina, hizo una caricia al niño, y volviéndose a Camilo, después de apretarle la huesosa mano como otras veces, le dijo: r

-Tendremos un buen día hoy, ¿no es así?

-Sin duda, respondió Echeverri. Ferialia! (Día de difuntos).

Federico miró a Camilo de pies a cabeza. Comprendió algo más la carta de su amigo, y como allí estaba Marina, usó de la misma precaución y le preguntó en latín:

-¿In quas angustias adducti sumus? (¿A qué extremo hemos llegado?)

Lentamente contestó Echeverri:

-Non longe dies ille abest, qui mihi vitam finest. (Cerca estoy ya de la muerte) .

Era preciso más explicaciones, y Echeverri entró a su escritorio seguido de Federico. Una vez adentro, dio vuleta a la llave de la cerradura, y los dos se instalaron cómodamente en sabrosos sillones cerca a la mesa de escribir, sobre la cual había, en unión de muchos manuscritos legajados, dos grandes botellas de Vermouth y dos copas anchas y brillantes.

-No comprendo lo que pasa, Camilo, dijo Federico.

-Lo sabrás en breve. Oye: he resuelto acabar. Estoy viejo, y me falta el brío, que ha sido mi fuerza. Soy un granadero ametrallado. La vida en esta miserable sociedad tiene todos los desencantos y ni una cuerda sonora. Marina, es verdad, me cubre como un ramaje, pero la pobre deja penetrar a veces los rayos del sol canicular. Mi niño, es cierto que engalana mi

vida, como esos querubines esculpidos en los arcos de las viejas catedrales, pero lo he de dejar mañana... que lo deje hoy!

Jaramillo iba a replicar atónito.

-No me observes nada. Es resolución definitiva. Y, por otra parte, tú pensarás que hago bien cuando te diga esto otro. Acércate.

El poeta se acercó.

-Más todavía.

Cuando estuvieron cabeza con cabeza, Echeverri le, dijo unas pocas palabras que, seguramente, produjeron; en Jaramillo un gran efecto, porque 'se irguió, y con resolución y en alto, le dijo:

-Bien, Camilo. Eres un hombre honrado. Si así crees cumplir tu deber, vé hasta el fin!

-Gracias, mi buen amigo. Eso esperaba de tí, y por eso te he llamado. Ahora, encárgate de los pobres hijos de mi inteligencia. Aquí tienes -dijo, tomando los manuscritos-, aquí tienes esta obra: es fruto de largos años de vigilia; cuida de que se publique con esmero. Jaramillo leyó el título: La riqueza mineral de Colombia. -Toma esto. En la primera hoja tenía escrito: Cuadros al natural. Sucesivamente le entregó: Los hombres públicos, Mis confesiones, Teodicea, Jorge Robledo (drama), Un bastión de la Historia (estudio sobre Lord Macaulay), Los cuatro vientos del espíritu (traducción de Víctor Hugo), Contradicciones morales, etc., etc.

El Vermouth había pasado de los vasos al estómago de los dos personajes. Un par más de botellas del rosado vino siguieron a las primeras, y les cupo la misma suerte. A las cinco, un criado les anunció que la comida estaba en la mesa.

En el comedor reinó el contento propio de los hombres de mundo. Terminó la comida cuando la noche empezaba, a oscurecer la sierra y el valle.

Los dos miraban perderse en el confín las últimas claridades.

Jaramillo tomó un lápiz y escribió en una hoja de papel:

"Tiende la sombra el ala cariñosa

Sobre la humilde choza,

y alivia al labrador de su tarea.

i La muerte, que es la noche de la vida,

Cure tu honda herida,

y dulce y blanda y amorosa sea!"

Echeverri, a su turno, escribió:

"¡Que venga el mal! Que lágrimas y duelos

Nunca anublen el sol de mi esperanza!

i Véla, Diablo, mi sueño, y cuando muera

Lleva mi ser sobre tus negras alas!"

Todos saben que Echeverri había tornado a ser materialista y proudhoniano. El cólico aquel tan caprichoso lo abandonó, y con él la fe postiza de 1877. Además, los conservadores de Medellín, que nunca creyeron en su conversión, procuraban, por cuantos medios tenían a la mano, insultarlo y escarnecerlo. Esto ayudó ala reacción filosófica.

A las ocho de la noche, Jaramillo montó para regresar a Medellín, ya menos contristado, porque Echeverri le había prometido no atentar contra su vida en los dos días siguientes, y conferenciar antes con sus amigos íntimos, los doctores Pedro Dimas Estrada y Manuel

Uribe Angel. Su asombro fue inaudito cuando al otro día leyó en cartelones, en las esquinas, la invitación a los funerales civiles de Camilo A. Echeverri. Esto probaba que había muerto en su ley; y, en efecto, él había ordenado en un codicilo que lo llevaran, en derecha, "de la cama al hoyo; que nada de latines, nada de campanas, nada de preces, porque los clérigos que estorban a los vivos, explotan y perjudican a los muertos, y el hombre liberal y filósofo debe morir como liberal y como filósofo".

La autopsia probó que había un envenenamiento por arsénico.

El día de los funerales concurrieron al cementerio las dos terceras partes de la población de Medellín. El doctor Mariano Ospina, enemigo político, ocupó la tribuna fúnebre. El discurso, severo en mucho, no por eso fue menos justo, lo que indica que el Padre Rodin es a veces honrado.

Calificó el carácter -de Echeverri veces, de versátil siempre":

De su estilo, "que al principio fue enérgico y vigoroso como un torpedo, y después desfalleciente e insustancial".

La muerte de Echeverri, como se ve, tiene todo el interés de un drama. Federico Jaramillo Córdoba es el guardador del verdadero motivo que abrió trágicamente esta tumba; empero, él nada puede decir a la sociedad hasta después de un año, por especial prevención del difunto.

* * *

i Que yo me he suicidado! dice La Batalla, periódico rojo, de Bogotá.

Ayer vine del campo, como de costumbre, a Medellín y vi a muchos que me veían (¿cuántos me verían por el lado por donde no veo?)

¿Qué será, me preguntaba, qué será esta imbécil pesquisa de mis paisanos? y luego recordé una anécdota de Guillermo Pereira Gamba, que me hizo acertar .Se trataba de la

tercera División que fue de Antioquia, en 1860, al valle del Cauca. El gracioso poeta de Cartago ponderaba el número de mulas que los antioqueños conservadores sacaron del Cauca. Decía que no habían dejado una sola.

-¿Cómo así? , le objetó un incrédulo.

-Ni más ni menos que como yo le digo, respondió Guillermo.

-Eso no puede ser.

-¿Quiere usted una prueba?

-Veámosla.

-Pues amigo mío, piense usted en una mula de cualquier color, tamaño y cualidades.

¿Está?

-Ya la pensé.

-Pues hasta esa se la llevaron.

Creí por esto que mis paisanos se fijaban, no en mí sino en mi mula, que es su gran pasión, y seguí.

Llegué a El Cosmos.

El Cosmos es un hotel.

-¡Doctor! j Doctor!, me gritó un conocido, ¿sabe usted que en Bogotá corre la nueva de su muerte?

-¿De mi muerte? Eso no puede ser.

-Tanto es así, que mire. Y el conocido me presentó un periódico y me señaló con el dedo un artículo. Yo leí con sorpresa:

"Suicidio de C. A. Echeverri".

No, señor Redactor de La Batalla, yo no me suicido.

Usted, o quienquiera que haya escrito eso, ha mentado.

Es cierto que hay tanta distancia de Medellín a Bogotá...

* * *

Se suicida el malvado que tiene en perspectiva la afrenta de la muerte o la infamia del desprecio.

El que siente el remordimiento, que es el dragón de la conciencia.

Al que se le derrumba bajo los pies el poder.

El rico que se vuelve miserable.

La mujer que se deshonorra.

El que mata a otro, si ese otro es su padre o su hijo.

Y en todo caso obra mal.

Este saco de polvo -que se llama el hombre- no lo debe vaciar en el cementerio sino la mano del Omnipotente.

Se suicida el que no tiene jugar. y yo soy feliz y dichoso con mi Marima y mis hijitos.

Vivo en el campo alejado del mundo. Recuerdo la oda *Beatus ille, qui proculi negotiis* de Horacio, traducida por Fray Luis de León, porque he realizado el sueño de Alfio.

Soy campesino a quien gusta:

..."poner la vid crecida

Al álamo ayuntada,

O contemplar cuál pace, desparcida

Al valle, su vacada.

Ya poda el ramo inútil y ya ingiere

en su vez el extraño,

O castra sus colmenas, o si quiere,

Trasquila su rebaño

.....

Debajo un roble antiguo ya se asienta,

Ya en el prado florido;

.....

El agua en las acequias corre, y cantan

Los pájaros sin dueño;

Las fuentes al murmullo que levantan

Despiertan dulce sueño".

Vivo feliz, soy viejo, y deseo como Salvador Camacho Roldán, que mi tumba se abra
"cabe el árbol en donde ama sestar el ganado".

Camilo A. Echeverri

¡PRESENTE!

Creemos cumplir un deber al insertar la siguiente hoja volante, que ha circulado en
Medellín, por más que ella tenga frases duras contra La Batalla:

" Al Redactor de La Batalla, en Bogotá.

No soy amigo de los periodistas de cucarda roja ni de los de bonete. Me es tan difícil
darle la mano a Félix Pyat como a Luis Veuillot.

Son dos faldas por donde se baja siempre al peligro. O como opuestas laderas para ir al
Mar Muerto.

Yo me empiné sobre los dos extremos para ver otros campos con mejor luz. y j Dios sea
loado! Hoy vivo en un ambiente puro, como el purísimo del alba.

El olor de petróleo y el olor de picardía sentaban mal a mis narices.

Y los rojos son petroleros.

Y los ultramontanos son pícaros.

Son las dos alas sobre las cuales se suspende Luzbel en los abismos de los réprobos.

Las dos muletas que servirán al Anti-Cristo tentador. Dos pomas envenenadas de un huerto maldito.

¡Concordia, luz de la mañana, refrescáste mi frente!

¡Paz, virgen de la túnica blanca: tú diste a mi mano trémula tu santo ramo de verde olivo!

Y Proudhon se alejó de mi lado, receloso, Con sus terribles paradojas.

y De Maistre y Bonald cerraron sus libros, por donde no errarán más mis ojos espantados.

¿No es éste el Ángel de la Gracia, envuelto en supura veste, que baja, mensajero de la tranquilidad, a dar reposo al alma atribulada y desfalleciente?

¿Serás tú, Manuel, hermano mío?

¿Eres tú, Manuel, hermano mío?

* * *

La prensa es todo y es nada; es buena y es mala; es salud y es tósigo; es la paloma de alas blancas o el cárabo siniestro; es Jesús, el divino, o Voltaire, el temerario.

La prensa es sublime con Hornero; con el Dante, lo terrible; Con Shakespeare, lo infinito; Con Cervantes, lo inmortal... si se habla del genio humano.

La prensa es la palabra de Dios, en la Biblia; el ejemplo de Dios, en los Evangelios; las columnas del cielo, en Santo Tomás... si se habla de lo alto.

La prensa es el esfuerzo creador, en Aristóteles; en Platón, la inteligencia resplandeciente; en Sócrates, lo admirable; en Tácito, lo severo; en Juvenal, lo vengador... si se habla del paganismo.

La prensa es la tentación, en Epicuro; la imprecación, en Lucrecio; la audacia, en Bacon; lo abominable, en Condillac; en la Enciclopedia, el cataclismo... si se habla de la Revolución.

Puede ser la prensa trueno, tempestad, estruendo; canto, idilio, trino; sentencia, consejo, mandato; voz del que manda, voz del que obedece; alegría arriba, dolor abajo; pompa y lujo, miseria y llanto. La prensa es un unísono clamor por la vida, que descompuesto tiene todas las pasiones.

Y el engaño, como un hongo, está pegado a ese coloso.

AUTOGRAFO

en el álbum de una posada

SUPLICO A MIS, CONCIUDADANOS QUE

NO SEAN TAN IMBECILES (*)

(*) Como para remachar el clavo, Pérez Triana hizo este donoso comentario en torno de tal autógrafo, puesto por Uribe en el álbum de la posada "El consuelo de Clemente Mejía", situada en el camino de Guaduas a Honda:

"Hallabase en la venta un álbum en que, contagiados por un primero y temerario grafómano, los viajeros habían dejado escritas sus impresiones. El contenido de tal crónica no resultaba edificante; sólo guardo en la memoria la frase de Juan de Dios Uribe, escrita seguramente después de hojear las pacientes páginas repletas de pseudo-prosa y pseudo-verso. Esa súplica, sea dicho de paso, es poco menos que vana en aquel país, como en

todos, ya que la verdad es, como apunta Rendn, que la imbecilidad humana es lo único que puede dar idea de lo infinito".

ESQUICIOS

Manuel Briceño

En el partido conservador Miguel Antonio Caro es el firme cimiento y Manuel Briceño la veleta que chirría sobre su varilla mohosa: si viento norte" ruido; si viento sur, ruido; si viento del este, ruido; si viento del oeste, ruido. No pierde su centro, pero gira tanto que sería inútil buscarlo mañana donde está hoy. Trabaja en la prensa, pero su huella será efímera, porque se paga más de la nomenclatura de las cosas que de lo que ellas son en el fondo; lo que indica poco método en sus conocimientos y poca profundidad en sus ideas. Su causa le debe mucho, sin embargo, porque es de inaudita perseverancia, y su trabajo es fruto de bendición, porque acrecienta el granero de una familia pobre y numerosa.

José Joaquín Ortiz

El Redactor de La Caridad es ya un anciano, a quien es fácil reconocer por su alta frente coronada de un montón erguido de cabellos blancos; su rostro con surcos de arrugas; sus ojos aún vivaces; su nariz - recta sobre el labio superior y en él, cano e indócil, el mostacho. Va por la calle vestido de negro riguroso: ancha faja de seda da vueltas al cuello de su camisa; todos los botones de la levita abrochados, y en el andar, su espalda hace hacia adelante una visible curva y la mano derecha está continuamente en el bolsillo del pantalón. Los años no debilitan sus ideas, cosa natural, porque hombre de un tiempo viejo, a medida que adelantan sus días, se va identificando a su época.

Rafael Núñez

Si queréis conocerle como poeta, leed el *Que sais je?*, *Moisés*, *Heloísa*, y *Todavía* y cuando acabéis la lectura de esos magníficos cantos, decid si Núñez reúne a la inspiración tempestuosa el verbo admirable, y a la alteza de pensamientos la delicada ternura. Su prosa es de un colorido exuberante; su frase incorrecta y eufónica, tiene la concisión ya veces la oscuridad de Tácito; os deja adivinar lo que no dice y os obliga a meditar lo que desea que adivinéis; pero siempre, y a la manera que un metal sobre el yunque, sus ideas saltan como chispas candentes y deslumbradoras. Si no os convence, no por eso dejaréis de adivinar al escritor eminente y al pensador vigoroso.

Carlos Holguín

En la Librería Americana hay un retrato de Holguín vestido de diplomático: casaca de punta aguda, flores al cinto y sombrero elástico; sin mezclarnos en la sinceridad de sus ideas, no estaríamos lejos de creer que Holguín pudiera retratarse de muy distintos modos, sin que faltase una copia en que el distinguido polemista católico apareciera con el gorro frigio en la cabeza y la cucarda encarnada en el lugar de las condecoraciones. Nos parece que da poca importancia a las formas, y que cabe en cualquier ritual sin escrúpulo; así como no se amolda a ninguno rigurosamente, por la vivacidad de su carácter. Es hombre de temperamento alegre y, del mismo modo que se entretiene y es temible adversario con las cartas, en las luchas del Parlamento se divierte, aguza su ingenio y sobresale como polemista diestro y como orador cáustico.

José Eusebio Caro

En Caro hay que admirar tanto al pensador como al artista. Si se desea no el ruido fugaz de las palabras, sino la durable impresión de las ideas, debe leerse lo que escribió este poeta. Es uno de los hombres que llevan alta la cabeza sobre sus contemporáneos. De su vida lo más grande es su amor, y es lo más tierno. A la mujer querida le hizo el homenaje de una epopeya; Delina, en los versos de Caro, es un perfume en un vaso de púrpura. Ese amor no tiene como cortesanas a las palabras, sino un séquito noble de ideas. No busquéis las vulgaridades de la idolatría en ese rendimiento del corazón. Caro tenía una severidad magnífica y se diría que gustaba de embalsamar los aposentos de sus amores con perfumes penetrantes y de engalanarlos con colgaduras al estilo de Luis XIV. Por eso están cerca de su gran pasión la Filosofía, la Libertad, la Patria... Caro creía en Dios y también está allí. ¡Qué amor, qué amor tan hermoso! Sus cartas escritas desde el extranjero son...vamos a expresarnos de otro modo: cuando Caro escribía a Delina, ponía su corazón en el correo.

Como sobre las altas rocas anidan los pájaros audaces, en las grandes inteligencias viven las ideas arriesgadas. Caro es grande. Tuvo composiciones medianas, como tiene hojas marchitas el árbol dominador, pero son pocas. Tuvo estro maligno, pero en verdad, sólo una vez. El león, lo sabéis, come carne cruda.

* * *

ROJAS GARRIDO

Cuando se sabía que ocupaba la tribuna, los ciudadanos acudían a rodearla con anticipación. Como en todas partes, la garrulería pretenciosa iba adelante; pero el pueblo de Bogotá, que tiene el gusto exquisito de los discursos bellos, cuchicheaba hasta ahogar a los pedantes. 'Rojas!, Rojas!, que suba Rojas!', principiaban a clamar luego mil voces de

hombres y mujeres. La multitud abría paso, y Rojas Garrido adelantaba a la tribuna. Su andar era lento y pesado. Su estatura mediana, su cuerpo obeso, con las espaldas abultadas y anchas, que pueden verse en el retrato de Mirabeau que adorna el libro de Timón. La mirada clavada hacia adelante y falta de vivacidad. Vestido negro; guantes y corbata blancos. Las gradas de la tribuna las subía con dificultad enorme, por motivo de una dolencia antigua. Ya está arriba: un aplauso, que hay que cortar por la fuerza para que no se prolongue, lo acoge. Va a principiar. ¡Cómo ha cambiado el hombre! Hablamos antes de la transfiguración y esa es la verdad. A medida que adelanta en su discurso, parece que la juventud vuelve, con todas sus formas, al cuerpo ya la fisonomía maltratados por los años. Las líneas de su rostro, antes escondidas y borrosas, son ahora bien distintas; la frente surcada de arrugas, es tersa; el ojo tiene claridades como de cristal pulido; el pecho se ensancha, si antes parecía oprimido; los brazos tienen una elegancia casi de mujer, y hay en todo su cuerpo una movilidad y un vigor desconocidos. Nada le embaraza, porque dispone del ademán como de la palabra. Y su estilo es amplio y grave y cadencioso. Sabe que la naturaleza es conocida de todos y sus metáforas las toma de los fenómenos naturales con un simpático enlace ideológico. Prefiere a veces no ser por todos comprendido, y se encierra en un simbolismo profundo, pero siempre conservando en sus cláusulas la música de las palabras. Si os habla de un muerto ilustre, que fue temible, pero que produjo el bien, él os dirá: "Fue alud que arrasa las agrias cuestas de la montaña para llevar fuentes de vida a la pradera. Catarata que se estrella en el fondo y se refleja en el cielo con los colores del iris". Para Manuel Murillo tiene expresiones enérgicas y gráficas que son un monumento. Al General Bolívar lo llamará: "Relámpago de dos siglos". Sus comparaciones son siempre abultadas: alude al mar, a las estrellas, al firmamento, al infinito, al espacio, al rayo, a la tempestad...

.....

Rojas Garrido en la cátedra tenía un dominio más sereno, pero más poderoso que en la tribuna de la calle. El maestro ha de tener benevolencia, y la suya era inagotable. Sus discípulos fueron sus amigos y su encanto. En sus últimos años no cultivaba relaciones constantes sino con los jóvenes. Para ellos eran sus íntimas confidencias, el relato de la historia de su vida, que lo hacía con la sencillez ingenua de un hombre del campo. Tenía palpitante siempre un consejo que lo daba sin pretensión y sin los atributos de la autoridad. El había asistido a una época que participaba de todos los apogeos y las caídas de la República: había estudiado bajo el antiguo régimen; concurrido a las Legislaturas; agitado los clubes; dominado en el Gobierno; sufrido en las prisiones: había combatido, viajado, tratado a hombres ilustres.. y de tan larga experiencia de las cosas y de los hombres, que su poderosa memoria no trastrocaba jamás, hacía, en sus relatos llenos de aplicaciones profundas, los momentos más agradables de sus discípulos predilectos.

En las aulas se acercaba uno más a su inteligencia. Allí puede decirse que era señor de todos los problemas. Tenía una estupenda fuerza de análisis, que sirve para conocer los detalles, y un golpe rápido de síntesis, indispensable para fijar en una forma clara las conclusiones. Una cuestión intrincada de filosofía, que dejaba atónitos a los discípulos, apenas plegaba sus labios con una sonrisa bondadosa. Cuando él la tomaba para explicarla, las dificultades iban desapareciendo, y la verdad surgía, poco a poco, como la estatua del mármol, clara, precisa, armónica. Maravillaba esta facilidad inaudita: hasta el punto en que el discípulo creía que habría acertado también de la misma manera. Nadie, por más prevenido que fuera a sus clases de filosofía o de ciencias políticas, dejaba los claustros sin llevar una inefable veneración por el maestro y una veneración inefable por las doctrinas.

* * *

De esta manera el orador, en sus formas múltiples, hizo una obra inmensa, que como los altos montes tuvo ancha base, prodigiosa altura y cumbre resplandeciente. "Los cárabos que importunan la soledad de los sepulcros", como él decía de los conservadores que difamaban a Mosquera, han venido a darse el placer de insultar su memoria. Bien: los chacales no se domestican; pero la gratitud nacional, que levantó una estatua al guerrero, alzaré en breve, para perpetuar memoria tan preclara, una espléndida estatua a José María Rojas Garrido.

EL PARTIDO LIBERAL

No nacen los partidos con canas y experiencia, como el hijo de Sam; todos reciben perfección y sabiduría del tiempo. La fuerza es casi siempre lo único que traen al seno de los pueblos, porque en ellos, como en los individuos, la pasión bravía es lo primero que aparece. Gran manifestación de excelencia la de un partido que desde los albores de la sociedad alcanza a dominar con sus ideas o a servirse útilmente de los esfuerzos de su brazo, porque ese tiene savia imperecedera y triunfo inaugurado. y así el Partido liberal: desde que se le mira aparecer en la historia ya tiene fundamentos sólidos. Fenómeno explicable, porque él es reflejo del desenvolvimiento natural de la especie humana; y si no ha sido perfecto desde el principio, esto se debe a que el hombre no hace el camino del progreso de un solo paso, sino lentamente, y los partidos, -aunque no de una manera absoluta-, todos marchan paralelamente a la humanidad.

El Partido liberal ha sufrido y sufre perturbaciones en su camino debido a lo complejo de su organismo, cuyas partes, al girar, muchas veces se embarazan a sí mismas, y debido a la terrible obra de sus enemigos; pero con todo es indestructible.

Los partidos son verdaderamente tales, cuando sus miembros tienen un imprescindible vínculo común. Y ha de ser vínculo que nunca se rompa ni con el pensamiento siquiera, menos , aún con las obras.

Alrededor de ese núcleo firme se hace una agregación secundaria, que viene a dar a los partidos más fuerza; es la historia de su movimiento como asociación activa, y el carácter particular de sus miembros. En la inmensa agitación de la humanidad se confunde muchas veces, casi siempre, la naturaleza de los partidos con su historia, y ambas cosas, con las obras de sus hombres; de aquí nace la enorme dificultad de la política, que se agrava a medida que es más intenso el hábito de trastornar la verdad.

Partidos que reciben su vida y su poder de medios excepcionales, cambian de fisonomía a medida que lo exigen sus intereses veleidosos; no así los que se fundan en la naturaleza de los hechos, que a ellos, si sufren algunas perturbaciones exteriores, tendrán siempre un fondo incommovible.

El Partido liberal está perfectamente delineado, y sin que sea preciso mucha perspicacia se conoce su constitución y su trabajo. El ha reconocido al hombre como es naturalmente - sometido a las leyes precisas que le dejan más o menos libertad, mayor o menor actividad- y ha consagrado su condición de libre, y puesto esa actividad en servicio de su independencia.

Así, señor, constituído el partido liberal y obrando de esa manera, su lucha ha sido necesaria; y precisamente, ahora y en el porvenir, tiene que cumplir un apostolado revolucionario. La revolución ha vivido antes en la historia del universo que en la historia del hombre. El estado actual de nuestro globo, y el de todo el sistema planetario, ha sido obra de infinitos trastornos que han producido mejoramientos. Ella se marca en las capas de la tierra y en el aspecto de los mares; en la flora y en la fauna; en los dominios del microscopio y en los del telescopio; en todas partes como inseparable ley de la materia. ¿ Quién podría, pues,

impedir su cumplimiento en el hombre? Esta insensata tarea ha sido obra del partido a que usted pertenece, llámese aquí orden, allá autoridad, acullá religión, que es todo lo mismo. Del Partido liberal es sostener la revolución, no porque la revolución en sí misma sea su objeto, sino porque es el resultado de su trabajo. Es que a él se le ha confiado la suerte de los pueblos, y como él enemigo vela, necesita defenderse, y si vence, ha de avanzar, pues que de esa fatiga surgirá el porvenir.

¡Qué de grandeza lleva en sus brazos el Partido liberal! ¡ Cuántas esperanzas arden con misterioso fuego en su frente! Arrastra en su carro despojos sin número del mundo antiguo, y vibra suspendida su espada sobre todos los errores que aún no han muerto. ...;

RICARDO BECERRA

El discurso de Becerra se siente con fuerza en el momento en que él lo pronuncia, pero no se graba durablemente en la memoria, porque no es sello de razonamientos claros, sino, las más de las veces, de entusiasmo deliberado y por lo tanto artificial. Tiene, además, una arrogancia descomedida de jaque, que fastidia y que lleva a los que lo escuchan a chocar con su persona mientras él choca con las ideas del contrario. Se pueden perdonar, y gustan, las alusiones autobiográficas si hablan de personajes históricos; pero en nuestra democracia, en la que la celebridad es puramente de barrio, hostiga el prurito, en oradores como el señor Becerra, de hacer pequeños viajes por el hilo de su propia vida. En los hombres grandes cada hora de su existencia tiene el interés de un acontecimiento, y las aventuras que ellos relatan, cada una, es provechosa a la observación y al estudio; mas esto de que la turba quiera darse a conocer minuciosamente, aprovechando la altura de una curul, es casi como desnudarse en público: cosa soez y repugnante. En 1879 discutían en el

Senado el doctor Rafael Núñez, Secretario de Estado y el doctor Murillo Toro, Plenipotenciario de Cundinamarca, sobre un desgraciado Mensaje religioso de entonces, y salpicaban el debate con alusiones de su propia historia política que encantaban a todos. Pero, permítasenos afirmar que no es lo mismo Murillo y Núñez que el señor Ricardo Becerra.

JOSE MARIA URIBE

22 de Marzo

Si la heroicidad es virtud, téngase a bien que hoy, 22 de marzo, recordemos la misma fecha de 1879. Fue entonces cuando la ciudad de Salamina presencié la lucha terrible en que el partido conservador y el partido liberal, en instante desesperado, buscaban, el uno y el otro, cauce para sus ideas y para sus pasiones. Fue arriada, afortunadamente, la bandera de la reacción; pero en el campo de los vencidos quedó, como amargo trofeo, el cadáver de un hombre eminente.

¿Es que puede alguna vez sellar el labio, contener la mano, la falsa razón de la sangre? Por nuestras venas corre la misma de José María Uribe, y su heroico sacrificio en Salamina es leal orgullo de nuestra casa, aunque no lo sea de nuestros principios; que talento, decisión, constancia, valor y arrojo, son gloria.

El partido conservador, que es ingrato, que tiene, si así podemos decir, alma de cántaro y cuerpo de ortigas, ha olvidado al heroico paladín que todo le dio: juventud, felicidad, porvenir. ..Pobres aldeanos de esas montañas de Antioquia conservan su recuerdo con piedad orgullosa; su reconocimiento no olvida al médico sabio, al amigo sincero, al

copartidario denodado. Como no existen para ellos los cuidados de adulación cortesana y provechosa, pueden distraer algunas horas para el culto de la memoria de sus benefactores.

Era José María Uribe en el partido conservador alta figura por su entusiasmo y por su valor; fuera de él, altísima por su ciencia y por su bondad. Para la familia su cariño era inagotable.

AQUILEO PARRA

Aquileo Parra es un hombre maduro: de rostro erjuto, con larga barba sedosa que le da aire de somnolencia, de cuerpo débil, al parecer, que se inclina hacia la derecha porque una de sus piernas cojea. El no triunfa en el Senado ni en los consejos políticos de afuera por su elocuencia; tiene un arma poderosa, pero pacífica: el respeto que inspira. Lo ha conquistado en un continuo y sobrio trabajo por la República. Sin levantar como los tribunos y los guerreros inmensa vocería en torno de su obra, él ha hecho la tarea insensiblemente, si podemos decirlo así, por aluvión. Como ha marchado de abajo para arriba, a paso lento, hoy que está cerca del término del camino, tiene gran experiencia. Sus consejos son recogidos por los hombres de su escuela con una gran confianza, que depende de que el señor Parra habla siempre con ingenuo convencimiento y busca con tino a los problemas un desarrollo práctico. Además, no se duda fácilmente de un hombre capaz de cualquier sacrificio por el porvenir de su causa.

La más bella condición de los hombres republicanos son sus ensueños patrióticos. Era la fuerza de Garibaldi, recordad lo. y bien. Parra sueña, sueña en el día y sueña en la noche, un cambio industrial que lo verifique el vapor sobre los rieles en la pobre tierra colombiana tan llena de miseria. De las más apartadas comarcas de nuestro territorio, él cree posible

que se lance a cruzar valles y montes la audaz locomotora y que su penacho de humo salude orgulloso a la capital de Colombia. Es seguro que triunfe en su pensamiento, porque, generalmente, lo que es posible pero que es arduo, tiene un período febricitante.

FRANCISCO E. ALVAREZ

El doctor Alvarez toma un aspecto de seriedad hosca desde que sale de su casa hasta que llega al Senado. Es su cuerpo alto y bien formado; pecho y espalda anchos y piernas firmes; su rostro largo, de nariz encorvada, con dos mostachos grises; frente alta, que se recoge en, agrias arrugas hasta juntar las cejas de cabellos gruesos, que semejan dos pinceles maltratados, sobre dos ojos azules de mirada resistente. Al llegar al recinto de las sesiones va derecho a su asiento, y allí conversa de muy buen humor mientras principian los trabajos. En ese momento los que han de ser adversarios en la discusión escuchan atentamente sus anécdotas y sus narraciones, que se rozan, las más de las veces, con incidentes importantes de antiguos hechos políticos. Conversa como habla en público, con voz agria y fuerte, y con ademanes bruscos acompaña sus relatos como sus peroraciones. Si no fuera hábito natural, se diría que tiene el prurito de la aspereza.

VESTIRSE DE CEREMONIA

La explicación de la frase de que hemos hablado tampoco interesa al público, en general, pero es necesario que se consientan ciertas intimidades en los periódicos desde el momento en que uno tiene el trabajo -que es grande- de pagarlos, y el trabajo -que es menor- de escribirlos.

Cuando la fortuna está de humor solemos tener dinero algunos amigos. Parece que no se hallan bien los metales preciosos en el fondo de nuestros bolsillos, porque nos damos prisa en sacarlos a que los hiera el sol. De un momento a otro ya no son nuestros. Está probado que ya el hecho de ser dueños nos aligera, pero no consta que nos abatan los reveses. Simplemente nos aburren. La razón es que incomoda la quietud a que condena la parquedad.

Cuando José Angel Porras consigue plata -que es otro término nuestro- se apresura a convidarnos al Gran Hotel. Allí tiene un cuarto que da sobre el tercer patio en donde se alzan unos árboles desfallecientes y se agitan las aves del corral. Se trata de almorzar, o de comer, o de tomar un poco de vino, y al convite respondemos, como debe suponerse, sin ninguna esquividad. Puede uno ser melancólico por escrito, pero no está averiguado que en nuestras reuniones tenga séquito el mal humor. Allí se bebe lo que se sirve, y se come con apetito. Está desterrada la nostalgia hasta como figura retórica. En un consorcio feliz, aunque momentáneo, pensamos en muchas cosas. Los licores no inclinan nuestra cabeza, y sí le dan contornos agradables a todos los pensamientos buenos. Se habla mucho que es serio, y mucho que es paradójico; jamás lo infame. Un pensamiento malévolos no se ocurre allí, entre otros motivos, porque no hay tiempo. Es una cita de las pasiones jóvenes; si se quiere con algo de licencia, pero con mucho de virtud.

Y cuando hemos de ir al Gran Hotel, José Angel Porras nos dice:

-Hoy me visto de ceremonia.

CESAR CONTO

Conocí a Conto en París. Isaacs me había leído para él una carta en que le decía: allá te envió un hermano! Qué mejor recomendación? El príncipe de la literatura colombiana le decía eso a otro principito de la filología; él, un héroe de Los Chancos, le enviaba un hermano al otro héroe, a aquel cuya sangre fría y valor sarcástico maldecían los conservadores con estas palabras: "que nos derrote este hombre, bueno; pero que no se ría de nosotros, porque somos capaces..."

"De dejarnos derrotar otra vez", agregaba Isaacs limpiándose el bigote, teñido con el singular cosmético del humo del combate. Fui, pues, recibido con abrazos, cosa que no me expliqué hasta que vi la tal carta, pues esperaba ser recibido a la inglesa o por un semi-inglés. Yo tenía muchos deseos de conocerlo.

Allí estaba por fin, Conto, junto a mí, con su aire glacial que sólo se calienta al fuego de su conversación. Es delgadito como la brisa del lago Lemán y de fisonomía apática como la niebla de Londres. Ese era el gran improvisador ante quien bajó la frente ruborosa como la de una niña de quince años el viejo soldado de las musas, Joaquín Pablo Posada. al oír sus

Tequendamas de bellezas,

Niágaras de consonantes.

Este era aquel sujeto que en 1876 estaba caído como Presidente del Cauca, no por lo que él hacía, sino por lo que los otros habían hecho, ya quien la revolución conservadora salvó, obligándole a ser héroe quizá contra sus deseos.

Este era el hombre, General improvisado, que durante toda la gran batalla que decidió la suerte de la República, no dejó un solo momento su sonrisita mortificante para los conservadores, como el mosquito que cantó Fray Gerundio.

Tiene mucho de Murillo por dentro y por fuera. Conoce a los hombres al vuelo, y si es digno aquel con quien habla, le abre su corazón. Si no, se lo cierra como el bolsillo de un avaro, y apenas deja ver su sonrisita sarcástica, que parece una eterna pulla sin pronunciar palabra.

Conto aquí era un genio vagabundo, o un vagabundo de genio. Decirle al rey que es rey, no es quitarle su corona. Allá, en ultramar, arrojó lejos el epíteto como un vestido de invierno al llegar la primavera, y fue genio, genio solamente. Esta pesada atmósfera lo mataba.

Allá ha publicado cuatro o cinco obras conocidas, leídas y estimadas en el mundo científico. Aquí se hubiera asfixiado, aunque ya había vivido en las regiones del poder. Aquí no habría producido sino décimas.

La frígida atmósfera de Albión le moderó el cerebro, se lo enfrió: la civilización europea despertó en su alma el sentimiento de la verdadera gloria y se salvó. Conto aquí hubiera estado eternamente condenado. ..a vivir del Presupuesto. Allá vive, como los grandes, de sus obras, ya lo puritano.

¡Cómo un viaje despeja horizontes, despierta generosos sentimientos, enseña sin estudio y despereza el alma!

En Europa se pierden los ingenios pobres, aquellos que, a lo más, se desesperan de no poder producir lo que ven. Se pierden también esos infelices gomosos que no pasan de rastrear las migajas en .la ópera, mirar y admirar las cocotas, y pasearse en los bulevares, siguiendo el coche de Víctor Hugo para contar después que se han hombreado con él.

Pero los hombres que tienen el sentido de lo que son y de lo que deben ser: los que recuerdan .la patria y saben que no se puede, sin caer en ridículo, imitar a los fardos en el viajar, se engrandecen ante el panorama europeo, estudian, se regeneran y vuelven al seno de la gran madre con una inteligencia pulida por la meditación: esto le pasará a Conto.

Obeso hubiera sido un hombre así, si un gobernante inteligente lo hubiera enviado con recursos a Europa. Obeso tenía el estro, pero le faltaba el juicio que da la experiencia. Corazón de niño, no conocía el mundo.

Obeso había producido aquí ya sus libros; y qué no hubiera producido allá entregado a su inteligencia.

Mas la parca cruel nos lo arrebató sin que lo conociera a fondo el país. Maldita parca!

RICARDO GAITAN OBESO

Ha de vivir siempre en nuestra memoria este nombre querido y glorioso y ahora que se nos permite siquiera pronunciarlo, será el primero que palpita en nuestros labios y rompa la tristeza de nuestro silencio. Gaitán fue un asombro fugitivo para las gentes de Colombia, que todavía se preguntan de qué manera se reunieron en ese joven, sigilosamente, tan raras cualidades de guerrero, y por qué, también, lo arrebató una muerte misteriosa, sin que diera todas sus primicias a la República. Que él debía haber vivido, mucho más, porque se le necesitaba; porque no hay alumbramientos que produzcan hombres de ese género, sino cuando la naturaleza es fecundada por los grandes acontecimientos en larga noche de amores.

¿Será que nos arrebató el cariño y el agradecimiento a exageraciones fantásticas? Que sea así, no es menos cierto nuestro entusiasmo; y... dejadnos honrar a los muertos del partido liberal, vosotros que los aborrecéis, porque nuestra mano no irá a coger tierra de vuestros sepulcros queridos para arrojarla a los vientos. El recuerdo es la corona de los muertos, y el olvido el sudario de los vivos.

Gaitán está en ese camino, formado por montículos de polvo, donde la democracia, al pasar, destrenza su cabellera y exhala sus formidables voces elegíacas. No en la misma línea de los filósofos y de los estadistas, pero sí bajo la cabeza de los cipreses, que se inclinan sin rumor para guardar el sueño de los guerreros eminentes.

Filósofos: allí están Ezequiel Rojas, que fue el padre y Rojas Garrido, que fue el hijo, en Colombia, de la libertad de conciencia; de ese modo de ser inefable, en que los conocimientos van y vienen, vuelan y se paran en la inteligencia, sin que una voz de fuera les amenace miedo o servidumbre. No les fue dado hacerlo todo; pero dejaron el hábito en muchos cuerpos, la disposición en muchos cerebros; una necesidad general que dice a todos los ciudadanos: "Sed libres; pero sedlo antes en vuestros pensamientos".

Estadistas: allí está Manuel Murillo Toro. No se puede atravesar esa larga calle del Cementerio de Occidente sin pararse con la cara vuelta al Sur, frente a la bóveda en .que está escrito el nombre de Murillo. Y al recordar uno, medita que es bien estrecho ese agujero para encerrar tantas glorias democráticas. El himno más grave se deja oír entonces dentro de nosotros, porque es el himno eterno, a pesar de épocas efímeras: el de los negros que cantan a uno de los libertadores de su carl1e; el de los desgraciados que bendicen a uno de los destructores del cadalso; el de los pobres que ensalzan al que los libró de pechos y alcabalas; el de todos los pueblos de Colombia, a quien ayudó a hacer civil, reflexiva, pundonorosa de su crédito, y, por tanto, muy libre y próspera. ..

El partido liberal de todas las tradiciones y todos los matices tiene por donde quiera nombres escritos en la piedra de las tumbas, que hicieron su orgullo y hacen la gloria de sus recuerdos. El de Gaitán está entre los guerreros.

Primeramente tenía una convicción inexorable, que es la portada por donde se entra al sacrificio. Sus ideas no eran maleables, y aunque revestían una forma sencilla, por lo mismo

tenían más resistencia que las sutiles y complicadas, a la manera que el tronco es más firme que los ramos llenos de hojas y de flores. No se aletargaba, no se adormecía en la satisfacción de pensar bien, como a tantos sucede, sino que deseaba este mismo beneficio para todos sus compatriotas, y se asociaba sin vacilar a toda empresa que diera, o creyera él que daba, un resultado semejante. Al marchar ala guerra confiaba en su derecho y veía enanos los más grandes riesgos: era como un proyectil que va al blanco, lanzado por máquina poderosa.

Tenía el estimulante de la audacia, pero cuando ella es virtud, no cuando sirve de instrumento licencioso. Su audacia era fría, impasible, de la que no mira el obstáculo delante de los ojos. Por eso se le ve irse solo por las Sabanas, rodearse al paso de unos pocos soldados, descender de la montaña, caer sobre los buques del Magdalena, llevarlos consigo y apoderarse de Barranquilla en un solo momento. Luego prodigar el calor de su entusiasmo donde \quiera que se necesitaba, y después acometer una empresa tan solemne –la toma de Cartagena- que será en todo tiempo la pesadilla de los bravos.

.....

Estas líneas ahogan una explosión de nuestro sentimiento; pero ellas no deben ir más adelante. Ricardo Gaitán Obeso se cuenta entre los guerreros liberales de más alto renombre. Si en la comunidad del sepulcro pudiera platicar con guerreros vencedores, Tomás Cipriano de Mosquera le contaría muchos hechos maravillosos de la guerra de 1860, de donde salió la Federación triunfante; Julián Trujillo le diría hazañas inmortales de 1876, cuando se defendió la libertad de conciencia; mas él no callaría, que también habría de referir a esos caudillos combates más desgraciados pero no menos gloriosos...

POLITICA y OPORTUNISMO

“La misma masa del pueblo, caldeada por la hoguera de la prensa y de la tribuna, admitía el credo radical, menos por sindéresis que por lo que le era propicio a sus nervios, por lo que se ajustaba a los impulsos de justicia, que son el resorte de los pueblos altivos.

“Así dispuestos los ciudadanos, comparecieron en jornadas tremendas, que serán clásicas, y cuando Alfaro llegó, tenían en sus manos trofeos de guerra arrancados al despotismo.

“Llegaron de otras partes gentes ambiguas, que las circunstancias enardecieron; personajes que asociaban al movimiento, no la voluntad de ser libres, sino la voluntad de ser árbitros; otros, sorprendidos por la borrasca, que iban sin rumbo, como los leños en las aguas bravas, y para que nada faltara, había también detritus y aluviones de las dictaduras.

“Mas se quiso purificar la bandera de la Patria, convertida por los terroristas en el rebozo de una meretriz, y acalláronse los reproches.

“Alfaro tomó en las manos la insignia profanada y fue a la guerra; el sol de las pampas libres dio ala bandera su amarillo de oro; empapada en la sangre de los héroes, lució más vivo el rojo espléndido y el azul empalidecido quedó retocado por la victoria en el éter sobre las cumbres de los más altos montes.

“En una guerra en que la fatiga es de todos, el triunfo es de ninguno; pero aquí se subordinó el combate al programa bien conocido de Alfaro ya la fuerza incontrastable de los radicales.

“En consecuencia, el triunfo fue radical y quedaron saldadas las cuentas de los advenedizos con el último disparo.

"Porque lo que seguía era de doctrina, que no obligaba sino a los miembros de una comunidad filosófica y política, que por sus antecedentes y el hecho de ser gobierno, adquiriría el compromiso de regenerar la patria, conforme a su escuela ya sus procedimientos.

"Los aliados que aceptaron de esta manera la reo forma, profesarían en el radicalismo; pero después de algunos años de noviciado que justificaran la sinceridad de una conversión tan súbita. A los díscolos e impertinentes, se les echaría enhorabuena. sin más preámbulo. Tal debió ser la primera etapa de la revolución". (Zapadores, páginas 11 y 12).

"A cada pueblo, según su manera de ser, es una equivocación, porque querría significar que las multitudes pobres, débiles, embrutecidas o esclavas, son inhábiles para gozar del patrimonio de la humanidad pensadora, que hace felices a las naciones cultas.

"La especie humana no necesita repetir: su experiencia en cada comarca, y sus conquistas seculares son el acervo común de los hombres de todo el haz de la tierra.

"Se admite sin esfuerzo esta verdad, al tratarse de los adelantos materiales.

"No inventamos el telégrafo, el vapor, el teléfono, la luz eléctrica, etc., y nos servimos de ellos.

"Asimilamos a los métodos modernos nuestro trabajo: vestimos como los europeos y tomamos, por ejemplo, el vino de Burdeos y el té de la China, si nos incomoda.

"Pero cuando se trata de política, de organización de la República, de instrucción, de moralidad, de renovación, en suma, los que ayer eran radicales ostentosos, nos vienen con la pamplina de que es necesario atemperarse a las circunstancias.

"Fuera de la obligación en que está un partido de predicar sus doctrinas, ¿qué oportunidad más clara que la de la victoria por las armas?" (Sonsaca, páginas 155 y 156).

.....

"Creérseles necesarios (a los terroristas) es creerlos buenos; creerlos buenos, juzgar que así lo fueron antes, lo que significa la absolución del despotismo, porque el que es causa de la causa, es causa de lo causado.

"Mirando por otro aspecto la cuestión, ninguna falta hacen esas medianías que caben con sus conocimientos en la copa del sombrero que usan, y cuyo manifiesto fin es tener destinos públicos. Se cuelan a las oficinas arrastrándose de barriga, los aporca la basura de los gobiernos como a una era de coles, desempeñan su tarea mecánica, como quien mete caña en el trapiche, y cuando el uso los vuelve inservibles se proclaman indispensables. Como no había vigilancia, publicidad, ni crítica, los devoradores permanecían en sus puestos por el tiempo indefinido que les acomodaba ser lacayos". (Sursum, página 462).

EL "CANTABRO" ANTE EL SENADO

El 12 principió la discusión sobre el Cántabro, fijada con anticipación para ese día. Las barras del Senado estaban muy concurridas. Gran número de representantes asistían al debate, y en la tribuna del cuerpo diplomático estaban los Ministros de Chile y del Brasil.

Sólo oímos los discursos de los ciudadanos Becerra y Zapata, el 12, y de los mismos en la sesión del día 13.

Se abrió el debate con la lectura del informe de la comisión a cargo de los senadores Felipe Zapata, Salvador Camacho Roldán y Juan de D. Ulloa.

Prescindiríamos de copiar íntegro el informe si él no tuviera tanta importancia; pero es demasiado grave el asunto controvertido y lo insertamos todo:

"Ciudadanos senadores:

"Los senadores nombrados en comisión para examinar los antecedentes relativos ala entrega del vapor

Cántabro ya la extradición de algunos individuos reclamados por el Gobierno de Venezuela como sindicados del delito de piratería, han examinado los documentos que se ha pasado a su estudio y de ellos resultan los siguientes hechos:

1º El señor Juan García, comerciante domiciliado en Colón, adquirió en Santiago de Cuba la propiedad del buque español llamado Cántabro, el cual cambió después en San Thomás su primitivo nombre por el de Colón.

2º Con fecha 28 de abril de 1882, el Cónsul de Colombia en San Thomás expidió a dicho buque un pasavante, en virtud del cual emprendió viaje para Colón bajo bandera colombiana.

3º .El expresado buque no siguió el rumbo que le había sido' señalado en el pasaporte, pues en 9 de mayo del mismo año, aquella nave armada al servicio de la revolución que había estallado contra el Gobierno de Venezuela, se presentó en el puerto de Higuero; hizo algunos disparos de cañón y de rifle sobre la población; despojó de algunos aparejos navales a la goleta venezolana Esperanza que estaba fondeada en el puerto; extrajo de ella algunos de los individuos de la tripulación, y al hacerse a la mar apresó unos botes pescadores que se llevó junto con los tripulantes. Al día siguiente apareció frente a La Guaira sin enarbolar pabellón alguno, y luego se alejó de ese puerto izando bandera italiana. Por último se presentó en las costas del Istmo de Panamá, provista de elementos de guerra, trayendo a bordo al General Eleázar Urdaneta ya otros jefes venezolanos, enemigos del Gobierno de Venezuela .

"El 18 de junio del año citado último, fue detenido el expresado buque por las autoridades colombianas en Portobelo y conducido a Colón con los tripulantes.

4º En virtud de los hechos expresados el Poder Ejecutivo nacional, bajo la firma del doctor Benjamín Noguera, Secretario de Gobierno, dictó con fecha 17 de junio de 1882, una resolución en que se expresa que el gobierno de los Estados Unidos de Colombia considera como pirata el vapor nombrado ahora Colón y anteriormente Cántabro.

5º .Con fecha 3 de julio de 1882 el Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela reclamó del Gobierno nacional la entrega del buque con sus armas y municiones, y pidió la extradición de los jefes revolucionarios como responsables de actos de piratería o al menos de robo, apoyando la reclamación en el artículo 3º del tratado de Colombia con Venezuela, y

6º En 16 de octubre de 1882, el Poder Ejecutivo nacional, bajo la firma del Secretario de Relaciones Exteriores, señor doctor José María Quijano Wallis, dictó una resolución definitiva que dice en sus dos primeros incisos:

1º Concédese la extradición, por la vía administrativa, de los individuos que fueron aprehendidos en Colón por las autoridades colombianas, como sindicados del delito de piratería cometido en las aguas territoriales de la República de Venezuela.

2º En consecuencia, entréguese al Gobierno de la República de Venezuela los individuos que aún existan en Colón, como responsables de aquel delito; y el buque llamado Cántabro o Colón con sus armas y demás objetos que se consideren como instrumentos del delito, y que tanto por los principios del Derecho de Gentes como por la legislación de Venezuela, que en el artículo 470 del Código Penal declara los objetos o instrumentos de los piratas caídos en comiso, deben acompañar a la entrega de los presuntos reos".

"Es conveniente hacer notar que antes de adoptarse esta última resolución, el Congreso había aprobado en la ley de Presupuestos nacionales, de 16 de septiembre de 1882, el artículo que sigue:

"Departamento de la deuda nacional. Capítulo 59. -Gastos varios. Artículo (nuevo).

"Para gastos de traslación, descarga y conservación, etc., del vapor pirata Cántabro, hasta \$ 10.000".

"La simple enumeración de los hechos relacionados demuestra que el Senado no puede ocuparse de ellos sino bajo dos puntos de vista: uno puramente legislativo, para determinar qué vacíos o inconvenientes existen en las leyes penales y en los procedimientos de extradición de reos, a fin de reformar la legislación; y otro de carácter judicial, para examinar la conducta observada por el Poder Ejecutivo en el asunto de que se trata. La reforma de la legislación puede emprenderla inmediatamente el Senado, mas no el examen de la conducta del Poder Ejecutivo: pues esto sólo puede tener lugar en el caso de que los hechos le sean presentados por el Ministerio Público, en la forma constitucional.

"En materia de Relaciones Exteriores el Senado no tiene otras facultades especiales que la aprobación de los nombramientos de Agentes Diplomáticos. La vigilancia o la inspección de la conducta del Poder Ejecutivo en la dirección de las Relaciones Exteriores, así como en todos los demás ramos administrativos, es la principal función del Ministerio Público, ejercido por la Cámara de Representantes. Respecto de los actos del Poder Ejecutivo el Senado no tiene otro carácter que el de juez, pero juez que no puede proceder de oficio, sino a virtud de acusación sustentada por la Cámara de Representantes, única entidad constitucional encargada de cuidar que el Poder Ejecutivo llene cumplidamente sus deberes y de promover que se le exija la responsabilidad.

"En virtud de estas consideraciones, los infrascritos senadores os proponen:

"1º Nómbrase por el Presidente del Senado una comisión que revise los Códigos Penal y Judicial y proponga las reformas necesarias, especialmente en lo que se refiere a los delitos cometidos en el mar y los procedimientos para castigarlos.

"2º El Senado no es competente para examinar la conducta del Poder Ejecutivo en asuntos de responsabilidad sin que preceda acusación de la Cámara de Representantes.

"Ciudadanos senadores,

"Felipe Zapata, Salvador Camacho Roldán, Juan de D. Ulloa".

Zapata y Ulloa estaban en la sesión, pero Camacho Roldán, por un inconveniente doloroso de familia, no pudo concurrir.

Como todos lo esperaban, fue Ricardo Becerra el que tomó la palabra, el primero, para acusar a los miembros de la Administración Zaldúa, comprometidos en la resolución sobre el Cántabro y sus tripulantes. Aquí conviene separar la importancia de la cuestión, de la situación moral del acusador. Becerra habrá procedido por una inspiración patriótica, si se quiere, al animar este debate, pero estamos seguros de que su objeto principal fue el de hacer daño a la administración pasada. Para el señor Becerra nada ha habido más malo sobre el haz de la tierra que la administración Zaldúa, y la atacó con rabia, y aún persigue colérico a su jefe en el cementerio. No sabemos que el señor Becerra haya gastado tanto brío en sus excursiones políticas de América. ..

A pesar de la poca idoneidad del señor Becerra para acusar, se le seguía en su discurso son interés. Era el orador un detalle nada más en el asunto, que se presentaba con caracteres tan graves.

Becerra habló bien. No nos fijamos en sus razonamientos para probar que los tripulantes del Cántabro no eran piratas sino revolucionarios, porque nos parecieron confusos y ya nosotros tenemos esto por demasiado sabido; pero al pintar lo trascendental del principio de Derecho internacional violado; el escándalo del antecedente establecido; la conducta invariablemente seguida por todas las Repúblicas de la América Latina, en el sentido de proteger a los asilados; tuvo momentos de verbosidad sostenida, semejante a la verdadera

elocuencia. Su voz era clara y vibrante, su ademán, aunque brusco y torpe, enérgico, y el período oratorio amplio y desembarazado.

El discurso de Becerra se siente con fuerza en el momento en que él lo pronuncia, pero no se graba durablemente en la memoria, porque no es sello de razonamientos claros, sino, las más de las veces, de entusiasmo deliberado y por lo tanto artificial. Tiene, además, una arrogancia desconocida de jaque, que fastidia y que lleva a los que lo escuchan a chocar con su persona mientras él choca con las ideas del contrario. Se pueden perdonar, y gustan, las alusiones autobiográficas si hablan personajes históricos; pero en nuestra democracia, en la que la celebridad es puramente de barrio, hostiga el prurito, en oradores como el señor Becerra, de hacer pequeños viajes por el hilo de su propia vida. En los hombres grandes cada hora de su existencia tiene el interés de un acontecimiento, y las aventuras que ellos relatan, cada una, es provechosa ala observación y al estudio; mas esto de que la turba quiera darse a conocer minuciosamente, aprovechando la altura de una curul, es casi como desnudarse en público: cosa soez y repugnante. En 1879 discutían en el Senado el doctor Rafael Núñez, Secretario de Estado y el doctor Manuel Murillo Toro, Plenipotenciario d~ Cundinamarca, sobre un desgraciado Mensaje religioso de entonces, y salpicaban el debate con alusiones de su propia historia política que encantaban a todos. Pero, permítasenos afirmar, que no es lo mismo Murillo y Núñez que el señor Ricardo Becerra.

Atacó el senador de que nos ocupamos las conclusiones del informe, porque ellas no iban directamente a lo sustancial de la cuestión. Es decir: porque demoraban los juicios del Senado, que debían ser precisos y rápidos, como lo exigía la gravedad del asunto. Sostuvo que el Senado tenía derecho -emanado de su misión política- para Intervenir en los actos del Poder Ejecutivo, en forma de censura o de acusación. Citó ejemplos de los Estados Unidos del Norte y de la Inglaterra, e hizo una apelación vehemente a la dignidad de los senadores

para que salvaran el honor de la Patria, Su peroración, ya lo dijimos, estuvo generalmente buena. El señor Felipe Zapata, senador del Tolima, tomó la palabra para replicar. Zapata es el antiguo redactor de El Mensajero, en compañía de Santiago Pérez y de Tomás Cuenca; el escritor de las Cartas sobre la responsabilidad del partido conservador, y últimamente, el que publicó el célebre folleto sobre el empréstito que hizo descargar sobre su nombre la ira de los senadores nuñistas en el año pasado. Sin duda son Felipe Zapata y Santiago Pérez los escritores de más nervio que tiene el país; de los más hábiles en la polémica y más acertados y correctos en la forma. El orador no está a la altura del escritor, porque Zapata tiene débil la voz y muy pequeña la estatura; pero razona con tanta precisión y poder de claridad, es tan ordenado su discurso, tan seria y severa su actitud, que sus palabras, sin contar con que tienen siempre la unción del convencimiento, se reciben con interés, se pesan con imparcialidad y sirven para mover el ánimo en la dirección de las ideas del orador. El doce, un movimiento de simpatía incontenible se sintió en las tribunas al tomar la palabra el señor Zapata. El es muy parco en hablar, tanto como lo es en escribir, y había verdadero interés en escucharlo. Sobre todo, domina a la juventud radical un profundo sentimiento de adhesión por Zapata y bien sabido es que ella forma, casi en su totalidad, el auditorio del Congreso, porque en la capital son los radicales los únicos en quienes no ha muerto el verdadero espíritu público.

El presidente de la comisión mantuvo el informe sin discutir si el Cántabro era o no buque pirata, ni si el Gobierno había hecho bien o mal en disponer su entrega, con los tripulantes, al dictador Guzmán Blanco.

Creyó el señor Zapata que entre las atribuciones del Senado no estaba la de proceder de oficio -sin la iniciativa del Ministerio Público- en causas de responsabilidad contra el Poder Ejecutivo. Avanzar opiniones con respecto a una cuestión

que podía ser o no criminosa, era, dijo, inhabilitarse el Senado para juzgarla en definitiva; que el Senado es juez del Poder Ejecutivo, por mandato de la Constitución, y el juez, para no perder su verdadero carácter, ha de mantener, mientras llega el caso de decidir, sus opiniones reservadas. No encontraba, por otra parte, oportunidad en censurar una administración que ya no existía y de la cual uno de los secretarios comprometidos, a juicio del senador Becerra, estaba ausente. Llevando a un resultado definitivo el negocio del Cántabro, por la tramitación constitucional, el Senado cumpliría su misión y este asunto, espinoso de suyo, quedaría resuelto sin menoscabo del cumplimiento del deber de los senadores. El ciudadano Zapata hizo las apropiadas citas de la constitución y terminó tranquilamente su discurso.

¡No hubiera hecho tal! ¿Cómo podía permitirse un senador manifestar sus opiniones? ¿Había mayor temeridad que la suya, cuando decía al Senado que decidir este asunto, sin la previa intervención del Ministerio Público, era un procedimiento irregular e inconstitucional? ¿Pues no estaba allí Becerra? ¿No había él hablado? ¿Acaso no había dicho desde su asiento la verdad, toda la verdad? Era demasiado atrevimiento digno de la férula del dómine. Una moderación suma, una convicción profunda e ingenua; el respeto por el parecer de los demás senadores; la misma Constitución de la República, no podían poner al señor Zapata a cubierto de los rigores de la disciplina.

Becerra se para, con el ceño fruncido detrás de los anteojos, dirige a los lados una mirada altiva, se vuelve a las bancas de la minoría, descoge el largo brazo y con el puño cerrado que apoya sobre el pupitre, y el índice de la derecha vuelto a Zapata, prorrumpe:

“¡Oh, se me insulta! Se me dice prevaricador. ¡Prevaricador! ¡Yo no soy sino patriota! ”
etc., etc.

El señor Zapata no se inmuta. Explica al Senado nuevamente su discurso anterior. No se ha dirigido al ciudadano Becerra, porque él no tiene la práctica de personificar la discusión. Ha opinado; ¿y hay en esto algún mal? Tiene de antemano ideas formadas sobre el honor, que no está resuelto a cambiar, y en el desarrollo de estas ideas se refiere únicamente a su propia conducta. "Prevaricar es faltar uno a la obligación de su oficio, quebrantando la fe, palabra, religión o juramento". ¿Y cómo puede deducir el ciudadano Becerra, del contexto de su discurso, que ha querido decirle prevaricador? Hay indiscreción, según su modo de pensar, y esto es todo".

"¡Indiscreción! ¡Oh, se me dice indiscreto! exclama Becerra, trémulo de ira. ¡Indiscreto! Yo no soy sino patriota", etc., etc.

El ciudadano Zapata habla nuevamente. Dijo indiscreción refiriéndose a sus propios sentimientos, a su propia conducta, de ninguna manera al ciudadano Becerra, a quien no tiene por qué calificar. Respeta todas las opiniones y debe creer que la suya merece respeto. Su deber, como miembro de la comisión, fue el de estudiar ese asunto, que él antes no conocía, y lo que propone en unión de sus colegas de encargo, es bien claro: que se reforme la legislación penal, asuntos de mar, y que el Senado se abstenga de un procedimiento que le parece inconstitucional. ¿De esto se puede deducir agravio contra el señor Becerra?

Mucho desearía Becerra contestar.

"¡Oh! Con que no se me desagravia? ¡Desagraviarme! A mí no se me desagravia, yo no soy sino patriota", etc., etc. Pero el ciudadano senador Cotes le impidió ese ímpetu con una modificación para que la Cámara de Representantes atendiera lo relacionado con el Cantabro. El ciudadano senador habló y el Presidente hizo sonar la campanilla.

* * *

La discusión del doce movió mucho interés en los círculos políticos, ya pesar del mal tiempo hubo bastante concurrencia el trece.

A primera hora tomó la palabra el ciudadano Alvarez. No oímos su discurso, que fue muy extenso, pero comprendemos que sería del todo bien intencionado. ¿Quién olvida los móviles, siempre honrados, que obran en el ánimo del íntegro senador' del Tolima? Del doctor Francisco E. Alvarez diremos más tarde nuestro parecer en una serie de cuadros que publicaremos en La Batalla y que escribimos desde 1882, cuando éramos relatores del Senado.

Terminado el discurso del ciudadano Alvarez, la discusión iba a cerrarse. Parecía el debate, si no agotado del todo, por lo menos suspendido, en la actualidad, en lo tocante al Senado de Plenipotenciarios.

-Va a cerrarse la discusión, anunció el presidente.

Los individuos de la barra miraron con curiosidad a los bancos de los senadores.

-Pido la palabra, dijo el ciudadano Ricardo Becerra.

Bueno, nos dijimos, he aquí que tendremos algo nuevo en los labios del Espíritu Santo nuñista.

Pero el ciudadano Becerra se contentó con bien poco. ¿Para qué otra cosa que herir al senador Zapata? Este era argumento incontestable contra la entrega del Cántabro...

Volvió a declararse ofendido con el discurso del Presidente de la Comisión.

"Se me dice prevaricador, repito. ¡Prevaricador! Yo no soy sino patriota", etc., etc.

Bien pronto cayó en la cuenta del día anterior y, olvidando lo de prevaricador por lo de indiscreto, exclamó rabioso:

"Se me dice indiscreto. ¡Indiscreto! Yo no soy sino patriota", etc., etc.

Luego, no contento con el estribillo, habló de la Administración Núñez y de su Secretario de Relaciones Exteriores (Becerra Ricardo) y de la oposición, y del Diario de Cundinamarca y... por fortuna tomó asiento.

Zapata no debió contestar, pero lo hizo. Colocado en una atmósfera serena olvidó la persona de su contrario para llamar la atención sobre sus palabras y sus razonamientos. Buen discurso fue el de Zapata, que los lectores de La Batalla conocerán apenas se publique la relación taquigráfica.

Otra vez Becerra. ¿Cómo iban a satisfacerle las explicaciones de Zapata? Llegar hasta él un acento profano? ¡Oh no! másín, senador del Tolima!

Y luego, y sin faltar al estribillo: -

"¿Se me dice prevaricador? ¡Prevaricador! ¡y yo no soy sino patriota! "

¿No es, pues, prevaricador? ¿Indiscreto?

"Se me dice indiscreto. ¡Indiscreto! ¡Yo no soy sino patriota!"

Ay!

"Y la gitana decía

Con aquella boca fea,

No piensen que soy hebrea

Yo no soy sino judía".

Los artículos de la Comisión se aprobaron y la modificación se negó.

La cuestión Cántabro no está, empero, terminada, ni convendría esto ala dignidad de Colombia. La Cámara de Representantes ha de proceder, pues ella es el conducto regular, a

la averiguación de los hechos, y entonces, si hay motivo de acusación, el Senado, así lo creemos, será incorruptible juez.

(La Batalla, 1883)

JULIO E. PEREZ

Ibamos a enterrar la pequeña hija de Diógenes A. Arrieta. Una tarde lluviosa y fría; un cielo gris; un profundo silencio y veinte amigos formaban el cuadro más melancólico, ese día, camino del cementerio. En recogida meditación adelantábamos cerca de Diógenes. Él ha sido nuestro noble y querido amigo de muchos años. Las desgracias de su casa son las nuestras; y saludamos con el más profundo convencimiento, su necesario, radiante porvenir.

El poeta callaba. Llegábamos ya al cementerio, en donde él había gemido sobre la tumba de su primer hijo, en ternísimas estrofas que revelan todo su corazón. Entre la yerba hay una señal. Allí reposa el pequeñuelo querido; y Diógenes lloraba en 1878 con lágrimas en los ojos y con más sed de llanto:

"De esta tumba la tierra prontamente

el tiempo niveló,

y del dolor la herida no se cierra

en este corazón. ...!

Lloren los ojos y fecunde el llanto

la fuente del dolor".

El cortejo de amigos avanzaba lentamente. Nos detuvimos, porque Diógenes se había detenido y miraba con ojos tristes las copas de los cipreses que se alzan al lado del camino sobre los muros del cementerio.

-El ciprés, nos dijo él, ni tiene primavera que lo engalane, ni la brisa hace en sus ramas música de rumores, ni los pájaros forman allí sus nidos...

Llegamos, y la tarea era ya de los sepultureros. El grupo se detuvo a los lados de la ancha entrada. Rojas Garrido ha dicho allí:

"Esta cruz, este lema, esta ancha puerta

Son letras expresivas de un misterio. ..

i Triste es venir al triste cementerio

El hombre a contemplar su tumba abierta!

Julio E. Pérez tomó por la galería de la izquierda. ¿A dónde iba? Los demás aguardábamos los últimos preparativos; se sabe que en un entierro son, el vulgar sepulturero con su indiferencia y dos ayudantes con piquetas y argamasa.

Candelario Obeso nos llamó la atención.

-¡Ah! ese es un cuadro conmovedor, le dijimos.

-Una dolorosa satisfacción del cariño, nos observó.

El y nosotros habíamos visto a Julio E. Pérez arrodillado delante de la tumba de su padre. Era un recogimiento tierno y oculto; una confidencia en el misterio; una soledad en la quietud de la naturaleza.

Obeso murmuró:

-Verdaderamente es un hombre.

Sí; justamente Julio E. Pérez es un hombre en toda la amplitud del término -

* * *

Parece que la política pierde su fuerza en las extremidades; por ello entendemos la generación que en los últimos treinta años ha dirigido los destinos de la República. Por demás está decir que los conservadores son ineptos y están en desuso; pero, aun cuando en ello se sienta alguna contrariedad, hay que dar testimonio de la decadencia de nuestros mayores.. los liberales. Por este o el otro motivo, con esta y la otra denominación, ellos no tienen ya prestigio, en general. Sería importuno averiguar, en este artículo, por qué lo perdieron; pero es el caso que saludan y agasajan a una época que sólo les da la espalda. Si las leyes naturales de la política tienen cumplimiento, otra generación servirá de eje a nuestro movimiento republicano. Allí tendrá un lugar distinguido Julio E. Pérez.

El no llevará a la política, ni el bullicio, ni la frivolidad, ni la pasión amarga. Su temperamento es reposado y sus ideas tienen firmeza, pero no vehemencia. Será su tarea de fundador y consolidador, nunca de combatiente y demoledor. No queremos decir que no combata, pero juzgamos que no es su campo de lucha.

De todo necesita el partido liberal, y Julio E. Pérez es uno de sus elementos indispensables. Cuando llegue una época de organización, ved allí el tipo. Las oficinas de Colombia no cuentan con nada superior a Pérez. ¿Pero es que sea puramente oficinista? No. Si tiene la paciencia y la versación del empleado, le sobra la claridad y el juicio en los negocios públicos. El investiga, decide y ejecuta. Conoce los misterios de la administración y esa es su fuerza. Considerad que para esto es menester tanto talento y estudio como perseverancia.

Pérez tuvo esmerada educación al lado de su padre, figura eminente en el foro. Luego pasó a servir en los destinos de la República. Él tenía la capacidad, tuvo luego el hábito.

Costumbre de muchos años que lo ha hecho el señor de los negocios de gobierno.

Su campo es allí, en el Senado de Plenipotenciarios. Mejor dicho, en todas partes en donde haya trabajo difícil; pero donde se le conoce, donde se le admira, donde se le aplaude, es en la silla de Secretario del Senado.

El primero de febrero todo es confusión en la Secretaría. La muchedumbre de senadores vienen, en general, en el primer año de las sesiones, vanidosos por sus puestos, pero ignorantes de sus deberes: ¿qué van a impacientarse por esto? Ellos prometieron allá en su pueblo ser firmes por un candidato, ¿acaso les importa otra cosa? Se hace la elección de Presidente, de Vicepresidente y de Secretario; aquello es un tumulto. Julio E. Pérez llega. Su cuerpo es alto, su andar desembarazado, su vestido correcto. En adelante él está allí, y el Senado podrá marchar como una gran máquina aceiteada y limpia. En la secretaría se le obedece y se le estima, dos cosas difíciles de estar juntas, porque la obediencia, que casi siempre indica debilidad, deja el recurso del desprecio.

La actividad del primer día no quiebra en Pérez en el curso del año, o de los; años. Ama el trabajo y se haría una ofensa con permanecer quieto. Así se le ve durante las sesiones leer y dar todos los informes y ¡qué maestría para leer! y qué prontitud para informar! Propositiones, leyes, decretos, proyectos, tengan uno, diez, veinte años, todo lo recuerda y de todo da cuenta. Él sabe el curso de los debates en las Cámaras en casi todo el tiempo pasado. Y no como se quiera, simplemente por arte de la memoria; es que su vocación lo lleva a estudiar todo lo que se roza con el origen de nuestras leyes y con el modo de formarlas en nuestras legislaturas; de tal manera, que dado un asunto, ya antes debatido en las Cámaras, él os dirá qué argumentos hubo en pro y en contra, quiénes los presentaron, y

la impresión que produjeron. Antes que a los libros, los senadores juiciosos consultan a Pérez sus proposiciones y sus proyectos. Esto nos consta.

Le decíamos una vez:

-Amigo mío, ¿por qué no escribe usted sus Memorias de un Secretario ? r;;;

Cosa más curiosa no podría darse. Pérez ha asistido a los debates más solemnes y conoce y ha estudiado a nuestros más conspicuos hombres.

-Debería hacerlo, nos contestó; pero yo tengo que trabajar mucho para vivir y no me queda tiempo.

Es una verdadera calamidad esta. Julio E. Pérez podría hacer un bello trabajo de historia contemporánea y una notable obra literaria. Olvidábamos hablar de su estilo que es educado y propio, y de su facilísima prontitud para redactar. Lo acompañamos en el Senado como Relator en el año de 1882 y fuimos testigos de su destreza y de su talento. Hablaba alguno, Arrieta, por ejemplo, que es un torbellino, y Pérez, al mismo tiempo que tomaba notas para el Acta, condensaba el discurso del orador sin rebajarle nada al estilo, ni mutilarles nada a las ideas.

Nos propusimos hablar de Julio E. Pérez, porque ha dejado de ser Secretario de Relaciones Exteriores; su modestia nos lo perdone.

Ahora: Pérez no es radical; esto no importa; sea él siempre decidido miembro del liberalismo y se hará perdonar esta pequeña falta.

(La Batalla, 1883)

HOMBRES y COSAS DE MI TIEMPO

Situaciones

(Primer cuaderno)

POPAYAN

Popayán -como cabeza y circuito de las autoridades civiles y religiosas- fue el centro ardiente de los preparativos de la revolución de 1876 y 1877. De carácter político y religioso, esta revolución tenía como preparador inmediato al Obispo Bermúdez (Carlos) ya los jesuitas, sagaces y activos, que el prelado había traído de Europa para dirigir el seminario de la Diócesis. A más, eran gente muy a propósito para fomentar la guerra, los miembros notables del Partido conservador residentes en Popayán, que anhelaban casi todos tornar a los tiempos en que dispusieron de la suerte de la República con el General Tomás C. de Mosquera, con Márquez, con Herrán, con Ospina y con Julio Arboleda. De tiempo atrás la virulencia de los periódicos de la capital de la República y más aún la insania de Los Principios, publicación de Cali, y de La Semana Religiosa, redactada en Popayán, denotaban la disposiciones unánime del Partido conservador para llegar al poder por medio de las armas. Coincidió esta tendencia hostil y general del Partido conservador con la época en que habían llegado al Cauca los maestros alemanes, pedidos a Europa para que fundaran las Escuelas Normales y dar así carácter serio a la instrucción primaria. y fue una desgraciada coincidencia que se explotó a las mil maravillas. Ya muy avanzada la propaganda en el púlpito y en la prensa contra la Ley orgánica de la instrucción primaria, vino a recrudecer y animar el fanatismo, la presencia de algunos institutores alemanes, llegados al país y exhibidos como monstruos de corrupción, públicamente, y en lo íntimo de los hogares. El peligro se creyó inminente e inmediato con lo sucedido en Cali a la llegada de Mr. Radthla, afines de 1875. Radthla llegó en la tarde del día. ...

Los liberales de algunas influencias fueron a encontrarlo y lo condujeron al hotel, único entonces en Cali, hacia el occidente de la ciudad. Le dirigieron discursos expresivos y le dieron una retreta. Todo quedó en silencio por más de dos horas. Hacia las 8 o 9 de la noche se oyeron gritos de "¡Abajo la Normal!", "¡Muera Radthla!", "¡Viva el catolicismo!". Estos gritos los daba un gran motín, organizado -según se dijo- por el padre Fray Damián González y por el doctor Federico Correa González con estudiantes del colegio de este último, en su mayor parte. Era al principio un núcleo apenas de unos 60 o 70 hombres, pero a los pocos minutos subió a más de 500. Desde los lados de Santa Rosa -parte sur de la ciudad- a San Francisco, había crecido de una manera asombrosa. Pasada una hora, se hacía irresistible. Furiosos e incansables en sus vociferaciones, se dirigían al alojamiento del maestro de escuela, muy poco distante ya. "¡Muera! ¡ Muera el masón!", era la palabra de orden y todos iban armados. Corría peligro, pues, el abnegado institutor. Los liberales, en la confianza de que todo quedaría en paz -por lo menos esa noche-, se habían retirado a sus casas. David Peña estaba profundamente embebido en una lectura cuando le tocaron fuertemente.

-¿Quién va?, respondió la señora de Peña. -

-Soy yo, mi señora, dijo una voz conocida; diga usted al General Peña que los godos quieren asesinar al maestro.

-¡Ah miserables!", vociferó Peña y se lanzó a la calle como un relámpago. Este hombre, que desconocía el miedo y era valeroso por temperamento, corría y corría, guiado por el ruido sordo del motín. A nadie le dijo una palabra, y nadie se atrevió a preguntarle nada, pero los pocos liberales que lo vieron pasar lo siguieron y pronto se apercibieron del peligro y del apresuramiento del General. Ya los amotinados, en número 40 veces mayor al de los liberales, estaban cerca del hotel de Radthla, y furiosos, como lobos hambrientos, gritaban y se apilaban en las cercanías. A lo lejos se oían las voces de los que llegaban a engrosar el

número, y en todos, la misma incitación y las mismas vociferaciones Isangrientas. "¡Muera el masón! Muera el masón!" gritaron, y en pelotón compacto se fueron derecho al hotel indefenso; pero en esto un puñado de valientes, con Peña a la cabeza, les cae como una bomba a los gritos de "¡Viva el Partido liberal!", "¡Vivan las escuelas normales!", "¡Abajo los fanáticos!". El momento fue de estupor grandísimo en los asesinos. Ellos contaban con que Peña llegaría tarde y aun creían que permanecería impasible en esos momentos, y lo veían allí con su bella figura erguida, sin sombrero, con la frente iluminada y brillando reluciente espada sobre las cabezas de los enemigos. "¡Viva el Partido liberal!", gritaba Peña y repartía golpes de plano, que los más esquivaban o que rasgaban los vestidos de algunos. "¡Viva el Partido liberal!", respondieron sus pocos y valientes compañeros, ya imitación del General, cumplían con su deber. Había en el grupo de los asesinos muchos liberales que sólo estaban allí atraídos con artimañas de fanatismo religioso, liberales que querían, respetaban y temían al General David Peña. Cuando lo vieron, no pudiendo estar a su lado, se desbandaron, y esto, agregado al arrojamiento de los liberales, produjo en los miserables una deserción vergonzosa. Sobre el campo no quedaron sino amigos de las escuelas, y toda la noche los grupos liberales recorrieron la ciudad vitoreando al gran Partido, a la Ley y a la Ciencia.

Al otro día una Democrática solemne selló con resoluciones enérgicas y briosos discursos, el resultado de la noche anterior.

Escenas como esta de Cali, ocurrieron en otras partes, y la revolución se veía venir con toda la brutalidad de una cruzada religiosa. Los golpes -triumfos o reveses- se sentían en Popayán con toda su fuerza, y de allí, se devolvían con doble impulso, o por el Presidente del Estado, o por el Obispo Bermúdez.

Todo el principio del año desde enero hasta junio, fue de efervescencia y de movimiento. En todas las poblaciones se organizaron Sociedades revolucionarias, que se denominaron Las Católicas. Con el sofisma de este nombre lograron los conservadores atraer incautos liberales, algunos de valía relativa, como Juan Sarria en Popayán, y algún otro en Cali. Estas sociedades se reunían en las iglesias y las componían hombres y mujeres de todas las edades. Oían allí alguna prédica insurgente y recorrían las calles más públicas de las poblaciones a los gritos de "¡Santo Dios!" dados por los clérigos, y que repetía la multitud en tono acompasado y uniforme. Había en Popayán reuniones de más de 7.000 personas que hacían peregrinajes a los pueblos vecinos, o que de allí venían al centro.

El Programa Liberal, redactado por César Conto, les había declarado una guerra abierta a todas estas vagabunderías, que eran la careta bajo la cual se preparaba la guerra civil. Esta fue una audacia valentísima, dadas las condiciones excepcionales en que se hallaba el Presidente. En efecto, una inmensa masa de liberales odiaban el Gobierno del Cauca, como que se había iniciado cometiendo graves faltas, y luego había impuesto 'su voluntad en el gran Jurado, para hacer declarar en blanco el voto del Estado en la elección presidencial anterior. Amenazado aun por las iras de los ministros, Conto no vaciló en abrir campaña resuelta contra los católicos, y escribió en *El Programa Liberal* los artículos más fuertes y más firmes que hasta entonces se habían publicado en el Cauca, en orden a las ideas liberales, y con especialidad, en lo tocante a los asuntos religiosos. A estos botafuegos de la prensa liberal respondía la conservadora del Estado y de la República entera con incendios. Se designaba la persona del Presidente del Cauca como el engendro de la tiranía y se llamaba a voces a la reivindicación. M. Briceño pasó entonces, regando la revolución, de correveidile de los revoltosos de Bogotá.

Popayán se hizo un centro candente, como era natural, al mismo tiempo que el lugar más a propósito para la expectativa.

En la noche de... e anunció una gran reunión atólica, encabezada por Carlos Albán, para ir a dar os parabienes al Obispo Bermúdez el día de su santo. Curiosos, cuatro o cinco estudiantes de la Escuela Normal fuimos a ver desfilas el concurso a la esquina sur e la plaza, una cuadra antes de la casa del Obispo. A las ocho poco más o menos, principió la desfilada y duró cerca de media hora. Eran hombres todos los concurrentes y casi todos bien armados, los que no con armas de precisión, sí, por lo menos, con macanas, garrotes y cuchillos. Desfilaron en silencio por debajo de los balcones del Presidente; mientras éste fumaba tranquilo en ellos, y entraron a la casa obispa, permaneciendo allí una hora. Nosotros estábamos desarmados y éramos 6 o 7 barbiponientes, el que más de 18 años. Cuando regresaban y había pasado la multitud, me vino tentación de gritar y grité: "¡Abajo las camándulas!", "¡Abajo!" contestaron mis compañeros a una voz, y la procesión de fanáticos se detuvo. Al volver a mirar para atrás sólo vi a Hortensio Garzón de pie: los demás habían huído. La primera intención de los fanáticos fue írsenos encima, y algunos se desbandaron, seguramente con ese objeto; pero Albán los contuvo y ordenó la marcha. Nosotros seguimos solos, pero resueltos, gritando abajos y mueras a los católicos. Cuando estuvieron cerca del lugar de las reuniones (cuadra y media de la plaza hacia el norte) empezaron en gritos contra el Presidente, contra los liberales y en vítores a la religión y al Obispo. Muchos liberales nos fuimos a San Francisco a tomar armas, y toda la noche estuvimos avistados con los católicos a la distancia de una cuadra.

Siguieron los días en una efervescencia espantosa. Los conservadores activaban a los católicos en los villorrios, y con tal objeto se servían de un clérigo zurdo, de nombre Bisot, para llevar la exaltación a Tierraadentro, semillero en todas las épocas revolucionarias de

magníficos soldados liberales y horror y espanto del partido conservador del Cauca. Nada pudo por allá el tal clérigo, a quien los indios cogieron preso y lo trajeron a Popayán. Como entró de noche, sólo al otro día supieron la mala noticia los conservadores. Entonces se produjo el más curioso movimiento y más bochornoso de la revolución.

Seguramente aleccionadas por sus maridos y por el Obispo, todas las señoras conservadoras de Popayán salieron a libertar al padre Bisot, apenas supieron la nueva de la prisión. Colmenas de mujeres invadieron la calle de San Francisco en su mayor extensión y se derramaron por las plazuelas y las plazas. Alrededor del cuartel iban y venían en vertiginosos remolinos. Algunos estudiantes de la Escuela Normal y otros del Colegio Mayor, unidos a los soldados, apaciguaban los grupos y formaban cordones preventivos para el caso de una invasión de hombres. Esto tan sólo las agriaba más, y más las incitaba. De los templos entraban y salían como en oleajes y llenaban las bóvedas de las iglesias con sus gritos de desesperación y sus ruegos.

Los pocos liberales que impedían el tumulto se perdían en el mar de faldas como granos de arena. Las horas pasaban y con ellas aumentaba la ira y el arrojado de las revoltosas. Muchas señoras quisieron atropellar las guardias y recibieron golpes de los centinelas que, firmes, no se dejaban vencer ni por las súplicas ni por la temeridad femenil. Era la señora de Chaux una especie de jefe y por cierto de las más arrojadas e irascibles que puedan encontrarse. Detrás de ella iban las demás, sin miramientos de ninguna especie. No era suficiente para hacerlas entrar en razón la presencia de los maridos, de los padres, de los amantes; cualquiera intimación, cualquier consejo, las alentaba más. Hacia las diez se creyeron impotentes para libertar al fraile por la fuerza, y resolvieron emplear la astucia, las seducciones, cualquier medio. Nombraron, en consecuencia, una comisión compuesta de lo más granado de las señoras y las señoritas para que fuera a pedirle lo que deseaban al

Presidente. Se hicieron anunciar, y Conto dio orden a las guardias para que las dejaran entrar sin inconveniente. El mismo las recibió en la escalera y les hizo el cortés cumplimiento de estilo.

-Estoy a la disposición de ustedes, señoras, en cuanto me sea posible servirles, las dijo.

Sin darle tiempo para más, le interrumpieron casi en coro:

-Venimos a pedirle que suelten al santo padre

Bisot. ¡A que lo suelte! ¡A que lo suelte!...

-Pero, señoras. ...

-¡Lo suelta, seguían todas aun tiempo, o quedamos prisioneras de usted!

-¡Pero, señoras!

-¡y no nos iremos jamás!

-Es que...

-Nos quedaremos aquí toda la vida, sí, sí, sí, que nos quedaremos.

-Bien, pero...

Las señoras siguieron importunando con su algarabía y Conto resolvió dejarlas hablar. Cuando, cansadas y anhelos as de una respuesta, callaron, él les respondió:

-Bien quisiera, mis señoras, complacerlas; pero la Constitución me prohíbe soltar al padre Bisot, de quien ustedes me hablan, y que es un santo... En cuanto a que ustedes se queden, no me opongo; sólo sí que para mujeres tan buenas mozas no está la casa bien aparente... Pueden ustedes quedarse aquí toda la vida, yo haré que las cuiden, y si ustedes me lo permiten les haré compañía... Las acompañaré... no más.

Dicho todo esto en un tono de desenvoltura tal y de sarcasmo, que a medida que Conto hablaba iban ellas enrojeciéndose, y cada equívoco o reticencia les producía desvanecimientos. Corridas y azoradas, por el hecho de estar sin las demás, balbuceaban

una que otra tímida súplica u observaban algo precipitadamente. Esto sólo les servía para empeorar la situación, pues de cada palabra tomaba margen Conto para decirles un donaire. Por último resolvieron irse, todas mohinas y desanimadas; tanto así, que no quisieron ni dar cuenta a sus compañeras del resultado de la misión. Por otra parte, ya las demás se habían ido, o entrado en las iglesias, y no quedaban sino las archienérgúmenas, y eso, únicamente a la expectativa. Poco después de salida la comitiva de mujeres, entró el Obispo con los seminaristas y algunos clérigos tenidos como importantes. Bien recibidos por Conto, no lograron sino lo de las mujeres: salir abochornados y verse reídos y burlados por estudiantes, al regreso.

El padre Bisot -según cuentas- ya había salido de Popayán para Buenaventura bien escoltado, camino de su tierra; y el Presidente sólo se proponía llamar la atención hacia el cuartel -propalando falsas noticias- para que la marcha no fuera turbada por accidente ninguno, como lo hubiera sido al proceder de otra manera. Esa tarde, y durante tres días, las señoras conservadoras mandaban al prisionero opíparas comidas -cada una un festín- que se recibían en el cuartel y - de las cuales se aprovechaban los 50 soldados. !filij

Los días pasaron y la revolución pasaba a ser un hecho. Por ahí el. ..de julio se pronunció al otro lado del Cauca el señor Francisco Mosquera, que había sido oficial de los libertadores de Cuba, uno de los pocos que regresaron vivos de la fatal expedición organizada por Cisneros y tan fuertemente criticado por , la prensa éste su jefe y Capitán Araña. Con algunos hombres se pronunció, y dos o tres días estuvo dueño de algunos cerros, en los cuales estableció guerrillas. Después de un tiroteo ligero y sin mayores consecuencias, rindieron las armas y entraron prisioneros a Popayán, donde fueron entregados al General Sánchez, que tenía una tropa numerosa en el edificio del Colegio Mayor .

Por esos días se reunió una Democrática, ya ella asistieron los liberales más notables de Popayán o residentes allí. Hablaron Manuel Santiago Valencia, abogado y talento de renombre, Julián Trujillo, Cucalón, M. Garcés y otros más. Todos los discursos se aplaudieron y luego la Democrática fue a, saludar al Presidente ya ofrecerle sus servicios. Miembros nombrados por la sociedad le dirigieron la palabra, contestando Conto con una magnífica improvisación.

Si yo fuere elegido Presidente, me comprometo a que mis amigos voten en el Congreso de 1876 por el señor Bartolomé Calvo para primer designado.

Estas ideas son el fruto de convicciones anteriores mías; y en caso de encontrar en mis amigos inconvenientes insuperables para llevarlas a cabo, pondré fin a mi carrera pública. Yo empeño mi palabra para cumplirlas; Rafael Núñez".

(La Batalla, 1883)

OTRA ETAPA

Bien puede decirse que sólo el 18 de septiembre de 1882 ha principiado la administración del señor Francisco Javier Zaldúa, aunque ella se haya inaugurado en la iglesia Metropolitana el 1º de abril. Ha sido el congreso el que ha gobernado hasta ahora la República, o lo que es más acertado, ha sido el señor Núñez quien ha dado la ley, y el país y el Poder Ejecutivo quienes .la han recibido.

Causas complicadas hicieron que el señor Zaldúa de gobernante pasara a la categoría de gobernado, y que el país, de soberano, se hiciera siervo del señor Núñez.

Fue la primera, sin duda, el mal estado de la salud del Presidente y lo avanzado de su edad. Las enfermedades abaten la más templada energía y los años hacen sombra sobre la más clara inteligencia. Durante la mayor parte del tiempo que ha transcurrido del 1º de abril a

la fecha, el doctor Zaldúa vivió en el lecho del dolor, aislado, es lo más probable, de todo aquello que pudiera acrecentar sus males y, por lo tanto, de la atmósfera política del momento que por lo mismo que era ardiente debía traer malas consecuencias para el enfermo. Es necesario juzgar que este retraimiento no sería absoluto y que las diferentes faces de la situación que creaba el Congreso, le llegaban, aunque con colores desvanecidos, por boca de cortesanos, que siempre son optimistas, en presencia del gobernante, o de los labios de algún Secretario, que principiaba por engañarse él mismo en la apreciación de las cosas para tranquilizar al Presidente de la República. El doctor Zaldúa, pues, al incorporarse halló en derredor una situación creada no por él y se encontró con dificultades que lo apretaban en sus anillos de boa constrictor. Es verdad que entonces requirió toda la entereza de su carácter y se apercibió para la resistencia; pero, por una parte, ya era tarde, y, por otra, no encontró a su lado sino resortes enmohecidos, conductores que dejaban perder toda la electricidad al transmitirla. No es el doctor Zaldúa, en consecuencia, quien creó la mala situación, ni él tampoco puso de buena voluntad las manos para que se las ataran los esclavos del señor Núñez. ¿Quiénes son, en definitiva, los responsables?

La culpa mayor la tiene el congreso, que más que congreso fue un carcelero con todos sus malos instintos. Violó la Constitución, violó la moral y aun forzó la violencia. Parapetado detrás de la honradez del doctor Zaldúa, de su respeto a la ley y a la Constitución, les hizo fuego al Gobierno y a la sociedad. Confiaba en que la palabrota Poder Legislativo todo lo cubría, sin que nadie se diera a averiguar qué hecho representaba ese signo. Creía que el término hueco Parlamentarismo, -que según nuestra Constitución no puede ser otra cosa que las funciones asignadas al congreso- disculpaba y podía con todo. Se decía representante de los Estados que no lo habían elegido, ya cada picardía contra el

Presidente, al sur y al norte los Gobernadores gruñían y mostraban los dientes. Se creyó omnipotente. ..y fue lo peor que el Poder Ejecutivo lo creyó también.

El doctor Zaldúa se rodeó de enemigos y de hombres débiles: enemigos como el señor Paúl y hombres débiles como el señor Samper. En los unos estaba la obligación de aplaudir y de ayudar al congreso, porque sus intereses militaban de ese lado, y al señor Samper le hacía fuerza conservar a todo trance la paz, por temperamento, porque él odia la guerra, y por ocupación, porque él es comerciante. Ya sabemos a qué perturbación de espíritu puede llegar un hombre de negocios a la sola idea de la guerra. Pues todo le ha de parecer que conduce irremediabilmente a la catástrofe. Como el prófugo que nos pinta Núñez de Arce, i todo ha de representarsele amenazador, todo, síntoma de peligro:

"El rumor apagado que levantan

Las hojas secas que a su paso mueve,

Lasavecillas que en el árbol cantan,

El aire que en las ramas se cimbre

Con movimiento reposado y leve. ..

.....

"Oye en medio de sí, medio dormido,

Vago y siniestro són. Despierta, calla,

Y fija su atención despavorido:

La oscuridad le ofusca, se incorpora

Y el rumor le persigue -j Es el latido

De su azorado corazón que estalla!'.
.....

Es que los negocios a toda hora le gritan:

"Al mostrador! al mostrador! al mostrador!" Y parece que la vara de medir llora. !\1

En efecto, nada ha habido tan sagrado para el señor Samper como los nuñistas. Primero dejara de alumbrar en una semana santa, él que es tan católico, más bien que quitarles un destino. ¡ Cómo! habría guerra. .Si se remueve un jefe de la Guardia Colombiana: ¡ guerra! Si se despide un escribiente: ¡ guerra! Si se quita un cónsul: ¡ guerra! y mucho más si se ponen en la puerta los conservadores que pululan en Santo Domingo.

Los representantes y los senadores, que a fuera de bellacos son avisados como los que más, conocieron el carácter del señor Samper, supieron que su consejo era decisivo en el ánimo del Presidente y resolvieron hacerse los peligrosos, los perdonavidas. Entonces Becerra mostraba con el dedo tembloroso el espectro de la revolución, y Matéus, que es un saco de arena, es decir, lastre, con aquella maña de amansador tan típica, se volvía a los bancos de los Secretarios:

"La guerra viene, es verdad: mi honorable amigo Becerra lo ha dicho; pero puede conjurarse si revocáis el nombramiento de ese escribiente". O de ese oficial, o de ese portero, en su caso.

"En nombre del Gobierno, respondía el señor - Samper, prometo que la dificultad queda terminada. Se hará lo que el honorable Senado quiere".

Esto que pasaba en las cosas más insignificantes, ocurría también en los más altos negocios. De aquí que el doctor Zaldúa de gobernante pasara a la categoría de gobernado.

El país en tanto se cuidaba más de defender al Gobierno que de defenderse él mismo y en su exageración ministerial no atendía a sus propios intereses. Esta generosidad no se entibió ni con los desaciertos del Poder Ejecutivo, porque todo lo malo se creía venido del congreso.

Tal vez los señores Secretarios tomaron la actitud del pueblo por contentamiento general, que de no, necesariamente habrían seguido otro camino. En todo caso, nos sucedió que mientras todos hacíamos ruido con las manos para producir aplausos, el señor Núñez nos llevaba el compás a latigazos. Fue así como el país se convirtió en siervo del ex-presidente. ..

Ya no hay congreso que entrase la acción del Poder Ejecutivo, y el Gobierno que se inaugura puede hacer sentir sus beneficios con toda libertad. Es lo primero rodearse de amigos políticos, que lo sean independientemente del sueldo que se les pague y desprenderse de todos los nuñistas, que son las avanzadas para la candidatura del año que viene. En esto no hay injusticia alguna, sino la más rigurosa consecuencia de lo que se ha sostenido. Los nuñistas, todos ellos, fueron cómplices de los derrochamientos y de la Corrupción del señor Núñez; todos ellos entraron en el plan reaccionario y cada uno tiene más o menos parte en la traición proyectada por la administración que terminó. ¿Es justo que el Gobierno se rodee de agentes derrochadores y corrompidos, reaccionarios y traidores? Tal vez se crea que en este año de gracia de 1882 los hábitos se cambian, las ambiciones se apagan, las pasiones duermen y las manos se están colgando de los brazos sin apoyarse en las cajas de la Tesorería; pero esto sólo podría probarse cuando terminara el año, y para entonces bien pudiera haber terminado también el dinero. El grande interés por la unión liberal y la candidatura del doctor Zaldúa fue la esperanza de que el régimen personal y la mala administración del señor Núñez no se prolongaran, mas si los empleados que aquel tuvo continúan ahora ¿se ha ganado algo?

Otra de las cosas que el doctor Zaldúa necesita hacer es rodearse de Secretarios que no le teman a la política, que conozcan los hombres y las cosas y no se enreden en una hebra de hilo. Se nos ha dicho que el señor Samper o renunció o debe renunciar; nada mejor

para él y para la unión liberal. Igual cosa debía hacer todo el Ministerio, -y está en su delicadeza hacerlo- porque el doctor Zaldúa lo nombró en circunstancias en que no hacía lo que quería sino lo que le obligaba a hacer el congreso, y es bien fácil que hoy, en completa libertad, tenga intención de hacer algunas variaciones y la presencia de los Secretarios con tenga su deseo:

Entre los muchos desencantos que pueden sobrevenir no es imposible que sea uno de ellos la continuación de la misma política seguida hasta aquí por el Gobierno Nacional. Por inesperado que esto fuera no nos debería desconcertar y sí más bien fortalecernos: sabríamos en todo caso, una vez más, que el partido liberal se debe salvar él mismo; tendríamos experiencia y más franqueza en nuestros procedimientos.

(La Batalla, 1882)

Nota.- Este artículo es el primer editorial de La Batalla, el primer periódico que fundó el autor y cuyo número 1º apareció el 3 de octubre de 1882. En este artículo y los dos que le siguen está la historia de la administración de Zaldúa, desde la candidatura de este eminente ciudadano, la unión liberal para apoyarla, actitud del congreso y muerte del Presidente. Conviene observar, para los que lean con criterio moderno, complejo y razonador, que la política de entonces se reducía al arte de conservarse un partido en el poder, defendiéndose del otro, y que la exclusión de todo avenimiento, de toda transacción, era principio fundamental de aquella política primitiva, rudimentaria y funesta. El doctor Zaldúa extremó como ninguno ese sistema de aferramiento a su querer, ayudado de su carácter personal, que era atrabiliario en sumo grado y empecinado cual pocos. Era, como de alguno de los Sanchos de España dice Mariana, "muy arrimado a su opinión". Uribe precedió este artículo de la siguiente nota, que era el programa de su periódico:

"El pueblo liberal de Bogotá nos ha hecho el honor inmerecido de elegirnos uno de sus representantes en la Asamblea de Cundinamarca. A esta confianza, que tanto obliga nuestro reconocimiento, contestamos publicando La Batalla. Cumple cada cual el lote de trabajo por la República allí donde su esfuerzo es más útil, y falta a la honradez política quien pueda luchar y se sustrae a las fatigas del combate. El que tiene una arma en la mano debe dispararla sobre su enemigo".

¿DONDE ESCONDERAN SU VERGUENZA?

Partieron del Capitolio los pinches del señor Núñez, que le hacían sin titubear los platos de su agrado. Eran cocineros mediocres, pero voluntarios, de los que confunden los ajos con las cebollas, mas de los que sirven al que les paga, con los ojos bajos y las manos cruzadas sobre el delantal. Se les llamó de los cuatro puntos cardinales y vinieron sin que se tomaran los vecinos el cuidado de escogerlos; llegaron miedosos, porque se les designó un alojamiento otro tiempo ocupado por personas decentes, pero como los criados se engrían con las liberalidades del amo, bien pronto salieron de su estupor, hicieron ruido entre ellos para probar que no se asustaban, y estuvieron prontos para decirle al señor Núñez que tenían hambre:

-Estamos listos, patrón.

El les mandó primeramente que rezaran el bendito, lo usual entre los negros de los ingenios de Cuba; lo que hicieron torpemente, pero no tan mal. Luego el amo notó que era tarde y los puso a hacer una sopa juliana para almorzar, porque había derramado desde el balcón su escudilla de sopa de ostras. Se pusieron en la tarea los cuidados, con manos zurdas, pero con el rostro risueño y los ojos húmedos con el vapor de las yerbas. Unos

picaron las coles, otros los nabos, otros las berenjenas, otros la carne en menudos pedazos, mientras que cocían en agua, que les quedó desde el principio sin sal; y luego el más arrogante de los mozos, de nombre Miguel, juntó todo aquello, lo echó en una marmita y se puso a menearlo, deleitándose con el gur gur del hervor, y al mirar las lenguas de la candela que lamían codiciosas el fondo de la vasija. Y como el bribonazo "iba sacando oído de poeta", cantaba por lo bajo, aunque desafinado:

El aire a veces tu rumor se lleva
Siéntese entonces general vacío;
Se asusta el corazón, despierta el alma
Con su latido;
El alma llora
Bienes perdidos:
Mas vuelven los rumores, y el pensamiento vago
Se aduerme de tus ondas al amoroso ruido.

Cesó el canto cuando espumaron la sopa; y el mismo criado Miguel la sirvió a la mesa. Poco gastrónomos, pero muy glotones, Núñez y sus compañeros, la comieron con placer, y en señal de munificencia ordenó el primero que se le diera al pueblo la prueba en escudillas de barro; allí cerca no había sino mendigos que la saborearon y por ello recibieron los plácemes de la servidumbre; pero los demás ciudadanos, de gusto educado, como la encontraron mal guisada y amarga, la derramaron por el suelo de soslayo, sin quebrar el trasto para no llamar la atención de los cocineros.

Todos se quedaron preguntando:

-¿Qué menjurje es éste?

A lo cual respondían todos:

-Es una sopa juliana que no ha hervido.

Núñez bien hartó resolvió dormir la siesta y dejar que los cocineros se entretuvieran, alrededor del fogón, contando cuentos de brujas y de espantos, para lo cual no tenía rival Miguel Caras, quien había sido criado por unas comadres Jesusas, que tenían muchos duendes encerrados en botellas, sabían dónde ponía la garza y se comían los muchachos por... todas partes, según decía el difunto Voltaire.

La palma de las ocurrencias se la llevó al cabo el supradicho Miguel, a pesar de los esfuerzos de José María Sandwich, quien cayó en desgracia, porque al contar la historia del camaleón encantado gesticuló tanto que quebró las ollas. No podía convenir el último en la derrota, pues, ¿cómo, si había contado ochenta mil cuentos? Pero Caras no cedía porque él los aprendió a pie de fábrica en un refectorio de las Jesusas, quienes no le iban en zaga a las virtuosas madres a quienes Bocaccio divertía ahora 5 siglos.

-¡Viva Caras!

-¡Abajo Sandwich!

Eran voces que ensordecían la cocina, cuando ampanillazo hizo poner a todos en pie, pues esta sentados en el suelo, oyendo las consejas, con las piernas cruzadas a manera de turcos.

-¿Quién llamará?, preguntaron muchos.

-Bien lo sé, dijo Caras. Síganme que nos necesitan en los departamentos del amo.

Uno miró un reloj que estaba sobre la chime y exclamó:

--Es verdad, es hora de hacer la comida y hemos tardado mucho. ¡Vamos!

Diez y ocho eran los tales y se presentaron en grupo donde estaba Núñez, quien los recibió con agrado.

-La Sopa estuvo buena, les dijo; y no podía ser de otro modo, puesto que yo di la receta. De todas partes recibo felicitaciones, de las cuales pueden aprovecharse ustedes. He ordenado que se les premie y se les llame de otro modo. Para la comida quiero esto, porque tengo gente a la mesa. ¿Estamos? y Núñez les entregó una larga lista.

Complacidos y con la cabeza baja iban saliendo cuando les gritó el dueño de casa:

-¡Aquí!

Los pinches volvieron presurosos.

-Me olvidaba decirles que pueden demorar el servicio un poco, porque resuelvo encargar a alguno que haga los honores de la mesa. Tengo que ir a encontrar a un huésped, a quien deseo tener contento y que estará aquí a la hora del café. En verdad, ¿dónde está mi tesorero?

-A su lado, señor, respondió uno de los 18.

-Déle usted, amigo, las llaves de la despensa a estos señores para que saquen moka y azúcar refinado y lo necesario, sin ahorros mezquinos. (Aparte: A mí nada me cuesta!). Todos ustedes deben estar presentes a las siete, y ¡ay! si les falta la servilleta limpia o toman alguna postura, porque los despido, como he hecho con todos mis criados torpes.

Con una genuflexión común le demostraron los jefes de cocina que sus órdenes serían cumplidas.

Sin poner el menor cuidado hicieron la comida compuesta de sancocho, pepitoria, entreverado, y como eran pocos los convidados, se repartieron ellos mismos los platos. Los curiosos que los vieron en el fogón no pudieron menos que admirarse del descuido con que cocinaban; y algunos convidados que se sentaron a la mesa se taparon las narices, a pesar

de la urbanidad, porque las viandas revueltas estaban quemadas, y daban un olor mortificante de humo de mala leña. Nadie quiso recibir en la puerta las sobras, aunque alguno las había puesto en orden, con tal de que se le diera buena propina.

A las 7 estaba sobre la mesa el servido de café de lujosa porcelana. Cuando rodó el coche por el patio de palacio los pinches fueron a colocarse en el comedor, silenciosos y bien vestidos. Eran entonces 13!

Núñez entró al comedor precedido de un gran señor con aire de italiano, a quien hizo sentar a la cabecera de la mesa. Este caballero, de traje extraño, quiso saludar a los que veía creyéndolos señores de la casa; pero Núñez lo interrumpió:

-No te preocupes, León, son mis lacayos.

Dos días después los había puesto en la calle, por que no los necesitaba.

LEONIDAS FLOREZ

Sólo una vez hemos oído hablar en el Senado a Leonidas Flórez. Ocupa uno de los primeros bancos que están al norte del salón. Sobre su mesa se apoyan las muletas de las cuales se sirve para ir del Capitolio al coche, después de la herida recibida hace algunos meses. Es de mediana estatura y vigorosa: una ligera barba negra cae, sin descender mucho, sobre los lados de su rostro de piel cobriza; ligero bigote dibujado sobre el labio como el rastro de un pincel; labios gruesos, un poco levantado el superior; nariz correcta, ojos negros, la frente poco ancha y atrás el pelo negro y áspero recortado y profuso sobre su cráneo como un casco de caoba. El día en que habló y lo oímos, se discutía la Ley 11 de Cundinamarca. Su discurso fue frío y poco preciso. Esto contrasta con su carácter apasionado y con la vehemencia que es su fisonomía, como periodista. En el periodismo es

poco artista, pero rudo. Defiende y ataca con obstinación. Se hace de! enemigo político muchas veces enemigo personal, y la exageración de defectos y de cualidades, de errores que en el contrario son crímenes y que en el copartidario son virtudes, es táctica que en ocasiones le ofusca, sin que logre persuadir. Va a saltos en sus artículos políticos, y hay en el fondo de algunos de ellos un prurito de autoridad que choca. No le cansa la monotonía de un mismo cargo, y así lo repite hoy, mañana y más tarde, sin fastidio. Será patriótico eso, pero es de mal gusto, en lo que se refiere ala literatura.

Leonidas Flórez es del grupo ecléctico que va de la mano con los conservadores, ya afortunadamente diezmado por la previsión y el patriotismo; y, sin embargo, sus ideas son avanzadas en filosofía, y su lectura cuidadosamente escogida entre lo más innovador y más ardiente de la literatura francesa. Hemos recorrido los volúmenes de su librería y no lo harían los conservadores sin tener que confesarse bien pronto para evitar las ascuas del infierno. La lucha por el libre pensamiento, el combate contra la sociedad antigua, reclama todo el esfuerzo de la juventud; y falta a una obligación contraída con la época actual la gente que nace ala vida republicana y se aparta de la refriega si no del todo, por lo menos a un campo en que se confunde a veces con los enemigos.

(La Actualidad, 1884)